

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador  
Departamento de Asuntos Públicos  
Convocatoria 2013-2015

Tesis para obtener el título de maestría en Estudios Urbanos

La ciudad y sus árboles: Estudio de caso de dos barrios quiteños a través de sus imaginarios

Juan Javier Nicholls Andrade

Asesor: Nicolás Cuvi

Lectores: Carolina Proaño y Gustavo Durán

Quito, marzo de 2018

## **Dedicatoria**

A Natalia, quien con cada segundo a mi lado da forma a la más infinita felicidad.  
A nuestros pasos juntos, que nos han enseñado a disfrutar de la ciudad y a amar el bosque  
andino.  
A Celeste Anneli, futura descubridora del pendo, guabo, arrayán, pumamaqui, canelo,  
ishpingo y otras maravillas del bosque de Atahualpa.

## Tabla de contenidos

<b>Resumen</b> .....	VI
<b>Agradecimientos</b> .....	VII
<b>Introducción</b> .....	1
Metodología .....	7
¿Por qué hablar de los árboles de vereda? .....	10
Los árboles de veredas en la infraestructura verde urbana .....	10
Los árboles urbanos en la actualidad.....	13
<b>Capítulo 1</b> .....	18
Los imaginarios y la ciudad.....	18
1.1 Estado de la cuestión sobre imaginarios urbanos .....	22
1.2 La formación de imaginarios: los procesos histórico-culturales .....	26
1.3 La historia de los árboles urbanos en ciudades de Europa y Norteamérica.....	29
<b>Capítulo 2</b> .....	35
Quito y su arbolado .....	35
2.1 Quito, sus barrios, sus árboles .....	35
2.2 La experiencia sintáctica, semántica y estética en La Floresta y El Comité del Pueblo	43
2.2.1 La Floresta: su historia, su paisaje, sus árboles .....	46
2.2.2 El Comité del Pueblo: su historia, su paisaje, sus árboles.....	50
<b>Capítulo 3</b> .....	53
Los árboles imaginados .....	53
3.1 Las instituciones, la falta de planificación y el conflicto.....	53
3.2 Los árboles y la modernidad en La Floresta y El Comité del Pueblo.....	66
3.3 Los árboles en el imaginario de La Floresta y El Comité del Pueblo.....	73
<b>Conclusiones</b> .....	82
<b>Anexo I</b> .....	87
<b>Anexo II</b> .....	88
<b>Anexo III</b> .....	88
<b>Lista de referencias</b> .....	89

## Ilustraciones

### Figuras

<b>Figura 1.1.</b> Proyección Red Verde Urbana de Quito	12
<b>Figura 2.1.3.</b> Evolución de la impermeabilización y deforestación del suelo	44
<b>Figura 3.1.8.</b> Esquema propuesto por la Secretaría de Territorio, Hábitat y Vivienda para modificar la Av. Jorge Garcés	62
<b>Figura 3.2.2.</b> Vista aérea del barrio La Floresta en 1961 y 1983	68
<b>Figura 3.2.4.</b> Recomendaciones en el Manual Técnico de Arbolado Urbano de Quito	72

---

### Fotografías

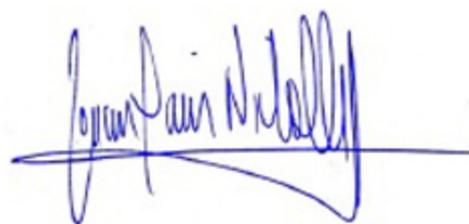
<b>Fotografía 1.3.1.</b> Ejemplos de jardinería francesa	31
<b>Fotografía 1.3.2.</b> Árboles de vereda en Londres	33
<b>Fotografía 1.3.3.</b> Árboles de vereda en Washington D.C.	34
<b>Fotografía 2.1.1.</b> Árboles de vereda en Buenos Aires, Argentina	36
<b>Fotografía 2.1.2.</b> Tala de árboles durante la construcción del bulevar N.N.U.U (2012)	41
<b>Fotografía 2.2.1.</b> Eugenia con alcorque sobre nivel	49
<b>Fotografía 3.1.1.</b> Alcorques entre bahías de estacionamiento, Amsterdam, PB	54
<b>Fotografía 3.1.2.</b> Cepillo blanco sin alcorque, alcaldía Paco Moncayo	55
<b>Fotografía 3.1.3.</b> En primer plano una acacia negra podada para no topar los cables.	56
<b>Fotografía 3.1.4.</b> Ejemplos de arbolado en La Floresta	58
<b>Fotografía 3.1.5.</b> Eugenias podadas en la calle Vizcaya y Lugo	61
<b>Fotografía 3.1.6.</b> Árboles sembrados por el Municipio en la avenida Juan Molineros	62
<b>Fotografía 3.1.7.</b> Árboles sembrados por los vecinos en El Comité del Pueblo	63
<b>Fotografía 3.2.1.</b> Árboles protegidos con malla y podados geoméricamente	66
<b>Fotografía 3.2.3.</b> Calistemo rojo podado radicalmente	70

### **Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis**

Yo, Juan Javier Nicholls Andrade, autor de la tesis titulada “La ciudad y sus árboles: Estudio de caso de dos barrios quiteños a través de sus imaginarios”, declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría en Estudios Urbanos concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, marzo de 2018



---

Juan Javier Nicholls Andrade

## **Resumen**

El árbol urbano se yergue como un actor importante en el vuelco que deben dar las ciudades modernas hacia la sostenibilidad. Sin embargo, en ciudades como Quito, no se les ha dado el trato adecuado para que esto se vuelva una realidad. En esto participan tanto el Estado como los ciudadanos y es la cercanía a estos últimos, lo que da pie a la propuesta de investigar a los árboles de vereda.

Esta tesis propone a los imaginarios urbanos como marco conceptual y herramienta metodológica para desentrañar la relación que existe entre los habitantes de dos barrios de la ciudad de Quito con sus árboles de vereda. La exploración comienza en la formación de las percepciones colectivas de las ideas de ciudad, que importadas a Quito se transforman, otorgándole al árbol de vereda un papel secundario en su participación como elemento de la infraestructura urbana, yendo contracorriente con la necesidad actual de urbes más verdes y sostenibles. El resultado es la proyección, en la mente de los ciudadanos y en la práctica, de un árbol inocuo, bien podado y que supedita su existencia, su forma y su potencial a otros símbolos de la ciudad gris, “moderna”: las vías para automóviles, los postes de tendido eléctrico, los cables de servicio y el cemento armado. Esta tesis además, visibiliza la manera en cómo las entidades municipales quiteñas han manejado el tema del arbolado de vereda para contribuir con este imaginario.

## **Agradecimientos**

Agradezco profundamente a Esteban José por su paciencia, ayuda eterna y amistad. Sin ellas nunca habría podido lograr esta empresa. A Esteban Mariano y Pilar por su constante soporte y cariño. A Gabriela por su solidaridad y apoyo.

Gracias a Nicolás Cuvi, por haberme dado la libertad de fallar y el tiempo para rectificar.

También quisiera agradecer a Gustavo Durán y Carolina Proaño por su tiempo e invaluable comentarios, a partir de los cuales le he dado forma final a este trabajo.

## Introducción

Incrementar el dosel de árboles en las ciudades contribuye a la disminución de las temperaturas urbanas al bloquear la radiación de onda corta e incrementar la evaporación de agua, creando microclimas más cómodos. Los árboles también mitigan la contaminación del aire causada por las actividades diarias en la ciudad. Su sistema radicular ayuda a evitar inundaciones durante lluvias fuertes y tormentas. Pero ¿alguna vez te has preguntado cuán sostenible es tu calle o barrio? ¿Necesita tu ciudad mayores esfuerzos para hacer sus calles más verdes? ¿Sabes que puedes contribuir desde las bases en lugar de esperar que las cosas sean hechas por políticos y técnicos?<sup>1</sup>  
MIT Senseable City Lab – Treepedia 2017<sup>2</sup>

En *El Quito Imaginado*, aquel esfuerzo investigativo que muestra “las formas y maneras de ser habitante de una ciudad iberoamericana” (Aguirre, Carrión y Kingman 2005); nuestra ciudad imaginada no es verde, es azul por su cielo o gris por sus días de frío, lluvia y neblina, pero ¿dónde queda su verde? Estando en el Ecuador, con impresionantes vistas de sus montañas, de bosques, cejas andinas y pajonales. ¿Por qué la gente no la imagina verde?

Este trabajo intenta sistematizar la relación entre la gente de dos barrios de la ciudad de Quito: La Flores y El Comité del Pueblo, y los árboles de las calles de la urbe. La herramienta principal es el concepto de los imaginarios urbanos, fundamentada o contrastada con interpretaciones del origen de una preferencia sobre la manera en que éstos deben verse, deben ubicarse –desde la perspectiva de sus habitantes- y su relación con otros elementos del tejido y la vida urbanas: como los cables de servicios; los automóviles; las vallas comerciales; entre otros.

La motivación es la de desentrañar la relación que existe entre los ciudadanos y este elemento tan importante para la sostenibilidad de las ciudades, como es el árbol urbano y en particular los árboles que enmarcan las calles y avenidas en Quito, aquellos que están más cerca del quehacer diario en la ciudad y que inevitablemente tienen el potencial de entregar servicios particulares, que no se pueden derivar de los bosques urbanos o las áreas verdes como parques

---

<sup>1</sup> Traducción del autor.

<sup>2</sup> MIT - Senseable City Lab. (30 de junio de 2017). Treepedia. Obtenido de <http://senseable.mit.edu/treepedia>

y quebradas. En este sentido, el argumento para justificar este trabajo, fue la premisa de la búsqueda de ciudades con mejores estándares de vida, mejor condiciones de cohabitabilidad y cómo analizar otra rama posible de esa ciudad construida desde la gente.

Es así que propongo el uso de los imaginarios, éstos siendo la construcción, dentro de una sociedad, de una red simbólica en la que se asientan sus relaciones y su diario vivir (Castoriadis 1983) y aglutina elementos que dan forma a los órdenes sociales y que son fundamentales para la construcción de la realidad social (Pintos 1994). Entran en esta discusión como herramienta, no solo para la planificación sino también para la ejecución, en territorio, de los esfuerzos en la gestión de los espacios habitados en las ciudades (Hernández Peña 2012), y como medios de conexión entre técnico, planificador y habitante. La relevancia de su investigación, que se ha convertido en una nueva corriente dentro de los estudios urbanos, se cimienta en el objetivo de planificar desde lo ciudadano: al fin y al cabo “el mundo se vive según las percepciones que se tengan de él, y al participar éstas dentro de conglomerados amplios, complejos y de contacto como son las ciudades, adquieren mayor contundencia en su definición grupal” (Silva, 2005).

Por otro lado, en la actualidad se está ampliando el debate, en el mundo de los estudios urbanos, acerca de la importancia de planificar ciudades más amigables con sus habitantes y que en dicho proceso se tomen en cuenta las opiniones ciudadanas (Duxbury 2014); en esta línea no se puede dejar de lado los temas ambientales que son elemento fundamental de la búsqueda de ciudades sostenibles. Y dentro de estos temas ambientales, más allá de las innumerables variables de las que puede conformarse, una de las más importantes son los árboles urbanos, como lo expresa Mark Johnston, en 2011, en la conferencia de investigación sobre el tema en Gran Bretaña:

Nuestros bosques urbanos, los árboles dentro y alrededor de nuestras ciudades, tienen un rol vital en la promoción de comunidades sostenibles. Estos árboles, al ser el componente individual más importante de la infraestructura verde urbana, tienen el potencial de proveer un sinnúmero de beneficios ambientales, económicos y sociales, contribuyendo enormemente a la salud y bienestar de todos los que viven y trabajan en las urbes. A medida que aumentan las preocupaciones sobre la calidad del ambiente en las ciudades alrededor del mundo, la

importancia de proteger y expandir los bosques urbanos solo puede aumentar (Johnston y Percival 2012, 1)<sup>3</sup>

Cuando analizamos a las ciudades desde su capacidad de proporcionar servicios que mejoren la calidad de vida, tales como aire limpio, manejo de desechos, agua de calidad, electricidad de fuentes seguras y confiables, movilidad o comunicación; identificamos mecanismos que los pueden hacer realidad y que están atados a la infraestructura, como las calles, el alcantarillado, el tendido eléctrico, entre otros. En este entramado, ahora podemos hablar de varios tipos de infraestructura: la gris y la verde. La segunda siendo un sistema vivo capaz de proporcionar, como menciona Johnston, una diversidad de beneficios sociales, económicos y ambientales a través del manejo de ríos, bosques, humedales, ecosistemas urbanos, biodiversidad y de los árboles urbanos (K. Wolf 2003).

Estas dos clases de infraestructura (aunque sobre todo la gris) vienen precedidas de proyectos y planes que dan forma a las ciudades. La verde por su parte puede tener partes planificadas, otras gestionadas y otras de origen natural. Hay ciudades que se planifican desde cero como Brasilia o Washington D.C., otras que se han reconstruido casi en su totalidad bajo un plan muy detallado como la París de Haussman, pero en muchas ciudades sus habitantes han dado forma a parte del territorio sin planificación técnica, más basados en las necesidades insatisfechas de un grupo de la población, que en la proyección de un urbanista o de un departamento dentro de una institución estatal. La forma urbana y los procesos de urbanización, entonces, contienen estos dos elementos: el de la planificación por parte de agentes relacionados al Estado y/o el de la espontaneidad que se origina en la toma del territorio por parte de sus habitantes (Bloom y Khanna 2007) (Oliveira 2016). Estas dos realidades no necesariamente se alinean al momento de dar forma a una ciudad, muchas veces, lo técnicamente deseable no encaja con las expectativas ciudadanas. En un contexto de infinitas variables, como es el urbano, puede ser muy compleja la identificación de objetos particulares de estudio que rastreen los desencuentros entre lo técnico y lo esperado. Lo anterior se aplica a cualquier ámbito de la vida urbana, como pueden ser la movilidad, la seguridad –o inseguridad-, la salud, el medioambiente, la infraestructura, o cualquier otra. Es por esto que creo importante que se plantee un camino que interprete lo que la gente espera de la ciudad, pero a través de lo que la gente entiende o percibe de lo que es la ciudad y las posibilidades que hay dentro de esta.

---

<sup>3</sup> Traducción del autor.

En esta investigación, para ensamblar el tema ambiental, urbano y el de los imaginarios, el sujeto de investigación ha sido el arbolado urbano, con énfasis en los árboles de sus calles, es decir de aceras y parterres, esto porque éstos últimos están más cerca del ciudadano de a pie, del dueño u ocupante de un predio y que tienen mayor probabilidad de interactuar en el día a día con los habitantes de la ciudad. El lugar que ocupa este árbol en el imaginario de las personas, es lo que busca la presente investigación, a través de los tres componentes de la teoría de los imaginarios: la percepción grupal, es decir, la conformación del imaginario; el origen de ese imaginario - ¿de dónde viene?--; y finalmente el cómo se expresa este imaginario materialmente sobre los árboles. En este contexto, el argumento de la presente tesis se explica a través de un flujo basado en varias exploraciones inductivas que tienen esas tres corrientes o procesos a ser estudiados.

Entendiendo que hay estructuras materiales y condiciones de poder estructural que son condicionantes de la evaluación que la gente tiene de la ciudad, he intentado rastrear parte de la formación de los imaginarios en su historia, más particularmente en cómo la ciudad se fue formando a través de influencias de otras ciudades en el mundo y dentro de esto cómo parte de la sociedad dominante y que tenía poder de decisión en la conformación de la ciudad, interpretó esas influencias, sobre todo en su intento de imitarlas en pleno desarrollo de la modernidad urbana en los siglos XIX y comienzos del XX. Por esto, describo brevemente la historia del arbolado urbano en ciudades de Europa y Norteamérica, como contraparte y a la vez como fuente de formación de una idea de ciudad y de trato al arbolado, que luego fue plasmada en Quito. Como complemento de este análisis, hablo de la historia de la ciudad, de sus políticas y proyectos relacionados con los árboles y la manera en la que fueron ejecutados, a través de su incorporación en el urbanismo en general, pero también con los procesos urbanos y los contextos culturales en los que se dieron dichos procesos.

También, expongo algunos ejemplos que nos den pistas del porqué de los árboles en la vereda en un principio, para luego describir la evolución de su importancia a lo largo de la historia de las ciudades. Esto, porque creo importante evidenciar el contraste de las historias detrás del arbolado urbano y que de alguna manera desarrolla un diálogo con el origen de los imaginarios; del cómo puede variar la percepción de la gente con respecto a un actor urbano como el árbol, dado el hecho de que éste ha formado parte de la vida en la ciudad en distintos tiempos, por distintas justificaciones. Y en este sentido trato de lograr paralelismos entre otros

fenómenos culturales que han dado forma a la ciudad, como los orígenes del higienismo, el ornato o la preferencia arquitectónica, a través de literatura relacionada con aquellos procesos.

Una vez identificada esa base teórica sobre la cultura que formará los imaginarios, propongo un análisis de las estructuras materiales de lo imaginado sobre los árboles y de las dinámicas que tienen los ciudadanos con los árboles que también se ven influenciadas por lo que está a su alrededor, como la configuración y estado de las aceras, la existencia o no de basureros y otros elementos de infraestructura urbana que por su presencia o ausencia, provocan cierta presión sobre los árboles y la interacción de estos con los seres humanos en áreas urbanas; adicionalmente también está relacionado con esto, las decisiones específicas que se han tomado desde el Estado sobre el arbolado: las especies que se han sembrado, dónde y cuándo se lo ha hecho, y cómo. Al existir una variedad tan amplia de realidades en la ciudad de Quito, decidí acotar el estudio de los imaginarios a dos barrios específicos, en este caso dos barrios emblemáticos de la ciudad: La Floresta y el Comité del Pueblo, esto por el contraste de ambos en términos de conformación socioeconómica, territorial y de conformación de su tejido urbano; mientras comparten un proceso de formación urbana similar en el sentido de haber sido barrios planificados por entidades ajenas al municipio, en terrenos que fueron haciendas cercanas al núcleo de la ciudad en su momento. La investigación en campo, que incluyera entrevistas a los habitantes y su percepción sobre el arbolado del barrio y sobre lo que imaginan del arbolado urbano en general, fue complementada con información del estado de la infraestructura relacionada del barrio, su conformación física, además de las acciones institucionales que han configurado el estado del arbolado o la ausencia de este, como un elemento que aporta a la configuración del imaginario urbano en territorio.

Esta investigación hace un uso más extenso del concepto de los imaginarios, a través de lo que son sus tres componentes: su origen, su formación como percepción grupal, y su expresión material. Al tener los imaginarios estas tres columnas en las que se yergue, no tendría fuerza argumental la sola descripción de lo que las personas “piensan” sobre los árboles si no se contextualiza dicho “pensamiento” en un tejido más amplio. En este sentido, parte del razonamiento para plantear el tema de la presente investigación fue el de haberme preguntado sobre el estado, la estética y el trato a los árboles en otras ciudades, en las que su cantidad y calidad -en las calles, aceras y parterres- son más evidentes en el tejido urbano. Insistiendo en la importancia que trato de dar a las relaciones entre árboles y personas en el contexto urbano. Es por eso que me centro en árboles de veredas, aquellos que están más

cerca de los flujos de personas y vehículos, y me pregunto cuál es la diferencia, sobre todo en términos del ciudadano, para que no exista una mayor cobertura de dosel verde en la ciudad de Quito y del porqué es difícil encontrar árboles de formas y estructuras “naturales”<sup>4</sup>. Y aunque en un primer momento se crea que la discusión sobre la estética puede ser subjetiva o ajena a las disciplinas académicas urbanas, en el caso de los árboles ésta tiene mucho que ver con su capacidad de proporcionar servicios ambientales: su tamaño general y la cobertura de su follaje –el dosel- determinarán su capacidad para absorber agua lluvia y de escorrentía, de filtrar el aire que respiramos en la ciudad y de contrarrestar la isla de calor que generan las ciudades llenas de asfalto a la vez que su forma natural evocará lugares fuera de la dureza urbana y potencialmente ayudarán a la mejor convivencia entre habitantes de la ciudad.

Para el tercer componente de los imaginarios, el de la materialización de éstos, también acudí a la investigación en territorio. A través de documentos, entrevistas y observación, intenté buscar ese vínculo entre lo deseado y la manera en la que se trata a los árboles. El estado de éstos y las acciones de los ciudadanos para darles forma, incluso ignorando regulaciones y ordenanzas que los limitan, encontrando a través del árbol, también las relaciones con el espacio público y la dicotomía que se forma en el trato a la infraestructura gris y a la verde. La primera generando respeto, admiración y expectativa, mientras la segunda crea una relación de poder en la que el árbol es la víctima de ese desequilibrio.

En este tercer pilar también se rastreó los porqués, a través de la asociación de éste con los otros dos pilares -cerrando así el círculo de análisis de los árboles imaginados de Quito-; el de la historia subyacente, basada en el entendimiento de modernidad que dio forma a la ciudad de Quito, a sus influencias estéticas, y a las acciones institucionales con respecto al arbolado urbano –relacionadas con dónde vienen los imaginarios, cómo se formaron-; pero también con aquella apreciación, percepción que tiene la gente de lo que son los árboles – beneficios, conflictos, problemas-, y que a través del diálogo de los tres logran establecer el posicionamiento de los árboles en el imaginario ciudadano.

Las ciudades han adquirido su forma particular a través de un entramado histórico complejo. El tejido urbano, su expansión, su densidad, el ancho de sus vías, la altura de sus edificios, sus espacios verdes, las formas de movilidad utilizadas, su organización espacial, entre otras, son

---

<sup>4</sup> En términos de arboricultura: Consultado en Manuales Técnicos del Arbolado Urbano. Polo Abad (2016)

resultado del desarrollo planificado o espontáneo de cada una (Oliveira 2016). De alguna forma, existe una similitud basada en la necesidad de movilidad dentro de la ciudad, que ha dado lugar a la retícula formada por calles y manzanas (Jacobs 2011). La expansión de las ciudades también va encontrándose con zonas naturales y bosques; se decide dónde y cómo se plantean los parques arbolados y los bosques urbanos a través de las instituciones formales de planeamiento, administración y ejecución en cada ciudad; como por los habitantes de cada una de ellas. Por esto, la idea de plantar árboles en las veredas puede tener tantos orígenes como ciudades en el mundo.

En esta investigación he incluido tangencialmente la idea de la estética del árbol vinculada al imaginario, y es que ésta puede condensar la proyección del árbol deseado de la gente, pero también la historia subyacente y las acciones que ha tomado la ciudadanía para tratar de lograr aquel árbol imaginado, el árbol deseado en las ciudades por ellos; ya sea a través de la siembra espontánea, la poda de árboles existentes o sembrados desde lo institucional o de plano, a través de la extirpación de éstos para cumplir con un modelo de barrio que se ajuste a sus expectativas. En el último capítulo, se discute justamente cómo ese árbol deseado dialoga con los hallazgos hechos en otras partes del mundo a cerca de los beneficios de los árboles urbanos, para, en el mejor de los casos, dar pie a investigaciones locales sobre la relación de los árboles y la ciudad, en términos de servicios ecológicos, pero también en cómo influyen el diario vivir de sus habitantes.

En definitiva, lo que esta investigación ha intentado es hacer un rastreo de los imaginarios sobre los árboles en los barrios de estudio; de su formación a través de su relación con la historia y la cultura, además de su expresión en territorio, al ver cómo se los ha tratado tanto desde el lado institucional como desde el habitante del barrio.

### **Metodología**

Para el desarrollo metodológico, se tomó en cuenta que los imaginarios sobre la ciudad, son el imaginario sobre los espacios o elementos de la vida urbana que consideramos públicas (Silva 2006). Bajo esta premisa, el argumento del presente trabajo se desenvuelve alrededor de la posibilidad de que una percepción grupal sobre la idea general de la ciudad –el imaginario- se adquiere por influencias exteriores, pero es penetrada por elementos locales que la transforman. En el caso de los árboles en Quito, la consecuencia sería la de su subordinación a otros elementos de la infraestructura urbana, además del establecimiento de una estética que

los aleja de lo natural y lo acercan -en términos de percepción- a lo moderno, lo higiénico e inocuo. Esta subordinación y estética se expresan a través de las decisiones y acciones que se ejercen sobre los árboles en varias aristas, desde la especie que se elige, dónde se la siembra, cómo se la poda o tala y cómo este actor urbano –el árbol- ha llegado a representar ciertos miedos y antagonismos en la urbe, y más específicamente en los barrios estudiados. Es decir, los árboles urbanos en Quito son, en el imaginario de sus ciudadanos, un elemento ajeno al de una ciudad considerada moderna, en el que la prioridad son la productividad y la velocidad de los flujos, en lugar de la calidad de vida en términos de un hábitat más equilibrado, cercano a la naturaleza y al equilibrio ambiental. Además de que los árboles urbanos, particularmente los de aceras y parterres, es decir los que están en el entramado vial urbano, son el reflejo de los miedos de los ciudadanos en la ciudad, al ser considerados ajenos a ésta, forasteros en la ciudad de cemento, limpia e higiénica. Y que exacerban con su presencia, la idea que tienen los ciudadanos de la ciudad misma: la “ciudad gris y peligrosa” (Aguirre, Carrión y Kingman 2005).

Es así que este trabajo se apoya en tres momentos. El de recopilación teórica, como estado de la cuestión y marco general, que sirve también como contraparte de los datos recopilados en campo; principalmente a través del manejo de conceptos y propuestas como los imaginarios, la modernidad en el contexto urbano y cultural acotado a la ciudad de Quito y sus barrios.

En un segundo momento está la recopilación de información secundaria, donde busqué los datos concernientes a la ciudad y los barrios, tanto actualmente como en su historia; la investigación documental y bibliográfica. Cabe anotar que la elección de los barrios se derivó de algunas variables, entre las cuales se encontraban que debían ser barrios constituidos, que permitieran un contraste entre ambos por sus características físicas y socioeconómicas, la cantidad de árboles en las veredas o, como resultó ser en este caso, de antigüedad y de paradigmas de planificación. También ayudaron en la elección de los barrios, las sugerencias de arboristas municipales por su experiencia en territorio. En este caso los barrios elegidos fueron: La Floresta y El Comité del Pueblo<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Aparte de las características que diferencian a ambos barrios y que pueden proporcionar pistas sobre los imaginarios en diferentes hábitats urbanos, la elección de dichas zonas de la ciudad fue apoyada por expertos en arboricultura y funcionarios públicos encargados del arbolado urbano: Jorge Polo, arborista encargado del proyecto de árboles patrimoniales de Quito de la Secretaría de Ambiente del Municipio, y Sofía Paredes, arborista, encargada del arbolado urbano en el espacio público, Empresa Metropolitana de Movilidad y Obras Públicas, Quito.

Para la exploración de las tres etapas identificadas dentro de los imaginarios urbanos: “el imaginario como construcción o marca psíquica; el imaginario como construcción social de la realidad y el imaginario en cuanto al modo que permite la expresión material por alguna técnica” (Silva, 2012); me he valido de experiencias anteriores, para enfocar los esfuerzos tanto teóricos como sistemáticos, para enmarcar propuestas y resultados, sobre todo a través de la caracterización de las áreas estudiadas, de sus características y contexto, para esto me apoyé en los conceptos desarrolladas por Kevin Lynch en *La imagen de la ciudad* (1998) encuadradas en 3 categorías (Castro Ramos 2008):

- ¿Cómo es el lugar?: la cualidad del decorado escenográfico, la experiencia sintáctica
- ¿Cómo se siente el lugar?: La experiencia semántica
- ¿Cómo vivo el lugar?: La experiencia estética

Para la formación de imaginarios, por otro lado, creí importante hacer un análisis de la configuración del paisaje urbano: territorio a ser investigado, su configuración en términos urbanos y de arbolado, al igual que la historia natural y de urbanización del lugar. Al mismo tiempo que exploré los rasgos culturales para lograr interpretar la relación habitante urbano-arbolado urbano. Las herramientas usadas en esta etapa fueron: mapas, observación participativa, datos censales, entrevistas a expertos, entrevistas semiestructuradas y bibliografía adecuada.

Para parte de la investigación exploratoria y complementaria a la que se efectuó en territorio, se realizaron entrevistas semiestructuradas a expertos e investigación documental para incluir una sección que contraste árboles en estado natural, áreas arboladas en otras ciudades y las áreas de estudio. Esta etapa se buscó imágenes que representan tanto al árbol urbano en términos puntuales y al arbolado urbano en su conjunto. Los entrevistados fueron funcionarios públicos con injerencia en planificación, diseño e implementación de planes, proyectos o programas relacionados con el arbolado urbano, que en el caso de Quito son la Empresa Pública Municipal de Movilidad y Obras Públicas (EPMOP), su departamento de Espacio Público y también la Secretaría del Ambiente.

Para la investigación de campo se realizaron 22 entrevistas semiestructuradas en La Floresta y 20 en El Comité del Pueblo. Se contó con la participación de habitantes, transeúntes, y

trabajadores de los barrios. Tomando en cuenta que no son los funcionarios públicos y no siempre los habitantes, los que tienen contacto directo con los árboles y su mantenimiento, se complementó lo anterior con una entrevistas a una de las escuadrillas de podadores y jardineros municipales, y a jardineros particulares que se encargan del mantenimiento de árboles de la calle, parterres y jardines particulares.

Cabe aclarar que para la toma de la muestra y la elección de las herramientas de investigación se tomaron en cuenta los principios de saturación –para determinar a cuántas personas se entrevistaría- y de triangulación –comparación de resultados para determinar la validez de los mismos-. Los entrevistados debían ser mayores de edad y haber vivido en el barrio al menos los últimos 5 años. Se procuró entrevistar a hombres y mujeres en números iguales. Los expertos seleccionados fueron arboristas, jardineros, dirigentes barriales, periodistas y activistas sociales.

Durante toda la investigación se hizo un ejercicio de comparación y contraste entre lo que surgía en las respuestas en los barrios y de lo que fui observando, siempre con el derrotero de escudriñar ese diálogo que hay entre los imaginarios establecidos y las influencias externas que van moldeándolos culturalmente y materialmente. Se tomaron en cuenta componentes socioeconómicos, arquitectónicos, de estructura vial, infraestructura gris, entre otros. Esto fue importante para contrastar imaginarios en diferentes situaciones estéticas, histórico y de posibles usos y conflictos con el arbolado urbano, comparando diferentes posibilidades, que aunque no necesariamente son opuestas son claramente distintas.

Finalmente, este esfuerzo metodológico e investigativo, no tuvo la intención de ser categórico o exhaustivo, sino más bien fue un intento de contribuir al trabajo sobre el potencial que tienen los imaginarios, pero además sobre la posibilidad de recuperar el arbolado en Quito, vinculando ambos temas a través de lo histórico y cultural; tratando de entendernos un poco mejor como habitantes de la ciudad de Quito.

### **¿Por qué hablar de los árboles de vereda?**

#### **Los árboles de veredas en la infraestructura verde urbana**

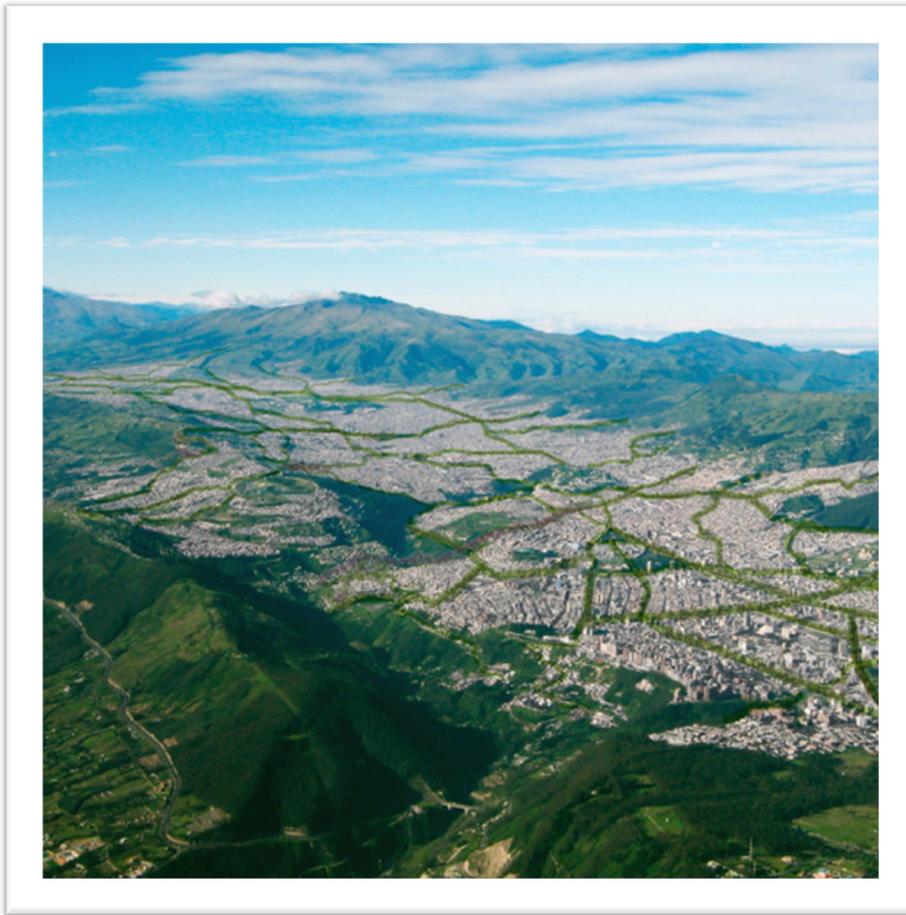
Actualmente, con la búsqueda de ciudades ambientalmente sostenibles, empiezan a aparecer nuevos conceptos sobre los elementos que conforman o deberían formar parte de las urbes contemporáneas. La infraestructura tradicional de vías, alcantarillado, tuberías, tendido

eléctrico y afines, ahora es complementada por elementos capaces de brindar servicios ambientales. A la primera, se la llama *infraestructura gris*, mientras a la segunda se la llama *infraestructura verde* (K. Wolf 2003). En la conferencia sobre “Árboles, gente y el medioambiente construido” llevada a cabo el 13 y 14 de abril de 2011 en Birmingham, Reino Unido, se define tanto a la infraestructura verde como a la red verde urbana de la siguiente manera:

Hay una variedad de definiciones del término “red verde” que además se complejizan con la inclusión del concepto de “infraestructura verde”, la cual incorpora la interrelación y conectividad entre paisajes. Estos términos a menudo se usan indistintamente. Tzoulas et al. (2007, 169) definen a la infraestructura verde como “a las redes naturales, seminaturales y artificiales de los sistemas ecológicos multifuncionales que se encuentran en, alrededor y entre áreas urbanas, en todas las escalas espaciales”, aunque lo anterior hace énfasis exclusivamente a contextos ecológicos y no sociales. Forest Research (2010, 9), por otro lado, define la infraestructura verde como “la combinación de estructuras, posiciones, conectividad y tipos de espacios verdes, que en su conjunto permiten la entrega de múltiples beneficios en forma de bienes y servicios” (Dandy et al. 2011, 73).

La incorporación de estos nuevos conceptos en la urbe también se abren al debate de la manera en la que se interrelacionan con la ciudad y sus habitantes. En el mismo texto de Dandy y el de *Forest Research*, lo que se intenta incluir es la dimensión social en la relación con los bienes y servicios recibidos de la infraestructura verde urbana y de sus componentes (Dandy et al. 2011, 73). En el caso de la ciudad de Quito, la Red Verde Urbana (RVU) tiene también un tercer objetivo que es el de “integrar sistémicamente los componentes del entorno natural que rodean a la urbe o se incluyen dentro de ella” (Secretaría de Territorio Hábitat y Vivienda de Quito 2017), es decir el proporcionar corredores verdes para el tránsito de especies. En la figura 1, vemos la interpretación artística de la aspiración que tiene la administración de la ciudad sobre la RVU.

**Figura 1.1.** Proyección Red Verde Urbana de Quito



Fuente: <http://sthv.quito.gob.ec> 2017

En esta interpretación vemos claramente la importancia que se les da a los corredores en las vías y el tejido urbano de la ciudad. Pero además, la administración municipal, al igual que las propuestas citadas anteriormente, le agrega una nueva dimensión a los beneficios que tendría la RVU:

[L]a Red Verde Urbana va más allá de las contribuciones ambientales únicamente, ya que ésta permitirá construir nuevos patrones sobre la relación entre la Naturaleza y la ciudad desde la perspectiva de desarrollo sostenible del Distrito Metropolitano de Quito, a través de la potenciación de los valores económicos, sociales y patrimoniales identitarios que contribuirán a mejorar la habitabilidad en el espacio público, la salud y calidad ambiental, la cohesión social, la integración cultural y la equidad, la accesibilidad universal, la valoración y repotenciación del

patrimonio natural y de los espacios simbólicos para la ciudadanía (Secretaría de Territorio Hábitat y Vivienda de Quito 2017).

Es por esto que en la presente investigación hago énfasis en los árboles urbanos de aceras y parterres, por ser árboles públicos que conviven en mayor cercanía, en el día a día, con los ciudadanos, y que forman parte integral de la infraestructura verde urbana. Y sobre todo, en términos de conectividad, ninguna otra parte de la red de áreas verdes tiene el potencial de enlazar a sus nodos (tanto para las especies animales y vegetales como para los seres humanos) como la de los árboles urbanos (Dandy et al. 2011). Además si pensamos en que las aceras de calles y avenidas son el tejido interno de la ciudad, el espacio público por excelencia (Jacobs 2011), la capacidad de los árboles de las aceras y parterres para ser uno de los principales componentes de la infraestructura verde urbana y el enlace de la ciudad con la naturaleza, es inmensa. Con su presencia seguramente cuentan todas las ciudades del mundo, ya sea por haber sido sembrados intencionalmente o por ser remanentes de lo que había antes de que la mancha urbana se expanda y se integre a las zonas rurales o naturales. Y por esto es que se vuelve importante su manejo desde el lado de su relación con los seres humanos que cohabitan en la ciudad.

Es así que los árboles de la vereda tienen una capacidad intrínseca de proporcionar bienes y servicios ambientales, pero la dimensión social de su presencia en la ciudad dependería de la manera en que los humanos los perciben y permiten esa interacción. En este caso particular los imaginarios son los que proporcionan las herramientas para evaluar esa percepción social, mientras que la búsqueda del origen de esos imaginarios proporciona la oportunidad de entenderlos y proponer alternativas para que los árboles puedan proporcionar todo su potencial en la ciudad.

### **Los árboles urbanos en la actualidad**

Las funciones de los árboles urbanos han sido descritas por varios autores, dentro de un gran abanico de beneficios, que incluyen, pero no están limitados a los ámbitos de valores culturales y sociales, gracias a su capacidad de generar acción social (Dandy et al. 2011); al ámbito ambiental, e incluso al económico gracias a la generación de activos ambientales y sociales en conjunto. También ha sido objeto de análisis la relación entre los árboles y la ciudad a través de su aporte a la salud, a la estética, a la biodiversidad, a las relaciones entre

árboles y seres humanos en aportes a la conformación de los lazos comunitarios y de la identidad de barrios y ciudades.

Para Herbert Shroeder (Shroeder 2012), los beneficios de los árboles urbanos en términos de la *interacción* entre éstos y los seres humanos, se pueden clasificar en dos grupos: los de valor “experiencial” que se da en la experiencia inmediata de interacción entre la gente y los árboles, que genera sentimientos de placer, goce y apreciación, donde el valor estético es su expresión más conocida; y la segunda, que está ligada a resultados en términos económicos, de salud y sociales, a la que identifica como “utilitaria”.

El valor experiencial deviene en la experiencia estética, que es de importancia también para la ecología, en términos de la relación simbólico-imaginaria de las personas con el ambiente y como se ha propuesto una estética de la ecología. En esta relación, que puede incluir la relación con los árboles urbanos, es importante la forma en que se evalúa su interacción en términos de escala: “a pesar de que los fenómenos del ser humano y del medio ambiente se dan en varias escalas”, los seres humanos entienden su entorno a través del “reino de lo perceptible”, que es la escala particular en la que éstos entienden el paisaje que los rodea; las interacciones dentro de este reino de lo perceptible enfatizan las experiencias estéticas, que a su vez afectarán a la gente y a los paisajes; todo lo anterior bajo la premisa de que los diferentes tipos de paisaje y los efectos de distintas actividades personales o sociales afectarán la experiencia estética sobre estos paisajes (Gobster *et al*, 2007). En este escenario, algunos estímulos estéticos pueden devenir en sensaciones de “belleza paisajística tradicional”, mientras otras pueden evocar o despertar la necesidad de cuidado, apego y el desarrollo de una identidad social (Gobster *et al*, 2007). En este caso se puede asociar la experiencia estética con el desarrollo de los imaginarios, en el sentido del estímulo que desarrolla ciertas percepciones que terminan en acciones que afectan los entornos humanos.

Tal vez, la función más difundida de los árboles en las urbes, que se encuentra dentro de la corriente utilitaria, sea su capacidad para mejorar la calidad del aire, mediante la intercepción de partículas contaminantes (Dawe 2011), pero más allá de esta función tan conocida, existen otras más sutiles y menos obvias para el ciudadano común, como por ejemplo, en el caso particular de los árboles de las veredas y los parterres de las avenidas, en la configuración actual de la mayoría de ciudades –con vastas áreas avocadas al uso de automóviles o medios de transporte en superficie–: que tienen la capacidad de funcionar como corredores para las

personas y otras especies de animales, para enlazar parques y otras áreas verdes de la ciudad (Dandy et al. 2011), sobre todo si el manejo del arbolado se hace de manera técnica y se evita el monocultivo y los conflictos con los habitantes de la ciudad (Polo Abad, Arboricultor Secretaría de Ambiente DMQ 2017).

Los beneficios encontrados alrededor de los árboles de las veredas van más allá (Read 2009), desde lo económico cuantificable descrito por McPherson y otros autores (Mcpherson, et al, 2010) en la ciudad de Los Ángeles, que han determinado un beneficio –entre beneficios sociales y ambientales- de entre USD 38 y USD 56 por árbol; la revaloración y generación de plusvalía en áreas residenciales en ciertas ciudades de los Estados Unidos (K. Miller 2007), y de beneficios para ciertos negocios, como cafés y restaurantes, que pueden utilizar los árboles para generar un ambiente más atractivo en sus frentes y terrazas (Wolf y Bratton 2006). Incluso existen estudios con evidencia empírica que relaciona la presencia de árboles con menos violencia (Burden 2008) y menos accidentes viales debido a su capacidad de calmar a los conductores (Naderi 2003) (Wolf y Bratton 2006). Cabe aclarar que estos datos han sido recogidos mayormente en ciudades con historias y procesos urbanos que no necesariamente son atribuibles a los mismos factores y fenómenos que han dado forma a Quito, a las relaciones de su gente con los árboles y a sus imaginarios urbanos.

Por otro lado, para autores como Francisca Fonseca, en estos momentos vivimos una nueva revalorización de lo natural, incluso dentro del concepto de lo urbano, que se da en un nuevo contexto de entendimiento de la relación entre naturaleza y sociedad en la que se reemplaza la noción anterior de “contraposición” entre ellas, por una nueva de “ruptura y continuidad” (Fonseca 2008), que nace alrededor de la modernización y sus consecuencias no deseadas, y del concepto acuñado por Ulrich Beck (Beck 1998), el de “sociedad del riesgo”, donde los individuos “sienten la necesidad de reencontrarse con la naturaleza, necesitan traerla nuevamente a su entorno inmediato y salir de la opresión que les producen las grandes urbes de cemento” (Fonseca 2008). Para la autora, esta sería una de las principales justificaciones para que las administraciones municipales y los ciudadanos hayan desarrollado el interés de crear espacios verdes en las ciudades, “como una fórmula de mejorar la calidad de vida” y al mismo tiempo “reestablecer el vínculo perdido entre sociedad y naturaleza en el transcurrir de la modernización” (Fonseca 2008). Aunque, como se mencionó con anterioridad, ya en las urbes europeas en el siglo XIX, se reconocía la necesidad de traer a la ciudad a la naturaleza, como una suerte de reacción a las dinámicas de industrialización en las grandes urbes.

Otro estudio relevante en el tema del arbolado urbano, y que además se acerca a los imaginarios a través del estudio de relaciones entre la cultura, la historia del paisaje y los bosques urbanos, *Cultural background and Landscape History as factors affecting perceptions of the urban forests*, donde los autores comparan la percepción de varios habitantes con distinta ascendencia, británica, mediterránea –italiana y portuguesa- sobre los bosques urbanos. En este caso determinan tres tipos de historia del paisaje: la británica, con una tradición en la que grandes bosques tienen influencia sobre la economía y la cultura de origen; la mediterránea, que emula la agricultura a pequeña escala; y la china con una tradición de jardines ornamentales abstractos. Allí, comparando el bagaje cultural con las respuestas a entrevistas que contenían el tipo de árboles urbanos que cada uno prefería se llegó la conclusión, a través de métodos estadísticos, de que los británicos reaccionaban mejor frente a árboles de sombra, y estaban más dispuestos a plantarlos y en mayor cantidad, además de haber sido el único grupo de los entrevistados, que gustaban de parques que evocaban un entorno natural; mientras los chinos tendían a dar menos mantenimiento a sus jardines y que no querían adicionar árboles a éstos y preferían paisajes en los que no existieran árboles; mientras que los mediterráneos hicieron énfasis en la presencia de árboles frutales para sus jardines y reaccionaron negativamente a la presencia de árboles de sombra cuando éstos entraban en conflicto con sus frutales (Fraser y Kenney 2000). Estudios como este dan cuenta de que puede existir una correlación entre la cultura de una sociedad y la percepción y preferencias que éstas tienen de los árboles urbanos.

Existen otras experiencias investigativas que han explorado la relación que existe entre los ciudadanos y los árboles urbanos, muchas de ellas descritas en líneas anteriores y que analizan ya sea los beneficios que traen los árboles a la salud física y mental de las personas; o los efectos sociales que éstos tienen, sobretudo en términos de vincular territorialmente o temporalmente a los habitantes de un barrio; también se han hecho estudios acerca de las percepciones que tiene la gente sobre los árboles, pero desde puntos de vista más cuantitativos y estadísticos, como por ejemplo, el estudio realizado por Zhang et al. (2007) titulado *Public attitudes toward urban trees and supporting urban tree programs*, que lo que buscaba era encontrar una correlación estadística entre variables económicas y demográficas de los habitantes de una ciudad en Alabama, Estados Unidos, y su actitud frente a los árboles y a los programas que buscan cuidar a los árboles urbanos –si los quieren o no los quieren en su barrio, en su ciudad-; otro intento investigativo dentro de esa misma corriente es el de Balram y Dragicevic en su texto *Attitudes toward urban green spaces* (2005), con la diferencia que en

este caso los investigadores incluyen como propuesta la inclusión de herramientas metodológicas a las entrevistas y a los sistemas de información geográfica, para encontrar vínculos entre los ciudadanos y sus actitudes frente a los árboles. En otro interesante trabajo que investiga de alguna manera la relación entre ciudadanos y árboles urbanos, Dawe (2011) se aproxima a la percepción que la gente tiene sobre los árboles en las calles del Reino Unido a través de archivos de prensa y entrevistas, y como base teórica las categorizaciones de ecocentrismo y antropocentrismo.

Por otro lado, los esfuerzos más comunes que se ha encontrado alrededor de la investigación del arbolado urbano vienen desde la arboricultura y la silvicultura urbanas y se han enfocado más en cuestiones de psicología del comportamiento o beneficios económicos y funcionales (cuantitativos) –agua de escorrentía, control de temperatura, entre otras similares-.

## Capítulo 1

### Los imaginarios y la ciudad

*El Quito Imaginado*, la ciudad imaginada no es verde, es azul por su cielo o gris por sus días de frío, lluvia y neblina (Aguirre, Carrión y Kingman 2005). ¿Dónde queda su verde? Estando en el Ecuador, con impresionantes vistas de sus montañas, de bosques, cejas andinas y pajonales. ¿Por qué la gente no la imagina verde?

Este preámbulo dibuja el origen de esta investigación. Un trabajo en el que a partir de un imaginario quiero caracterizar una parte de la ciudad que me acoge: el de sus árboles. En este sentido, me separo de otros textos sobre imaginarios, en los que su objetivo es la búsqueda de la percepción de la ciudad en su conjunto. Aquí exploro la relación que tienen los habitantes de los barrios con sus árboles, a través de lo que esperan de ellos, cómo los ven y cómo los tratan. Esta ha sido una elección teórica con la intencionalidad de “reflexionar sobre los patrones y procesos en los cuales aquello que llamamos cultura, o cultural, está asociada – semiótica y materialmente- con la naturaleza, en relaciones dinámicas que adquieren trayectorias de mayor o menor sustentabilidad y resiliencia socioambiental” (Cuvi 2017), aunque no necesariamente desde los mismos paradigmas. El argumento subyacente está en la aproximación que han hecho varios autores para desarrollar un diálogo entre los imaginarios y la cultura. Entre ellos tenemos a Eduardo Kingman Garcés (2006), a Néstor García Canclini (1989, 2007), a Adrián Gorelik (1999), Julio Echeverría (2017), entre otros.

Los imaginarios en sí mismos son un tema que por su subjetividad se vuelve complejo de analizar si no se lo contrapone, se lo expone, a través del filtro de sus orígenes y de la manera en la que se expresan materialmente, es la descripción espontánea de las percepciones grupales, el entendimiento que tienen los ciudadanos de su entorno. En el caso de este trabajo lo que busco desentrañar es el imaginario relacionado con los árboles urbanos, de sus beneficios, de sus conflictos y problemas y del cómo sería un barrio ideal en el que hubiese árboles; al mismo tiempo de rastrear sus orígenes en ese diálogo historia – cultura – imaginarios.

Los imaginarios pueden ser definidos como la construcción, dentro de un grupo humano -de una sociedad-, de una red simbólica en la que se asientan sus relaciones y su diario vivir (Castoriadis 1983); es además una red que aglutina elementos que dan forma a los órdenes

sociales y que son fundamentales para la construcción de la realidad social (Pintos 1994). Es a través de esta definición grupal como se evalúa la ciudad por parte de sus habitantes, pero también es a través de ésta como se actúa en la ciudad, se entablan relaciones y se traducen en acción esas percepciones. Incluso, en el caso de que lo es deseable desde el lado técnico no coincida con el imaginario de la gente, el conocer este último puede servir para saber como informar y comunicar los cambios deseables para configurar una ciudad más amigable con sus ciudadanos. Es en este tipo de situaciones en las que “análisis de los procesos de construcción territorial se convierten en un factor clave dado que a partir de su entendimiento se pueden detectar factores que inhiben procesos de cambios necesarios para la sociedad, pero igualmente elementos de importancia para la construcción colectiva de mundos futuros” (Hernández Peña 2012)

Los imaginarios no son sólo representaciones en abstracto y de naturaleza mental, sino que se “encarnan” o se “incorporan” en objetos ciudadanos que encontramos a la luz pública y de los cuales podemos deducir sentimientos sociales como el miedo, el amor, la ilusión o la rabia. Dichos sentimientos son archivables a manera de escritos, imágenes, sonidos, producciones de arte textos de cualquier otra materia donde lo imaginario impone su valor dominante sobre el objeto mismo. De ahí que todo objeto urbano no sólo tenga su función de utilidad, sino que pueda recibir una valoración imaginaria que lo dota de otra sustancia representacional (Silva 1998, 109)

Los árboles son objetos urbanos que tienen un correspondiente imaginario urbano. Los árboles son construidos como objetos urbanos, en parte, a partir de un imaginario. En este sentido, los árboles de Quito han sido un lienzo de expresión en la vida de la ciudad. La manera en la que son tratados o maltratados, podados, sembrados, cuidados, son una expresión de ese imaginario; de esa expresión que trasciende al árbol y se convierte en la expresión del ciudadano en la convivencia con la ciudad, con los objetos urbanos.

El estudio de imaginarios toma gran importancia, también, en la articulación entre el querer ser como habitante urbano y el deber ser desde la planificación urbana. El ciudadano no necesariamente es técnico y no ve o vive la ciudad a través de planos y planes, la vive en su cotidianidad, la entiende en la medida en que la percibe, en la que la imagina. “Cada edificación, cada vía o ducto, cada paso peatonal, cada espacio abierto o cerrado, articulan una gramática del espacio que, como texto, es leído (recorrido) por los pobladores que la

habitan y modifican constantemente su estructura” (Castro Ramos 2008). Y en el caso de los árboles de las aceras y las veredas, esta contraposición tiene varias dimensiones, que van más allá de la infraestructura urbana “convencional”<sup>6</sup>, dado que el árbol, no solo que es un ser vivo con el que se comparte en la ciudad, sino, como se verá más adelante en el estado de la cuestión, tiene, potencialmente variados beneficios, y cuyo mantenimiento requiere, para no convertirse en una molestia, de cuidados técnicos que no están, en este momento, al alcance del ciudadano común de la ciudad de Quito.

Es decir, la ciudad se vive a través de percepciones grupales, en la medida en que la creación de imaginarios trasciende a los individuos y se convierte en una creación colectiva. Entonces, para entender la verdadera relación que existe entre los seres humanos y su “hábitat” urbano, es importante entender como los ciudadanos se imaginan dicho hábitat y cada una de sus partes. En este sentido, esta investigación se concentrará en la infraestructura verde urbana y particularmente en los árboles urbanos en aceras y parterres, en una búsqueda del significado colectivo que se le arroga y en el cómo se cohabita con ese sujeto imaginado.

Los imaginarios anteceden al uso social, en el contexto urbano son la realidad social construida desde los habitantes; son la traducción de representaciones mentales, que a su vez surgen de las percepciones (Lindón 2007); son interpretaciones, proporciones simbólicas compartidas que definen y redefinen la urbe en su quehacer diario (Silva 2008). El imaginario funciona sobre la base de representaciones que son una forma de traducir en una imagen mental, una realidad material o bien una concepción. En otros términos, en su formación se ubica nuestra percepción transformada en representaciones a través de la imaginación, proceso por el cual la representación sufre una transformación simbólica; es justamente la capacidad que tenemos de llevar esta transformación a buen término (Hiernaux 2007). Éstos nos permiten rastrear y examinar posiciones y relaciones inter-subjetivas y eco-lógicas, incorporan objetos que van construyendo archivos que, más allá de almacenar cosas tangibles, van almacenando experiencias estéticas y valoraciones simbólicas. Dichos archivos sirven para jerarquizar y valorar culturalmente los objetos y sus imaginarios. Procesos que devienen en un efecto social sobre lo público, haciéndose expresión tangible de esa percepción convertida en lo imaginado. Parafraseando a Armando Silva, el estudio de los imaginarios en la ciudad se estructura en variables de ordenamiento de los elementos formadores y

---

<sup>6</sup> Aquí utilizo este término para referirme a la infraestructura vial, mobiliario urbano, y objetos urbanos estáticos, hechos por el ser humano y que no están vivos.

conformadores de una marca psíquica colectiva; el significado de tales configuraciones y su expresión pragmática, en la medida en la que genera prácticas sociales entre los usuarios de un espacio (Silva, citado en Castro Ramos, 2008).

Entre los elementos formadores y conformadores de esta marca psíquica, se propone en esta investigación, al rastreo de la historia de la ciudad y los barrios de estudio, en su conformación y en la relación que éstas han tenido con el arbolado urbano. Estas configuraciones que le han dado significado a los árboles urbanos en distintas zonas se expresan de distintas maneras, comparativamente hablando, entre distintos habitantes de la ciudad. Pueden tener un eje de articulación a través de la percepción y a lo largo del tiempo, a través de su estructura y a través de las acciones pasadas y presentes. Desde sus habitantes, organizados o no y de las instituciones que representan al Estado y a la planificación técnica. Se pueden plasmar en acciones aisladas, específicas, en políticas públicas, planes o en acciones secundarios o derivadas de éstas. Y es por esto que la complejidad del rastreo de los imaginarios ha apelado a lo largo del tiempo a “la antropología, la sociología y las artes, aunque también a la semiótica y la psicología”, disciplinas que no han sido ajenas a la preocupación de la ciudad y lo urbano y “han planteado interrogantes y respuestas diversas, siempre como consecuencia de una forma de habitar o de querer habitar las ciudades” (Gallardo & Mayo 2007). Es en ese plano diverso en el que yace el estudio de los imaginarios urbanos.

Los imaginarios también tienen un fuerte vínculo con la cultura y su formación, ésta sienta las bases de las percepciones tanto como el proceso de formación de imaginarios llega a alimentar la cultura, es decir, en este caso, se vuelve una relación circular de auto-alimentación. García Canclini, al hablar de la dimensión cultural de los imaginarios dice:

(...) termino por optar por una concepción que yo llamaría socio-cultural, que coloca lo imaginario en una línea más heterogénea de pensamiento. Esa heterogeneidad resulta de que existen, sin duda, fuentes que se pueden rastrear desde la sociología del conocimiento, o desde posiciones marxistas, o también es posible trabajar siguiendo una línea de pensamiento al estilo de la de Castoriadis, o de filósofos como Paul Ricoeur y otros, que han elaborado la cuestión del imaginario como un fenómeno socio-cultural (García Canclini 2007, 89-90).

Complementado el vínculo de lo imaginarios con lo cultural, cuando en la formación de imaginarios los “esquemas se enfrentan con la realidad concreta, se generan arquetipos que son “...instancias originarias y universales del imaginario, que se manifiestan en el nivel cultural, en los símbolos”” (Grassi citado en Hiernaux 2007, 21). Es por esto que los estudios culturales se han convertido en la disciplina que más ha propuesto y desarrollado el estudio de imaginarios (Lindón 2007) y a partir de ello ha nacido su aplicación como parte de las herramientas de análisis de los estudios urbanos.

En el caso particular de esta investigación se intentará simplificar el horizonte posible de los imaginarios y se trazará un margen para contener, en el espacio y tiempos disponibles, las percepciones, su origen y su accionar en el arbolado urbano de Quito.

Para esta investigación se vuelve importante la anterior mención, dado que también es un objetivo el rastrear el origen de los imaginarios, por lo que serán importantes las definiciones culturales que puedan identificarse como participantes en la formación de percepciones, que a través de los imaginarios urbanos “determinan maneras de ser y comportarse” (Silva 2005), en este caso en relación con los árboles urbanos y su coexistencia-intercambio material con los habitantes de la ciudad de Quito.

Teniendo como punto de partida la historia, no solo de la ciudad y los barrios sino también del arbolado urbano en Quito y su relación con los procesos urbanos que dieron forma a los diferentes barrios, podríamos inferir algunos elementos de los árboles en el imaginario. Como ejemplo de ejercicio ontológico sobre los imaginarios, Kingman delinea una asociación conceptual que los ata con la cultura y el funcionamiento de la vida social en la ciudad:

Parto del criterio de que a finales del siglo XIX e inicios del XX, se constituyeron buena parte de la cultura política y de los imaginarios que condicionaron el funcionamiento de la vida social hasta los años sesenta del siglo pasado, y que su peso fue tan grande que, en muchos aspectos, esa “cultura común” continúa gravitando hasta el presente (como negación, pero también como espectro) (Kingman Garcés 2006, 37-38).

### **1.1 Estado de la cuestión sobre imaginarios urbanos**

En lo que respecta a los debates actuales sobre los imaginarios urbanos, tal vez los trabajos más importantes en América Latina se los ha llevado a cabo bajo la tutela de Armando Silva,

como consecuencia de su proyecto *Culturas Urbanas en América Latina y España desde sus imaginarios sociales*; producto del cual se deriva la publicación *Quito Imaginado* (2005), principal estudio sobre los imaginarios urbanos en la ciudad y en la cual, a través de varias herramientas cualitativas y cuantitativas se intenta retratar a la ciudad a través de los imaginarios sociales. Este esfuerzo la retrata en términos macro, generales y trata de proyectar la idea que tienen los ciudadanos, su interpretación de la ciudad canalizada a través de categorías sensoriales (olor, sabor, color, entre otras) y de los pilares básicos de los imaginarios que vendrían siendo los fantasmas urbanos encarnados en lo que Silva llama los espejos y espejismos, que producen rituales ciudadanos; pero que al mismo tiempo son producto de rumores, su contagio ciudadano y la censura (Silva 1992); son también el producto de la inevitable re-presentación, la facultad de simbolización de la cual emergen continuamente todos los miedos, todas las esperanzas y sus frutos culturales (Durand 1994) ; son elaboraciones simbólicas de lo que observamos o de lo que nos atemoriza o deseáramos que existiera (García Canclini 2007). Producto de lo anterior se presenta un trabajo cuyo resultado es la descripción de la ciudad a través de los ciudadanos, contrastando datos obtenidos por entrevistas, con los cuantitativos obtenidos a través de encuestas, y a partir de lo cual se despliega un escenario urbano imaginado que nos presenta al Quito azul, blanco y gris; a sus mitos y leyendas; su peligrosidad, sus miedos y su basura.

Derivado o más bien inspirado en el trabajo de Silva, existe un proyecto denominado “Ciudad Bosque” que pretende instaurar, a partir de la teoría de los imaginarios urbanos, en la ciudad colombiana de Cali, un nuevo imaginario de la ciudad, en la que la gente se la imagine, la represente mentalmente y finalmente entienda como parte de su patrimonio a los árboles urbanos (Castro Ramos 2008). En esta publicación titulada *Por una nueva imagen de ciudad. La representación gráfico-visual del paisaje arbóreo de Santiago de Cali: El rescate de un nuevo imaginario urbano* se elige tomar un camino multidisciplinar, que anclado a la teoría de la expresión y formación de los imaginarios urbanos, se alía con estudios del paisaje, su representación e interacciones sociales, cuyos títulos principales son: Los situacionistas y el laberinto dinámico, que encabeza Guy Debord; el lugar privilegiado de la cultura, trabajado por L.J. Brunner, J.M. Barbero y N.G. Canclini; la ciudad como escenario en las cartografías culturales; la ciudad imaginada, de A. Silva; los no lugares, de M. Auge; la ciudad genérica, de R. Koolhaas; por su parte, D. Berlyne trabajó la psicología ambiental, y K. Lynch, la imagen de la ciudad; la poética del espacio, de F. Vásquez; los ecotonos y la ciudad sensorial y sostenible, de J. Fuenmayor y R. Paraeira. (Citados en Castro Ramos, 2008).

Como parte de esta corriente aparecen como los más representativos los trabajos de Kevin Lynch y en especial *La imagen de la ciudad* (Lynch 1998), trabajo del cual se vale Castro Ramos para desarrollar parte de su metodología, basada en los mapas cognitivos: vínculo entre entorno y percepción/representación, donde Lynch intenta sistematizar la comprensión de las personas acerca de la calidad de su entorno y las percepciones de éste y como pueden utilizarse sus sentimientos para analizar el impacto del diseño del entorno y para mejorarlo, cualificando la experiencia estética del sujeto que observa.

También creo importante mencionar la manera en la que se organizan y sistematizan, en este proyecto, otros conceptos y teorías, que más adelante aparecerá como parte de la estructura metodológica, y que son:

La del hábitat humano, conformado por la interacción entre territorio -entendido como el espacio geográfico limitado en el que habita un sujeto-; la territorialidad - la referencia por la cual se siente como un “otro” en relación con su entorno; y el entorno natural – del cual emana el *genius loci* (Norberg-Schulz 1980 ), espíritu del lugar-. Lo anterior estudiado a través del paisaje, representación integrada y bidireccional del hábitat, territorio humano y entorno natural. El paisaje en este caso también será considerado como la configuración espacial de zonas verdes y las interacciones que la población establece con éstas, en términos de identificación (Eco 1970, 1995), uso y significación.

La el proceso de experiencia de la representación gráfico visual: es decir parte de la formación de los imaginarios sociales, en el sentido del cómo se forman las imágenes a partir de una percepción que se transforma en representación.

Otra relación que sería interesante explorar en términos del papel que juegan los árboles en el imaginario urbano y que también aparece en la investigación de Castro Ramos es la que se configura a partir del espíritu del lugar, que forma parte del imaginario de los árboles y la identidad, que a su vez deviene en procesos mentales de patrimonialización, que pueden ser utilizadas para las políticas públicas a través de la lectura de ciudad desde los ciudadanos. Otro trabajo icónico, que combina historia, estudios urbanos e imaginarios –sintetizados a través de la sociología urbana- es *La Ciudad y los Otros. Quito 1860-1940. Higienismo, ornato y policía*, de Eduardo Kingman Garcés (2006), que se relaciona estrechamente con los imaginarios, interpretados conjuntamente con “el de las “maneras de hacer” (De Certeau

1995, 46) o relaciones cotidianas, concebidas no como entelequias alejadas de cualquier juego de poder, sino como campos de fuerzas, condicionados por dispositivos y aparatos de poder y por las relaciones de clase”. (Kingman Garcés 2006)

En lo que respecta a trabajos en la ciudad de Quito, los imaginarios han servido de herramienta para dos trabajos recientes: “Imaginarios urbanos de la inseguridad y estéticas de la vigila. El habla, el miedo y el poder” (Barona Muñoz 2016) e “Imaginarios urbanos y segregación socioespacial” (Santillán Cornejo 2015). En el primer caso el autor propone “establecer cómo se han asentado (...) procesos globales y locales, a través de los cuales, se ha transformado la imagen de la ciudad soñada y, con ella, los imaginarios que apelan a la reconfiguración de nuevos entornos” (Barona Muñoz 2016, 9). Así existe una aproximación teórica a través de la cual el imaginario es el resultado de un análisis antropológico sobre el como ciertos fenómenos que se pueden catalogar como globales, son apropiados por lo local y a través de procesos culturales dan forma a “nuevas estéticas y urbanismos” (Barona Muñoz 2016, 9). Esta propuesta investigativa tiene mucho del proceso analítico que propongo en esta investigación, en el sentido que a través de una lógica inductiva se describe y analiza un fenómeno global, que pasa luego por una reconfiguración local, y que da pie a la formación de cierta cultura a través de la historia, en este caso de la cultura de la “búsqueda de identidad, distinción y diferenciación frente a un “otro” estigmatizado” (Barona Muñoz 2016, 9) y que da forma así al imaginario.

En el segundo caso los imaginarios son tanto el marco conceptual como la herramienta metodológica para “comprender la forma como se representa la segregación socioespacial que ha caracterizado históricamente a la capital ecuatoriana” (Santillán Cornejo 2015, 246). A través de encuestas-entrevistas y un procesamiento cuantitativo de los datos se llega a la conclusión de que “la adscripción espacial constituye un elemento determinante de los imaginarios que dan sentido a las fronteras intraurbanas y, de esta manera, las producciones imaginarias permiten reconstruir, en el plano simbólico, las tensiones que conllevan las desigualdades sociales y espaciales” (Santillán Cornejo 2015, 246).

Como podemos observar los imaginarios has sido tanto objeto de investigación teórica, como marco teórico y herramienta metodológica en la investigación de la ciudad. A pesar del amplio uso que se les ha dado, es necesario aclarar sus limitaciones:

[S]u mayor limitante es la falta de sistematicidad teórica que delimite los fenómenos que pueden ser comprendidos con esta categoría y de sistematicidad metodológica para dar cuenta de ellos. Así, con base en esta acepción, se han estudiado las prácticas cotidianas, los usos y las apropiaciones de los espacios físicos, las representaciones de la ciudad y sus partes (por ejemplo, los centros históricos) o algunas interconexiones directas entre usos y representaciones como el miedo al “otro” y la consiguiente fortificación urbana (Hiernaux, 2007; Girola, 2012 en Santillán Cornejo 2015, 248).

En el caso de la investigación actual, será el diálogo constante entre teoría, historia y materialidad, conjugado con la información obtenida directamente de los actores urbanos, lo que intentará minimizar dichas limitantes.

## **1.2 La formación de imaginarios: los procesos histórico-culturales**

Creo importante recordar el proceso inductivo de la presente investigación, en la que la historia y la cultura en la ciudad juegan un rol central. “imaginario” en trabajos orientados a comprender prácticas relacionadas con la ciudad ha permitido volver la mirada al campo cultural como componente vital de la vida urbana. (Santillán Cornejo 2015).

Las élites quiteñas asumen lo moderno y lo materializan en acciones dentro de la ciudad, que se expresan ya sea en las ideas de higienismo que describe Kingman Garcés (2006), las de imaginarios sobre inseguridad en Barona Muñoz (2016) y segregación espacial en Santillán Cornejo (2015), pero también en las estrategias de “blanqueamiento y mestizaje” de las que escribe Espinosa Apolo (2012). La formación de la cultura de la que hablan estos autores se da a la par de la formación de la idea de ciudad “moderna”, que básicamente empieza a ganar fuerza en Quito, en la segunda mitad del S. XIX y en la primera del S. XX. En esta apropiación de los valores “modernos” que vienen de Europa, también hay una clara alusión a la predilección de la sociedad quiteña alrededor de lo que pasa en París, Londres o Nueva York y quiere ser imitado, no sin antes ser reinterpretado inconcientemente:

Desde inicios del s. XX, la pasión por vestir a lo francés en los sectores altos de Quito, fue destacada como un exceso por los visitantes extranjeros que llegaron a la ciudad como fue el caso del viajero Colombiano de origen italiano Antonio de Olano. Según el criterio de este visitante, las clases altas exageraban “las características de la moda parisién”. Para entonces los hombres habían abandonado para siempre las capas castellanas y en su reemplazo usaban el “macfarlán”, gabán sin mangas y con esclavina de lisos tonos de murciélago con

reversos de terciopelo azul, o el “chaquet”, leva que en Europa solía usarse solo en las grandes solemnidades, pero que en el Quito de entonces se convirtió en prenda de uso diario [...] Las mujeres por su parte, usaban descomunales sombreros empenachados de caprichosísimos plumajes, pieles sobre los hombros en substitución de la tradicional manta quiteña y perfumes que reemplazaron a la “modesta y dulzona agua de Kananga” que usaban las señoras en el s. XIX” (Espinosa Apolo 2003, en Barona Muñoz 2016, 92).

Espinosa Apolo amplía el panorama sobre las influencias internacionales:

Es práctica común entre la “gente decente”, conducir al visitante a la sala y hacerlo aguardar allí. Se espera que utilice sus ojos y fotografías de Rafael y Lucía en París; se sabe que son de París por el Arco del Triunfo y la inscripción: *Pour Maman, de París*. Una bandera colocada en la pared dice: Feria Mundial de Nueva York, 1939 (Espinosa Apolo 2012, 31)

Las prácticas de asimilación de lo que en ese momento era considerado global, transformadas por la cultura local y que van formando una nueva cultura urbana en Quito, se da en varios niveles de consumo:

Hacia la segunda mitad del siglo XIX e inicios del siglo XX, la modernidad en los Andes se identificaba con la idea del Progreso y con el ornato, pero a diferencia de París o de Londres (aunque posiblemente no de otras ciudades europeas, como algunas españolas) estas ideas no eran resultado de la industrialización, ni de la formación de sectores sociales modernos sino de un ethos internacional, basado en la adopción de nuevos patrones de consumo, cuyo telón de fondo era la inserción creciente al mercado mundial en calidad de proveedores de materias primas y consumidores de productos manufacturados provenientes de los países industrializados (Kingman Garcés 2006, 48)

También se da en la música, en la arquitectura, en la alimentación y en muchas otras facetas de la nueva vida “moderna” de Quito (Espinosa Apolo 2012). Cabe aclarar, que para el mismo autor el concepto de “modernidad” siempre está atado a una connotación cultural (Espinosa Apolo 2012, 108) y es en la primera mitad del siglo XX la época de tránsito en la que la sociedad quiteña pasa de ser “una sociedad tradicional, señorial y corporativa a una sociedad moderna...” (Espinosa Apolo 2012, 108)

En esta nueva sociedad se desarrollan también “maneras de hacer”, que se pueden rastrear incluso hasta el día de hoy. Aquí también se desarrolla parte de mi argumento, ya que aunque, como veremos más adelante, el arbolado urbano (en veredas) en Quito, solo se generalizó a partir de la década de los ochentas del S. XX, y en los barrios y a través de los entes municipales, la idea de esas maneras de hacer anacrónicas sobre los árboles siguen vigentes:

Antes que una fenomenología de la vida cotidiana, mi interés radica en analizar las formas en que entró en juego el poder en las relaciones cotidianas (Machado País 1986). Parto del criterio de que a finales del siglo XIX e inicios del XX, se constituyeron buena parte de la cultura política y de los imaginarios que condicionaron el funcionamiento de la vida social hasta los años sesenta del siglo pasado, y que su peso fue tan grande que, en muchos aspectos, esa “cultura común” continúa gravitando hasta el presente (como negación, pero también como espectro). A manera de introducción: ciudad, modernidad y poder. Me refiero a las ideas de progreso y modernidad urbana, así como de civilización, distinción y diferenciación social y étnica, en un contexto en el que habían dominado las relaciones personalizadas, el racismo y la masculinidad. Aunque esos contenidos han sido cuestionados en los últimos años, como resultado del mayor desarrollo económico, social y cultural y de los cambios producidos por los movimientos sociales y ciudadanos, continúan operando en la vida cotidiana, de alguna manera, de modo práctico y como parte de un sentido práctico, a modo de sistemas clasificatorios binarios. (Kingman Garcés 2006, 37)

Lo relevante de este texto en la formación de los imaginarios y en términos de la aproximación teórico-argumental de la presente tesis, está en la manera en la que se da forma a la ciudad –en términos sociales- a través de esa cultura común, que sigue siendo una influencia en el presente, el sentido que la gente le sigue dando al discurso de la modernidad y al de civilización y que a primera vista se contrapone con la presencia de elementos urbanos como el árbol de la vereda, que en un principio es ajeno a la “limpieza” y “orden” de la manera en la que se reinterpretaba las influencias de orden urbano traídas desde fuera, como describía Berman el contraste entre París y las ciudades rusas en el siglo XIX:

El contraste entre Baudelaire y Dostoievski, y entre París y San Petersburgo (...) debería ayudarnos a ver una polaridad mayor en la historia mundial del modernismo. En un polo podemos ver el modernismo de las naciones avanzadas, que se edifica directamente con los materiales de la modernización política y económica y saca su visión y su energía de una realidad modernizada –los ferrocarriles de Marx, los bulevares de Baudelaire- aun cuando

recuse esa realidad de manera radical. En el polo opuesto, encontramos un modernismo que nace del retraso y del subdesarrollo [...] El modernismo del subdesarrollo se ve obligado a basarse en fantasías y sueños de modernidad, a nutrirse de la intimidad con espejismos y fantasmas y de la lucha contra ellos. (Berman 2011, 239)

Hay un proceso histórico cultural que instaura un imaginario en Quito, el del árbol pequeño y geométrico. La obsesión de la “élites quiteñas” con París y otras ciudades que moldean la modernidad quiteña, darán pie más adelante al imaginario de los árboles en la ciudad. Es en París que nace, se desarrolla y se exagera la jardinería geométrica y los árboles domesticados en la ciudad y es en Quito donde se puede observar ese patrón, que con la llegada de técnicos al Municipio de Quito, se circunscribe, como veremos más adelante, casi exclusivamente a la acción de los vecinos, de los habitantes de los barrios de estudio.

### **1.3 La historia de los árboles urbanos en ciudades de Europa y Norteamérica**

En los términos del marco teórico, los imaginarios son la idea que tenemos de ciudad, mientras que lo que busca esta tesis es encontrar el lugar que tienen los árboles de vereda en ella. Por otro lado esa idea de ciudad tiene un origen que en parte se explica por las doctrinas urbanas traídas de Europa y que son reinterpretadas en Quito. Como menciona Kingman (2006), mucha de la “cultura común” que gravita hasta el presente en nuestra ciudad, proviene de los imaginarios que se formaron a finales del S. XIX y S. XX, mientras que habla de que “cuando nuestras elites miraban a Europa, pensaban en ciudades. La modernidad se identifica históricamente con el mundo urbano y, particularmente, con determinadas ciudades [como] París, Londres o Nueva York” (Kingman Garcés 2006, 48). Por esto creo que es importante enmarcar las posibles fuentes de inspiración para la inclusión de los árboles de vereda en el entramado urbano de Quito. Así describo a manera de contraste, la historia del arbolado urbano en otras ciudades y como devino en una manera distinta de apreciar los árboles de vereda, al punto de que en la actualidad, sobre todo en Europa y Norteamérica, las disciplinas relacionadas con los árboles urbanos como la silvicultura urbana, la arboricultura, la ecología urbana, sociología y estudios urbanos, han descubierto beneficios en el arbolado que en la ciudad de Quito aparentemente no se dan y en ciertos casos tienen el efecto contrario al anotado en la percepción de la gente.

La historia de los árboles en contextos urbanos, esto último entendido como un conglomerado humano, con mayor densidad que su entorno, y que tiene cierta tipología, que incluye vías,

plazas, entre otros elementos (Krier 1979), se remonta a Mesopotamia, al antiguo Egipto e incluso a vestigios encontrados en la Amazonia y los grabados de ciudades mayas, que dan cuenta de espacios habitados por humanos y rodeados por árboles (B. Miller 2017). Ya en la historia de las ciudades occidentales modernas, y la configuración de áreas verdes urbanas como las entendemos hoy en día, las primeras manifestaciones se dieron alrededor del siglo XVI, en jardines privados que devinieron en alamedas y caminos enmarcados en árboles dentro de las propiedades; estas alamedas fueron imitadas más tarde en espacios públicos, a lo largo de las murallas y de parques, y en los canales en lo que ahora son los Países Bajos. Ya en el siglo XVII aparecen las primeras avenidas con árboles, en las vías que llegaban a Roma, también aparecen las primeras plazas arboladas en Londres y ciertas alamedas de las periferias urbanas son incorporadas a la mancha urbana, permaneciendo los árboles en lo que serían las calles de la ciudad. Con el paso del tiempo, en el siguiente siglo, los árboles empiezan a ser parte integral de ciudades que en el pasado los ignoraban, en ese momento se los empieza a encontrar dentro de las plazas de muchas ciudades de Europa y en las más grandes se vuelve más común encontrar árboles a lo largo de calles y avenidas, como en Ámsterdam, Leipzig, Manheim. (B. Miller 2017)

En las ciudades como Paris y Londres se vuelven una vista común en bulevares a partir de mediados del siglo XIX. En la segunda, donde no fueron comunes los árboles en las calles de su centro urbano en esa época, fueron sembrados por primera vez en los 1850's en las vías de Margareta Terrace y emuladas en varias calles y avenidas, que de ninguna manera eran la norma en la ciudad en esos años. En lo que tiene que ver con otro tipo de áreas verdes con la presencia de árboles, se empezaron a construir con otros objetivos, como la de sanitizar el ambiente y mejorar la salubridad, también para pacificar a las clases menos privilegiadas que exigían espacios parecidos a lo que disfrutaban los de las clases altas, que además los “distrarían de lo que las autoridades describían como actividades degradantes y de poca monta”. (B. Miller 2017)



**Fotografía 1.3.1.** Ejemplos de jardinería francesa. De izquierda a derecha: Jardín de un palacio en la campiña francesa; árbol en El Campo de Marte, París; Árboles podados geométricamente en los Campos Elíseos, París. Fuente: (1) Trabajo de campo 2017; (2) Trabajo de campo 2017; (3) <http://www.bigdiscoverwalks.com> 2017

En lo que respecta a París, es bien conocida la modificación y replanteamiento integral que vivió la ciudad a partir de 1852 por el encargo de Napoleón III a Haussman para alinear la ciudad con las necesidades del emperador y el poder en el trazado de vías (B. Miller 2017), el posicionamiento de cuarteles, de barrios, ancho de calles y avenidas para mitigar cualquier amenaza de levantamiento ciudadano; pero detrás de todo este planteamiento de control, también se desarrolla e implementa la idea de grandes vías delineadas con árboles. Idea que fue precedida, como en otras partes de Europa, por el proceso jardines privados-alamedas, que dieron paso a jardines-alamedas en vías públicas, y fueron escenario de pasatiempos –croquet, bolos sobre hierba- que, como la siembra de árboles, mutaron de ser un entretenimiento y actividad de la aristocracia y la burguesía, a la del público en general.

Se estilaba el estar rodeado de árboles para el juego en los jardines aristocráticos y esta costumbre se trasladó a las calles parisinas para el ocio de las clases menos privilegiadas. También en París se puede identificar el proceso de tener árboles fuera de la ciudad amurallada después de varios siglos de casi nula presencia de árboles dentro de la ciudad amurallada, y que da paso a los árboles dentro del límite urbano cuando ya la mancha urbana había desbordado los muros de la ciudad antigua, hecho exacerbado por la reconstrucción de la ciudad por Napoleón III, ejecutada por Haussman; con sus amplios bulevares, “algunos de hasta 100 metros de ancho, que estaban delineados con una gran cantidad de árboles”, y que en “muchos casos eran radicalmente podados” para mantener una estética de árboles jóvenes, práctica que tenía, además, la consecuencia de aminorar las cantidades de nutrientes requeridas y por lo tanto disminuir el espacio necesario en las aceras para que los árboles puedan coexistir en la ciudad (MacDonagh 2017).

En Francia en aquellos años post-ilustración, hay una marcada intención de dominar a la Naturaleza, que se traduce también en sus jardines y sus árboles:

[L]os jardines (...) franceses que se desarrollaron a finales del siglo XVI y durante el siglo XVII, alcanzando una de sus máximas expresiones en los jardines del palacio de Versalles, ampliados bajo el reinado de Luis XIV. Estos parques se caracterizaban por su simetría exacerbada, tanto en el trazado de espacios y caminos como en el corte de los setos, arbustos y árboles. “las líneas regulares de árboles, senderos y estanques estaban dispuestas en interminables perspectivas que iban retrocediendo hasta desaparecer: el Rey mandaba sobre la Naturaleza.” Los jardines alcanzaron gran popularidad como representantes de poder y rápidamente se extendieron reproduciéndose en varios países europeos, entre ellos España (Espinosa 2014, 51).

Por otro lado, tratando de desmarcarse del estilo francés de jardines y paisajismo, empiezan a desarrollarse otras propuestas, las que el día de hoy se pueden observar en ciudades como Londres o Ámsterdam:

Más tarde, a principios del siglo XVIII, las formas geométricas impuestas a las plantas empezaron a ser rechazadas por los arquitectos ingleses, ya sea por motivos estéticos, filosóficos o incluso políticos (Inglaterra tenía razones de estado para empezar a expulsar las formas francesas), dando paso a los jardines “naturales” a finales del siglo XVIII, “Los jardines ingleses embargaban la imaginación en un espacio irregular lleno de sorpresas a medida que la vista se desplazaba o el cuerpo se movía. Era un lugar de vegetación exuberante y libre”. Es así como tanto en Europa como en Norteamérica los árboles y arbustos adoptan sus formas propias con total libertad en un afán por reproducir la naturaleza en su estado inicial (y abriendo asimismo una nueva discusión sobre qué es lo natural). (Espinosa 2014, 51)

Como una suerte de respuesta a los cambios radicales que vivían las sociedades europeas, entre ellos el de la rápida industrialización, el “Paisaje Romántico”, tomado de la estética suburbana, fue instaurado en los centros de sus ciudades (B. Miller 2017). Se puede interpretar esto como la ruptura y continuidad de la que habla Fonseca (2008) cuando analiza los procesos entre sociedad y naturaleza en la ciudad moderna. Relaciones de identidad, subjetivas, que traen ciertas consecuencias prácticas para la ciudad y para los árboles y que se enmarcan también en lo que son los imaginarios, la ciudad imaginada con más y mejores

árboles, en este caso, y que por consecuencia acerca a la gente a la naturaleza y que ayuda a la percepción de abandonar el ambiente hostil de la ciudad desordenada y contaminada.



**Fotografía 1.3.2.** Árboles de vereda en Londres. Se puede apreciar su arquitectura natural. Fuente: (1) <http://www.buildingconservation.com> 2017; (2) <http://www.eljaygeefiles.wordpress.com> 2017

En lo que respecta a Norte América, en una ciudad como Washington D.C., el caso del arbolado urbano es también un interesante prospecto para el análisis del proceso urbano en sí mismo, de la relación entre la gente, los árboles, los medios de transporte público, el automóvil privado, los negocios y los hogares. Del como las costumbres, las fuerzas económicas y la cultura fueron dando forma a la ciudad y del como desde el punto focal del arbolado de la acera se puede describir esos procesos históricos de urbanización. En esta ciudad estadounidense se decretó ya en 1870, el espacio y la manera en la que debían conformarse las vías, llamando *parking space*<sup>7</sup> a la zona en la que se deberían plantar los árboles, los cuales ocuparían el 50% del espacio de la calle (Richmond, Deerproute 2017). También es interesante anotar que la historia del arbolado urbano en la capital estadounidense tiene relación, no solamente con la arquitectura del poder, sino también con el dominio del automóvil y con la etimología de una de las palabras más comunes en la actualidad en las ciudades, tan común que es muy común el anglicismo adaptado al castellano y es la palabra *parking*<sup>8</sup>. Al ser Washington D.C. una ciudad hecha por encargo, se planificó desde el inicio con mucho detalle, para esto, el arquitecto Charles L'Enfant se inspiró en los bulevares franceses con árboles en ambos lados (Richmond, 2015), solo que en el caso de la segunda, las vías eran mucho más amplias. Ahora, la relación con el automóvil está justamente en que con el pasar de los años y el advenimiento del automóvil como el medio de transporte más

<sup>7</sup> Espacio de estacionamiento o parqueo en castellano. RAE 2017

<sup>8</sup> Estacionamiento, parqueo

importante, el espacio de *parqueo*, es decir, el espacio para la siembra de árboles, dio paso al de estacionamiento, irónicamente, muchas veces, con la respectiva tala de los árboles que una vez fueron el orgullo de la ciudad (Richmond, Deproute 2017).



**Fotografía 1.3.3.** Árboles de vereda en Washington D.C.. Se aprecia su arquitectura natural.

Fuente: (1) <http://www.deeproute.com> 2017; (2) <http://www.ak8.picdn.net> 2017

En el contexto histórico urbano, vemos como la presencia de los árboles se ha dado como elemento decorativo, escenario de ocio y evocación de lo natural. Su aparecimiento como elemento participante, activo en las ciudades ha entrelazado, muchas veces el entramado social, político y simbólico de los lugares en los que se han sembrado. Con los años y el replanteamiento de su presencia en los núcleos urbanos han sido objeto de nuevos estudios; incluso dando pie al aparecimiento de nuevas disciplinas, como la arboricultura, pero también replanteando tesis y ampliando el espectro de la sociología, la filosofía, el urbanismo, la historia y la arquitectura

## Capítulo 2

### Quito y su arbolado

#### 2.1 Quito, sus barrios, sus árboles

En el caso de Quito, los procesos urbanos se moldearon y relacionaron con el arbolado urbano de una manera distinta a la que encontramos en los casos descritos anteriormente, si se quiere, no fueron de la mano con los procesos sociales o políticos de la misma forma, sino se canalizaron más comúnmente a partir de la planificación tecnocrática y no necesariamente con las costumbres de juego o relación entre distintas clases sociales; tampoco lo hicieron por la grandiosidad de las proyecciones arquitectónicas –aunque algo hubo de esto en los planes urbanísticos específicos, el último, hecho a finales de los años setentas del siglo XX-. En Quito, la presencia de los árboles urbanos no ha tenido el mismo peso histórico, ni ha sido acompañado de políticas claras, lo que podría influenciar su lugar en el imaginario de sus ciudadanos.

Recordemos que la ciudad de Quito tuvo un acercamiento a la vida urbana a través del higienismo y el orden que la separan del campo y que en términos de “imaginarios urbanos, la ciudad se constituye como el espacio civilizatorio por excelencia, un espacio racional, ordenado, que contrasta con el desorden de los espacios rurales” (Kingman Garcés 2006), además mientras la ciudad se adaptaba o intentaba adaptarse a los cambios y dinámicas impuestos por la modernidad europea y norteamericana

[L]as propias elites no eran completamente modernas y en muchos aspectos su modernidad se reducía a signos exteriores [...] Cuando nuestras elites miraban a Europa, pensaban en ciudades. La modernidad se identifica históricamente con el mundo urbano y, particularmente, con determinadas ciudades. Son París, Londres o Nueva York y, en menor medida, otras ciudades como Madrid o Barcelona Si se la compara con otras ciudades europeas y de la propia América Latina, su peso fue poco significativo, y eso se expresó en un “sentido de inferioridad” y de dependencia cultural de las propias elites, así como de la sociedad en su conjunto. (Kingman Garcés 2006, 48)

Lo que podría explicar, en parte, las diferencias que existen en la relación de la capital ecuatoriana con otras ciudades en las que la presencia de los árboles urbanos es más diversa, más conspicua y más cercana al ciudadano, como se describió en el estado de la cuestión y los

antecedentes. Y es que el Quito imaginado no es verde, es azul por su cielo o gris por sus días de frío, lluvia y neblina (Aguirre, Carrión y Kingman 2005) . En contraste, la ciudad de Buenos Aires es verde en el imaginario de su gente (Silva 2005), al mismo tiempo que hace gala de un arbolado urbano de gran calidad.



**Fotografía 2.1.1.** Árboles de vereda en Buenos Aires, Argentina. Fuente: <http://www.buenosaires.gob.ar> 2017

El Quito precolombino fue un asentamiento sagrado por su emplazamiento estratégico en los Andes, un espacio a penas urbanizado, rodeado de densos bosques andinos, humedales y montañas. El crecimiento de dicho asentamiento se transformó a medida que el proceso de urbanización se adecuaba a las necesidades de sus habitantes (Polo y Paredes 2014). Con la colonización, llegó la ciudad en damero, el entramado urbano que todavía podemos intuir a través de lo que conocemos como centro histórico, que sufrió pocos cambios urbanísticos a través de más de tres siglos (Municipio de Quito 2011). Con la llegada de estilos arquitectónicos y urbanísticos y con los intentos de asemejar la ciudad ecuatorial a sus modelos europeos, llegaron con el tiempo los parques, jardines botánicos, bulevares, y también las especies exóticas de árboles.

La trazabilidad de la costumbre/ordenanza/política de sembrar árboles en las veredas es mucho más difusa que en las ciudades occidentales anteriormente descritas. En la ciudad antigua de occidente, no hubo espacios para la siembra de árboles, la obligación o intención de hacerlo en las veredas por parte de planificadores y autoridades no tiene registros claros. Lo que sí es posible es rastrear el papel que tuvieron los árboles en la conformación de la ciudad a lo largo del tiempo, sobre todo en los espacios públicos abiertos, como plazas y parques. En registros fotográficos y en las crónicas de los espacios emblemáticos de la ciudad se puede encontrar el cambio de uso de estos, como en las plazas de San Francisco, Santo

Domingo o en la Plaza de la Independencia (Plaza Grande). En las primeras, su conformación constructiva tuvo más o menos los mismos cambios, desde mercados con superficie de tierra, a plazas con árboles, hasta las explanadas que vemos hoy en día (INPC 2011). Pero la visión de una ciudad con amplios bulevares y parterres con árboles no se dio sino hasta la primera mitad del siglo XX, con el Plan Regulador de autoría de Jones Odriozola (1945), que aunque no los menciona de manera explícita, los enuncia en los planos y propuestas gráficas para la planificación de la ciudad, sobre todo a través del diseño de áreas verdes y del respeto de quebradas (contario al relleno de éstas).

La relación, en un sentido más amplio, de la ciudad de Quito con sus árboles se puede rastrear desde la creación o declaración de los “montes de la ciudad” en la zona de Panzaleo, actual Machachi/Alóag. Dado el contexto socio-cultural de la época, el bosque tenía un uso determinado por las necesidades de expansión urbana dictadas por la colonización, ésta era la de materia prima para la construcción dentro de la ciudad. La madera era utilizada para la estructura y acabados de las edificaciones y para otros menesteres, por lo que se volvía importante la protección del recurso. En algún momento, sus administradores se dieron cuenta de la necesidad de conservarlos para mantener la fuente de recursos que este bosque significaba (Andrade Marín 2003) y se prohibieron e intentaron controlar los asentamientos y los usos que devenían en la tala no controlada del bosque.

A medida que el proceso de urbanización de la ciudad se expande, se pueden identificar otros esfuerzos para incluir espacios verdes en Quito, ejemplo de esto es el ahora central parque de La Alameda, que en el año de 1596 se convierte en el primer proyecto de arbolado recreativo de la ciudad, y que posteriormente sería objeto de distintos esfuerzos para adaptarlo a las necesidades que el proceso de urbanización de la ciudad iba planteando, ya sea como “campo de recreo público honesto”, hasta un parque de “acabada obra de jardinería francesa”, que a lo largo de los años mostraba su intención a través de “cipreses esmeradamente cortados” de aspecto “gratisimo y encantador, jamás visto” antes en la ciudad (Andrade Marín 2003), marcando la pauta tanto para la función estética del arbolado como para la estética de los árboles mismos.

Luego, la política de arbolado urbano se vuelve difícil de rastrear, aunque una referencia innegable, como se ha mencionado anteriormente, en la inclusión del arbolado urbano como parte de la planificación arquitectónico-urbanística y de expansión urbana en el siglo XX en

Quito, en el plan Jones Odriozola de 1942, donde se contemplaban grandes áreas verdes en forma de parques, bulevares y se dejaba la capa vegetal correspondiente a las quebradas de la ciudad (Ortiz Crespo, Abram y Nájera 2007). Esta es la propuesta que finalmente fue plasmada en el Plan Regulador cuyo responsable máximo era el Arq. Gatto Sobral. Es este plan, también, el que vincula el proceso regulador normativo y estricto de las ciudades como Washington D.C. y París a la ciudad en ciernes que era Quito a principios del siglo XX. Es un plan “modernizador” con la particularidad de que Jones Odriozola incluye “posturas frente a la naturaleza, al paisaje, al carácter del lugar y las condiciones topográficas” en su punto focal, para leer el territorio (Villacrés 2017). Dichas posturas se plasman en la propuesta a partir de la inspiración en las “apologías naturalistas gestadas en Europa y Norteamérica” (Villacrés 2017) y que giran alrededor de dar al “verde”, a la “naturaleza” un espacio central en la planificación de la ciudad, incluso se propone establecer un cordón verde capaz de proporcionar a la gente la capacidad de recorrer toda la ciudad sin salir de él (Jones Ordiozola 1945) y que va acompañada de la doctrina de la ciudad viva, de la expansión orgánica de la ciudad, a pesar de que el plan se volvería una camisa de fuerza que luego no sería respetada por los “procesos espontáneos” de la gente que finalmente colisionaron con la “postura conservadora frente al poder político” planteada en el proyecto (Villacrés 2017).

Son estos procesos espontáneos los que finalmente se sobreponen a la planificación, ya sea a partir de la presión inmobiliaria y la redistribución espacial o por la segregación que ha sido la norma en Quito, y los asentamientos, formales e informales que se han ido situando en la periferia a través de la historia. Así como la propuesta de respetar las quebradas y convertirlas en zonas de contemplación y descanso, las calles y avenidas arborizadas tampoco se respetaron en toda la dimensión propuesta en un principio en el Plan Regulador.

En la década de 1980, cuando el discurso ambiental empieza a volverse importante tanto en términos globales como locales (Murray 1998) el arbolado finalmente llega a tomarse en cuenta en el ámbito administrativo de la ciudad, en uno de los primeros intentos de generar política relacionada con los árboles urbanos, en el año de 1989, cuando el departamento de parques y jardines contrata al grupo de investigación en arquitectura, urbanismo y sostenibilidad de la Universidad Politécnica de Madrid para que realice los estudios previos para un programa de arborización de la ciudad, cuyos resultados fueron entregados en el año de 1990. A partir de ese momento el manejo de los árboles urbanos ha sido encargado a varias organizaciones o departamentos públicos, de administración mixta o privada, desde la

Fundación Vida para Quito –luego llamada Corporación de Salud Ambiental de Quito- que manufacturó un proyecto de arborización, que se describe de la siguiente manera:

El Proyecto inició sus actividades a partir del mes de febrero del año 2001, con la implementación de los siguientes componentes: Forestación y reforestación de 1.000 hectáreas anuales en todo el territorio Metropolitano y capacitación a la población beneficiada sobre los beneficios (sic) de la forestación y reforestación.

Desde el año 2001 a la fecha (2008), se han plantado un total 6.629.354 árboles, en arboricultura urbana, arborización rural, arborización de las cuencas hidrográficas, y arborización comunitaria, determinándose el tipo de especie, cubriendo una superficie de 7.690 hectáreas. (...) Se ha plantado en los parques emblemáticos: Itchimbía, Panecillo, Metropolitano del Sur, Metropolitano del Norte, Alameda, El Ejido. Parque Lineal Machángara, El Chaquiñán, numerosos parques de Quito y de sus parroquias rurales.

Las plantaciones también se han realizado en aceras y espacios públicos de centenares de barrios de la ciudad y sus parroquias. Avenidas de Quito, como Eloy Alfaro, Maldonado, Mariscal Sucre, Simón Bolívar, 6 de Diciembre, Diego de Vásquez, Del Maestro, entre otras. En el Parque Metropolitano Sur, se plantó aproximadamente 160 hectáreas con *Aliso*, *Acacias*, *Pusopato*, *Nogal*, *Pumamaqui*, *Arrayán*, entre las principales. (Espinosa 2014, 20)

En parte, proyectos como este, ejecutados bajo la doctrina de la cantidad en lugar de la calidad, en este caso motivado por un estudio ejecutado para la alcaldía de la época, representada por el alcalde Paco Moncayo, que determinaba la necesidad de sembrar 10 millones de árboles en siete años (Diario Hoy 2015), son los que devienen en conflictos entre los habitantes y los árboles de parterres y veredas, porque no se tomaron en cuenta lugares, especies y tiempos adecuados para la siembra técnica de los ejemplares, tampoco las voces de los vecinos en los barrios donde fueron plantados (Espinosa 2014).

Luego el arbolado pasó a responsabilidad del Jardín Botánico, para el manejo de proyectos específicos, como el de los árboles patrimoniales; y la secretaría del ambiente y la Empresa Pública Municipal de Movilidad y Obras Públicas (EPMOP), en la administración municipal 2009-2014 y adicionalmente la Secretaría de Ambiente en la 2014-2019.

En la actualidad Quito dispone de algunas políticas, programas y proyectos que pueden y han sido utilizados como herramientas alrededor del arbolado urbano y de las veredas y parterres. En el Plan Metropolitano de Ordenamiento Territorial 2012-2022, dentro de la Red Distrital de Espacios Públicos y Áreas Verdes y en la descripción de la “red verde urbana”, los árboles de la calle son identificados dentro de los corredores recreativos –para los cuales se establecerán definiciones conceptuales, parámetros de diseño en función de los lugares de ubicación y de las características naturales y funcionales de los mismos-, como “elementos estructurales principales en el contexto urbano” (Municipio de Quito 2011). En este mismo documento, como parte de los programas vinculados a estas políticas, se incluye el “incorporar los programas de soterramiento y ordenamiento del cableado de servicios eléctricos y de telecomunicaciones (...) complemento a la construcción de la calidad del espacio público, mejorando el paisaje y aportando a la seguridad” (Municipio de Quito 2011). Adicionalmente y con la adición de técnicos arboristas al equipo municipal, se emitió en el año 2016, el Memorando Jurídico No. 357 correspondiente a la Resolución de Arbolado Urbano, que incluye, desde el lado técnico, todo un conjunto de definiciones y marcos legales para la protección del arbolado urbano de Quito, y que en una de sus principales contribuciones incluye una clasificación del arbolado, por fuera del patrimonial, y determina cuál es el arbolado público –que incluye a árboles de las aceras, parterres, bulevares y redondeles-; el arbolado privado de uso público y el arbolado privado (Secretaría de Ambiente del Municipio de Quito 2016).

En lo que concierne al programa de soterramiento de cables, para la administración de espacio público, parte de la Empresa Pública Metropolitana de Movilidad y Obras Públicas (EPMMOP), este proyecto trae consigo varios beneficios: “la eliminación de barreras que impedían la circulación peatonal; disminución de contaminación visual en zonas densamente pobladas, donde existe una intensa actividad comercial y los cables aéreos, publicidad y otros elementos desbordaban (sic), alterando la estética de la urbe” (Comunicación Social EPMMOP 2014). Por otro lado y específicamente hablando del elemento de arborización, para esta misma entidad municipal, la presencia de árboles en el proyecto tiene como objetivos la ornamentación y el cuidado al medio ambiente a través de la homogeneización de la arborización y la siembra de especies nativas que perduren en el tiempo (Comunicación Social EPMMOP 2014). Y es en ese contexto en el que surge uno de los primeros casos que genera alarma en la ciudadanía, en la Av. Naciones Unidas, donde se construye un bulevar

para “recuperar el espacio público”<sup>9</sup>. Los eucaliptos monumentales de la vereda sur, de aproximadamente 80 años de edad, son talados en lugar de ser insertados en el plan arquitectónico del bulevar.<sup>10</sup>



**Figura 2.1.2.** Tala de árboles durante la construcción del bulevar N.N.U.U (2012).

Fuente: <http://www.elcomercio.com> 2012

La ciudadanía se indigna y ejerce presión a través de varios colectivos, entre los que se cuentan Ciclópolis, Biciacción, Ciclistas Urbanos de Quito, Asociación de Peatones de Quito, Acción Ecológica además de otros activistas urbanos y ciudadanos independientes. La reacción institucional desde el Municipio fue la de justificar la tala por razones técnicas y a través de la siembra de más árboles de los que se estaban talando, declaraba Ramiro Morejón, secretario municipal de ambiente de la época: “en el primer tramo del bulevar se retiraron 10 árboles, pero se sembraron 270 plantas y árboles como arupos, podocarpus, ceibas de Brasil, calistemos, eugenias y acacias. Adicionalmente, en La Carolina se sembraron 300 árboles. En las obras de soterramiento de cables se retiraron 226 árboles, pero se van a sembrar 1 300” (Diario EL Comercio 2012). En este caso se desconoce la función sistémica y ecológica de un ser vivo como el árbol, que aporta según su tamaño, forma, edad, beneficios distintos en cada etapa. El reemplazo de un árbol nuevo, no es equivalente al de uno de edad. Esta acción y la intención de la homogenización se contraponen a la intención de mantener un buen arbolado de vereda, enmarcado en el nuevo paradigma de la sustentabilidad y biodiversidad, porque esto iría en contra del equilibrio biológico necesario para mantener diferentes especies de plantas y animales en la ciudad, además de ir en detrimento de sí misma, porque la homogenización estimula el desarrollo de enfermedades y plagas (Entrevista a Jorge Polo Abad 2017).

<sup>9</sup> Tomado de: <http://www.epmmop.gob.ec/epmmop/index.php/proyectos/espacio-publico/plazas-y-bulevares>

<sup>10</sup> Tomado de: <http://www.elcomercio.com.ec/actualidad/quito/arboles-centenarios-son-talados-urbe.html>, consultado en julio del 2014.

También en ese año el secretario de ambiente habla de la Red Verde Urbana a través de los árboles de vereda, conocido también como corredores verdes: “Estamos realizando trabajos de construcción de corredores verdes a través de las principales vías. Desde el año pasado, en el área urbana hemos sembrado más de 23 000 plantas y en todo el Distrito alrededor de 450 000. Por ejemplo, en el parque Las Cuadras, Solanda, Itchimbía, en los sectores de San Carlos hasta la Pulida, Comité del Pueblo, Eloy Alfaro, Simón Bolívar. Hay un plan para esas obras” (Diario EL Comercio 2012). Al día de hoy (octubre de 2017), no se ha implementado el proyecto de manera integral ni coordinada.

La Ordenanza 282, que se expide en el año 2012, determina el uso y mantenimiento de aceras, y la manera en la que serán plantados los árboles, la priorización de especies nativas y la prohibición de intervenir a los árboles de la acera sin previa autorización del Municipio y sin que medie un técnico especializado en el tema; adicionalmente se plantean otras medidas de desarrollo del arbolado urbano, que incluyen, la consolidación de la Red Verde Urbana, Programas de forestación y reforestación, y se determina la obligatoriedad de mantener un inventario de arbolado urbano y patrimonial, además de la obligación de que en cualquier proyecto para apertura y ensanche de vías se prevea las condiciones necesarias para la plantación de árboles nativos (Consejo del Distrito Metropolitano de Quito 2012). Como complemento a este ordenanza, se editó en el año 2016, los Manuales Técnicos de arbolado urbano, que sustituyen al Manual de Arborización editado en el año 2005, en la administración del Gral. Paco Moncayo. A diferencia de este último, el enfoque viene desde la arboricultura y no desde el paisajismo o arquitectura, como su predecesor.

Y aunque el nuevo Plan de Desarrollo y Ordenamiento Territorial, para el período 2015-2025, no es tan específico en su descripción de las políticas con respecto al arbolado urbano y sus funciones; y el proyecto de soterramiento de cables se ha paralizado casi en su totalidad –al día de hoy solo existe como accesorio de otros proyectos o iniciativas- al menos se ha insistido en la necesidad de contratar y mantener a cargo arboristas profesionales a cargo, tanto en la EPMMOP, como en la Secretaría de Ambiente de Quito.

Lo anterior describe desde el lado institucional la relación que ha tenido la ciudad con sus árboles. Ahora, es tarea del presente trabajo el rastrear la relación que han tenido los ciudadanos de Quito con los árboles; como se articula la presencia de los árboles como actores urbanos, como parte de la “infraestructura” de la ciudad e imaginarios de la gente

acerca de lo que es una ciudad más inclusiva, saludable. Es en este aspecto que creo importante el uso tanto del concepto de imaginarios como el de la metodología que ha sido aplicada desde varias experiencias y disciplinas, para estudiar dicha relación en la ciudad de Quito; además de que creo importante vincular estos deseos o percepciones colectivas – imaginarios- de la ciudadanía con lo que realmente se aplica en términos de planificación vinculada a los árboles en la ciudad; no necesariamente en términos de allanarse a los “caprichos” de un sector de la población, sino para entender más profundamente esta relación y así poder tomar decisiones más informadas al momento de sugerir acciones alrededor de los árboles urbanos.

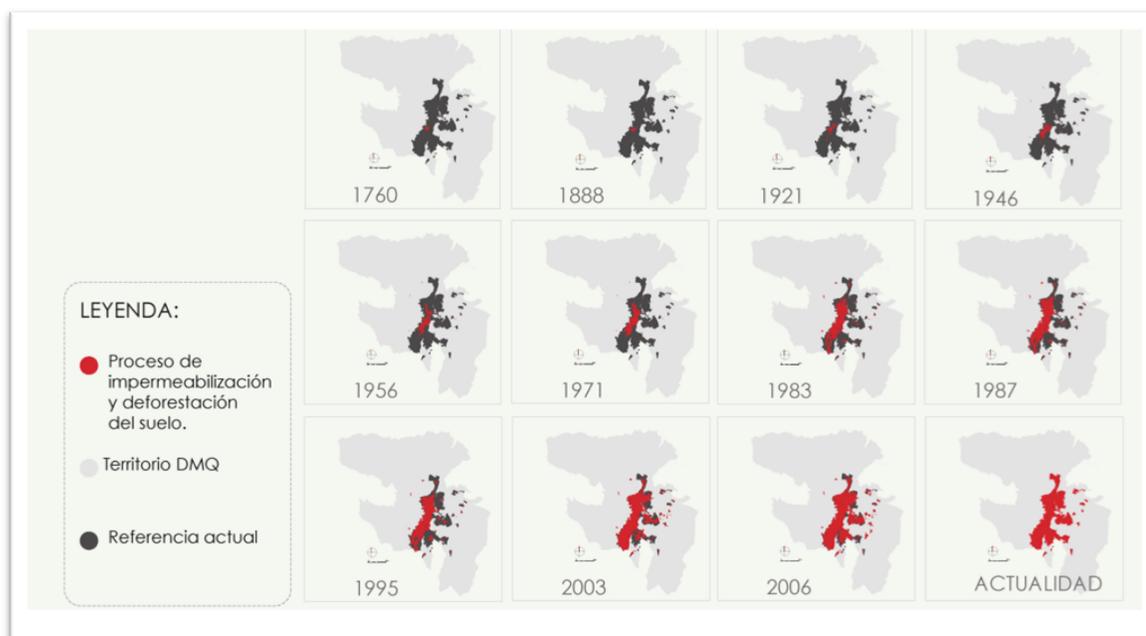
## **2.2 La experiencia sintáctica, semántica y estética en La Floresta y El Comité del Pueblo**

El entramado de una ciudad, de un barrio dice mucho del proceso histórico subyacente y de los espacios que se crearon con el tiempo; espacios físicos, relaciones sociales y económicas. Son la evolución, la construcción del ecosistema social (Kuo 2003), en este caso el de la ciudad y los barrios en los que habitan; la formación del territorio, de la identidad de sus habitantes construida a lo largo del tiempo y que finalmente, en conjunto con las dinámicas y relaciones sociales, son las que dan forma al espíritu del lugar. Cada ser humano debe poseer un esquema de orientación y de identificación para ser capaz de comunicarse con su entorno. Entorno definido por la “libertad que presupone pertenencia, y por el morar que otorga esa pertenencia a un lugar concreto”. Este morar “supone la identificación con el medio ambiente”, este medio “que el hombre antiguo experimentó como consistente en caracteres definidos y donde reconoció la necesidad de tener buenos términos con el «Genius» -el espíritu- de la localidad en donde su vida tiene lugar. En el pasado, la sobrevivencia dependía de una buena relación con el lugar, tanto en forma física como psicológica” (Norberg-Schulz 1980 ). Y esta historia, esta conformación del lugar, cuando se circunscribe al contexto urbano, se puede caracterizar, entre otras variables, por el proceso de formación de la ciudad o parte de ella y que tiene que ver no solamente con su conformación física o arquitectónica, sino con las motivaciones, las fuerzas o fenómenos sociales que han provocado la ocupación de un territorio por parte de las personas.

Los procesos urbanos que dan forma a una ciudad a través de sus barrios se pueden clasificar en aquellos que se han dado debido a la emigración desde las zonas rurales a las urbanas; por el “crecimiento natural” de la población; o por la transformación o reclasificación de zonas rurales en zonas urbanas como resultado del crecimiento poblacional (Bloom y Khanna

2007). Como veremos, en el caso de los dos barrios de estudio –La Floresta y El Comité del Pueblo– su conformación histórica y su composición social, económica y física fueron distintas, aunque el proceso urbano conceptualmente fuera similar.

**Figura 2.1.3.** Evolución de la impermeabilización y deforestación del suelo



Fuente: <http://sthv.quito.gob.ec> 2017

Quito fue una ciudad con un crecimiento y una estructura urbana que se modificó muy poco en sus primeros 350 años de historia desde la conquista (Carrión y Erazo-Espinosa 2012) (Secretaría de Territorio Hábitat y Vivienda de Quito 2017) (ver figura 2.1.3). Una ciudad “típica” de la colonia que se desarrollaba alrededor de la plaza central y cuya organización espacial era determinada por un sistema de jerarquías sociales y por la influencia de las construcciones religiosas y los intereses de las órdenes que las construían y administraban. Recién, en el primer tercio del siglo XX es cuando empieza una expansión más o menos planificada de la ciudad. Hacia el sur, cierto esfuerzo por ubicar la incipiente industria y a los que serían trabajadores de ella; mientras hacia el norte las nuevas urbanizaciones se formaban a partir de proyectos inmobiliarios formales que tenían como grupo objetivo a la “burguesía” que poco a poco abandonaba lo que ahora es el centro histórico de la ciudad. Ejemplos de estas nuevas urbanizaciones que tenían trazados formales y eran promocionadas por ingenieros, constructoras y arquitectos, son La Colmena, La Ciudadela América y la Floresta (Ortiz Crespo, Abram y Nájera 2007). Inspiradas en la modernidad entendida desde el

paradigma europeo-norteamericano, se piensan al mismo tiempo de la llegada o la mejora de los servicios de agua potable, luz eléctrica, calles asfaltadas, teléfonos, tranvías.

Las nuevas zonas residenciales seguían el modelo de la “ciudad jardín” cuyos orígenes deben buscarse en Europa y Estados Unidos en las últimas décadas del siglo XIX, como respuesta al proceso de densificación de las ciudades. Según Howard, uno de sus impulsores, el hombre debía disfrutar, a la vez, de la vida ciudadana y de las bellezas de la naturaleza (Capel 2002: 353). En el caso de Quito los jardines no tuvieron un carácter utópico, en el sentido de búsqueda de una armonía entre un pasado preindustrial y un presente industrial, o entre formas de vida opuestas - la propia ciudad tenía bosques y campos colindantes, de modo que no era necesario alejarse mucho para encontrarlos - sino que se convirtieron en signos de distinción y separación. (Kingman Garcés 2006, 331)

Hay que recordar que también dejaban atrás las estrechas calles del casco colonial, para dar paso a vías más anchas para el tránsito de automóviles, al mismo tiempo que se inspiraban en la “ciudad jardín”, modelo de ciudad habitación que se asentaba en la periferia y que albergaba casas unifamiliares con amplios jardines (Ortiz Crespo, Abram y Nájera 2007). Sin embargo, en este entorno histórico-social urbano no hay indicios de que se haya planificado poner árboles en las veredas, aunque ya se los plantaba en las nuevas avenidas amplias que tenían parterre.

En el caso del barrio La Floresta, se puede aseverar que pertenece a la tercera clasificación en los procesos urbanos: una hacienda que a comienzos del siglo XX fue planificada y trazada para albergar un nuevo barrio de la ciudad que crecía (Ortiz Crespo, Abram y Nájera 2007). Mientras el Comité del Pueblo se formó como una “reivindicación social”, como respuesta a la necesidad de suplir el déficit habitacional para las clases populares en las décadas de los sesentas, setentas y ochentas del siglo XX (Redacción Quito 2015). Ahora, a pesar de esa similitud conceptual de ser barrios “planificados”, el nivel de detalle y el resultado en la calidad urbanística de ambas zonas difiere sustancialmente. La primera con un trazado más claro y una intencionalidad de las vías mucho mejor adaptada al espacio, en general, con amplias aceras y espacio para el flujo de personas y, para lo que atañe a esta investigación, espacio para árboles en las veredas y parterres, y de hecho, la presencia generalizada de árboles –más allá de su estado actual o de lo técnico de su siembra y mantenimiento- en veredas, parterres y jardines.

En el caso del barrio Comité del Pueblo, a pesar de haber sido, también una hacienda que se lotizó y que posteriormente fue adquirida legalmente para su urbanización, y que el trazado de sus calles fue técnicamente planeado, la estrechez de sus aceras no permite con tanta facilidad la coexistencia de árboles con en el trazado del barrio, difiriendo mucho del primer caso. Tal vez, las necesidades distintas de los futuros habitantes de ambos barrios y el imaginario esbozado por el entendimiento de la modernidad y el proceso de expansión urbana, que también segregaba a partir de jardines y áreas verdes, es lo que determinó el espacio que se daría para el flujo de la movilidad en cada uno y la presencia de árboles en aceras y parterres.

Lo anterior tiene sentido discutirlo, en la medida que los imaginarios se conforman de los tres momentos mencionados anteriormente: el origen del imaginario; el imaginario en sí mismo y la manera en la que se expresan esos imaginarios.

### **2.2.1 La Floresta: su historia, su paisaje, sus árboles**

Como se propuso en la metodología, se tomó como objeto de estudio a dos barrios emblemáticos de la ciudad para comparar sus imaginarios sobre los árboles urbanos; además, como se propuso en páginas anteriores, adicionalmente a la historia, es importante la descripción del paisaje actual de los lugares a ser estudiados, por lo tanto es importante describir el lugar, porque los imaginarios se forman a partir de la percepción que tenemos del entorno, y es ese entorno otro elemento de influencia en la formación de los imaginarios.

El estímulo del entorno dará forma, en conjunto con otras variables, no solo a las ideas y significados, sino también a la manera en la que la gente interactúa con los distintos elementos, en este caso, del barrio. No será lo mismo la interacción con los árboles en veredas anchas, en un barrio con parques o con los cables soterrados, que en los barrios en los que suceda lo contrario. Tampoco será lo mismo cuando la conformación o la proporción entre áreas comerciales y residenciales difieran, así como la conformación de las vías y la cantidad de tráfico que existan en ellas.

El barrio La Floresta fue planificado a partir de la urbanización de la hacienda del mismo nombre, proyecto encargado al Arq. Rubén Vinci, quién planteó una plaza central de la que se proyectan excéntricamente sus vías principales. Su creación oficial data del año 1917, aunque su inclusión como parroquia urbana se dio en el año 1940 (Duque Lemus 2015) y posteriormente en el plan regulador de 1942 se la incluyó como ciudad jardín —el sector

oriental del barrio- y como vivienda de clase media su zona occidental (Jones Ordiozola 1945). Al día de hoy su composición socioeconómica a partir del consumo medio se ubica en los deciles 7, 8 y 9 (Larrea, Larrea y Andrade 2010) , es decir de clase media a media alta. Aunque el barrio está sufriendo una transformación radical en su composición económica, paisajística y arquitectónica en los últimos años<sup>11</sup>.

La Floresta es un barrio con usos mixtos del suelo, con zonas residenciales y comerciales que se intercalan en distintas escalas. Con zonas marcadamente residenciales en la zona oriental, y sur del barrio, mientras que en las avenidas principales hay preponderancia de negocios, y en la zona occidental es un área mixta con una buena proporción residencial, intercalada con restaurantes, tiendas de abarrotes y otros negocios. Su topografía es de pendientes suaves, con pocos lugares planos<sup>12</sup>. Las vías principales son las avenidas Isabel La Católica, Madrid, La Coruña, Toledo y Ladrón de Guevara, con la 12 de Octubre como límite con el barrio Mariscal Sucre. Su centro, no físico, sino simbólico es el “redondel” que lleva su mismo nombre del cual se proyecta su tejido urbano; con calles y veredas relativamente anchas –las primeras con un promedio de 3 metros<sup>13</sup> y las segundas bajo las normas de arquitectura y urbanismo<sup>14</sup>- y un trazado poco ortodoxo en relación a la grilla clásica, que se adapta al contorno de su superficie. Casas y edificios de distintas épocas, sobre todo anteriores a la década de 1980, las cuales en muchos casos conservan jardines privados; con preponderancia de construcciones de dos plantas, aunque con una nueva dinámica inmobiliaria en la que aparecen edificios de departamentos de hasta 8 pisos. Su posición geográfica y situación relativa, le da una vista importante hacia el volcán Pichincha, cerro Auqui y el abra del río Machángara que esculpe el lado occidental de este último<sup>15</sup>.

Barrio del centro-norte de Quito, tradicionalmente residencial, hasta hace pocos años mantenía su tipología de casas unifamiliares con jardín privado y veredas, en su mayoría desprovistas de arbolado urbano. Sus áreas verdes públicas son los parques Navarro –en el límite con el barrio de La Vicentina-, el redondel de La Floresta y el parque Miravalle. El primero pasó por un replanteo y renovación, que giró alrededor del uso tradicional –en los últimos 20 años- (Diario El Comercio 2016) que se le daba como sitio de expendio de

---

<sup>11</sup> Entrevista a Rocío Bastidas, presidenta el Comité Pro-Mejoras del Barrio La Floresta. Mayo 2017

<sup>12</sup> Observación y trabajo de archivo hechos por el autor

<sup>13</sup> Medición efectuada por el autor, en campo y con la ayuda de Google Earth.

<sup>14</sup> Ordenanza 3746. MDMQ

<sup>15</sup> Observación y trabajo de campo hechos por el autor

comidas al aire libre, parte de esta renovación consistió en la siembra de varios árboles triplicando –al menos- el número de árboles presentes en el espacio, aunque anteriormente tenía sembrados algunos árboles –pocos o ninguno en buen estado- y también había sido el destino de traslado de árboles y palmeras de otros sitios de la ciudad.

Por otro lado, el “redondel de La Floresta” es un espacio de recreación sin la presencia de comercios o ventas dentro de sus límites, trazados por la calzada de la intersección de las avenidas Madrid, Ladrón de Guevara y La Coruña. De uso cotidiano, con una fuente de agua en su centro, camineras de cemento y árboles de especies y tamaños variados; con presencia de especies nativas poco comunes en el casco urbano como el *Polylepis*, como también de especies exóticas de buen tamaño. Mientras que el parque Miravalle se encuentra en un lugar poco accesible, debido a que tiene una sola entrada utilizable, en la intersección de la calle Miravalle y la Julio Zaldumbide, también con relativamente pocos árboles -4 en aproximadamente 2000m<sup>2</sup> de parque<sup>16</sup>-, y especies exóticas de buen tamaño.

En el año 2015, se ejecutó un plan de renovación urbana en la zona noroccidental del barrio<sup>17</sup>, que incluyó la modificación de las veredas para incluir jardineras donde se plantaron árboles de alrededor de 2 metros de altura, de una sola especie, del género *Eugenia*, -aunque en el año 2017 se han sembrado arupos<sup>18</sup>, nísperos<sup>19</sup> y otros árboles en otras zonas del barrio- dichas jardineras tienen una dimensión tal que permite el crecimiento del árbol sin entrar en conflicto con la infraestructura de la acera, aunque tienen un bordillo que no permite la libre circulación del agua de escorrentía hacia ella (ver fotografía 2.2.1).

---

<sup>16</sup> Medido por el autor. Ver Anexo para metodología.

<sup>17</sup> Entrevista a Rocío Bastidas, presidenta del Comité Pro-Mejoras del Barrio La Floresta. Mayo 2017

<sup>18</sup> *Chionantus Pubescens*. (Polo Abad 2016)

<sup>19</sup> *Eriobothrya japónica* (Polo Abad 2016)



**Fotografía 2.2.1.** Eugenia con alcorque sobre nivel.  
Fuente: Trabajo de campo 2017

Anterior a la siembra de estos árboles, sí existieron árboles en veredas y parterres del barrio, más notoriamente los árboles de las áreas centrales de las avenidas principales antes citadas, cuya antigüedad se puede intuir a través de su tamaño, el que comparten pocos árboles de vereda. Ejemplares como los de la calle Valladolid y de la calle Galavis, que mantienen no solo su porte, sino su forma, casi inalteradas por la acción de la intervención antitécnica, eran y siguen siendo una rareza.

Por otro lado, en la administración del alcalde Paco Moncayo, existió una iniciativa de arbolado urbano, cuyos resultados más perdurables han sido los Nísperos que todavía se pueden observar -en números apreciables- en la zona oriental del barrio, aunque dicha siembra no incluyó la previsión de una caja o jardinera lo suficientemente amplia (Polo Abad, 2017) como para que el crecimiento de los árboles no entre en conflicto con la estructura de las veredas. Hoy en día la mayoría de esta zona tiene ejemplares de más de 2,5 metros de altura y en la mayoría de los casos no muestran intervenciones drásticas sobre su tamaño o su

forma, aunque existen casos de poda geométrica, desmoche, tala y otras prácticas que ejercen influencia radical sobre la estética natural de dichos especímenes.

Hay que tener en cuenta los posibles resultados de la planificación por parte de las instituciones del Estado sobre los conflictos futuros, sobre todo en temas como el arbolado urbano, cuyas consecuencias muchas veces no se pueden evaluar sino años después de haber tomado una decisión. Las especies que se eligen, el lugar donde se siembra y la manera en que se hace, pueden influenciar lo que finalmente se imagina que es un árbol como participante de la vida urbana y endilgarle efectos que nada tienen que ver con el potencial positivo del mismo (Polo Abad, 2016).

En la actualidad los árboles sembrados en el último proyecto de regeneración están en buen estado y en general no han sido intervenidos notoriamente por los vecinos, con algunas excepciones en las que se les ha dado forma geométrica o se les ha impedido su crecimiento natural. Muchas veces las intervenciones antitécnicas vienen acompañadas de flores y otras plantas sembradas por los vecinos para adornar las jardineras, lo que es un signo de apropiación del espacio público y de apadrinamiento espontáneo del arbolado, más allá de lo técnico o deseable desde la planificación.

### **2.2.2 El Comité del Pueblo: su historia, su paisaje, sus árboles**

Una vista aérea del Comité del Pueblo y la Bota puede desmitificar lo que en un principio, desde el nivel de la calle, parecería un barrio poco planificado. Sus vías y lotes forman una grilla bastante clara, con vías principales que se ajustan a su entorno topográfico, en la cumbre de una loma que baja abruptamente a una pequeña meseta en forma de bota, delineada por dos grandes quebradas. Su origen como barrio de Quito data de la década de los setentas del siglo XX, como una respuesta a las necesidades de vivienda de las clases de escasos recursos económicos. En este raro caso de adquisición legal de terrenos, pero por fuera del ámbito material de planeamiento y ejecución de la administración municipal de la época, el trazado y diseño del barrio estuvo a cargo de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Central del Ecuador (Testori 2016).

Similar a La Floresta, los terrenos donde se establecería el barrio eran parte de una Hacienda - en este caso La Eloísa-, en el norte de Quito. En la época en la que fueron adquiridos –

legalmente, por la suma de 16 millones de sucres- formaban parte de la zona suburbana de la ciudad, e inmediatamente después de su compra, la Facultad de Arquitectura de la Universidad Central se involucra en el proyecto (Godard 1988). El trazado de vías y espacios fue minuciosamente planeado entre el encargado del proyecto, el profesor Arq. Wilson Herdoiza, y sus alumnos, con el objetivo de que sea una ciudad satélite para el proletariado y las clases medias de Quito, que en ese entonces se encontraba a cierta distancia del nuevo asentamiento. El plan tuvo una conceptualización radical y se pensó como un proyecto revolucionario en muchas dimensiones: política, técnica, utilitaria, ideológica:

En un llamado para defender la autonomía de la universidad en la cual, en ese momento, se veía la arquitectura como al diseño de belleza y funcionalidad, embebida en una óptica burguesa, limitada por la forma, sin entender su contenido. Mientras que para el movimiento estudiantil, las utopías debían ser descartadas y en su lugar debía adoptarse un enfoque más activo. Substancialmente, ellos –los estudiantes- tomaron la posición de considerar la arquitectura como una herramienta social y no como una ideología hegemónica o una disciplina racional para satisfacer a las clases más altas (Testori 2016, 5).

En este contexto se planea una estructura compleja en la que los servicios que se avizoran estén todos a una distancia más o menos cercana a cada familia. En ese momento no se intuye, no se pronostica que en el futuro el apego o la necesidad del automóvil sería la de hoy en día, por lo que se diseña un trazado de vías principales para transporte motorizado, mientras la mayoría son planificadas para movilizarse a pie. Es así que lo que vemos hoy en día son, con excepción de pocas avenidas como la Jorge Garcés, Juan Molineros o La Bota, calles que apenas pueden sostener el tránsito conjuntamente con aceras lo suficientemente amplias como para albergar árboles y el tráfico peatonal.

Con el paso del tiempo, esta utopía planteada para la reivindicación de los derechos de las clases populares a tener un hogar, aupada por el Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador, y apoyada por la UCE, fue cambiando de espíritu, y el barrio empezó a densificarse a través de la venta y subdivisión de las parcelas planeadas inicialmente (Godard 1988) por los técnicos de la universidad, lo que en gran medida fue desapareciendo los jardines y huertos familiares. Esto, conjuntamente con la intervención de dirigentes deshonestos, que se apropiaron de los espacios comunales o destinados originalmente para los servicios

comunales, tales como escuelas, hospitales, guarderías, y parques, han sido las causas de la falta de árboles que se aprecia en esta zona de la ciudad. (Testori 2016)

Al día de hoy el barrio tiene un consumo medio que corresponde a los tres deciles más bajos en la ciudad de Quito (Larrea, Larrea y Andrade 2010), y tiene un uso de suelo mixto, con una gran cantidad de negocios y comercios en las vías principales –que son la vías con espacio para arbolado urbano-. En lo que respecta a los árboles, ahora se los puede encontrar en el parterre central de la Avenida Jorge Garcés, y en la vereda de la Juan Molineros. Los primeros en estados variables, aunque muchos de ellos de buen porte, lo que denota su edad; mientras que los segundos –en su mayoría calistemos rojos- se encuentran en muy mal estado, con signos de maltrato y en muchos casos, a lo largo de las aceras, con evidencia de los árboles removidos en su totalidad. Los últimos refugios de los árboles en esta zona de Quito, son los pequeños parques ubicados en la intersección del Av. Jorge Garcés y Juan Molineros, más los nuevos parques entregados por el municipio recientemente, tanto en la parte alta como en La Bota –aunque con mínima cobertura vegetal y pocos ejemplares de árboles-; además del pequeño parque de la avenida La Bota que ha estado desde hace años en el lugar y tiene algunos ejemplares de buen porte de calistemos blancos, casuarinas y fresnos. También cabe anotar que frente a algunos predios y no necesariamente en lugares que los técnicos consideran adecuados (Polo Abad 2016), hay ejemplares plantados, los cuales expresan el deseo de los propietarios de tener un árbol frente a su domicilio o negocio.

En la propuesta de Red Verde Urbana y Eco barrios, de la Secretaría de Territorio de Hábitat y Vivienda, en el año 2014, se propuso remover a los comerciantes informales para reubicarlos en un centro comercial y replantar la arquitectura de la Av. Jorge Garcés de tal forma que hubiera espacio para la siembra de árboles de vereda. Este proyecto hasta el día de hoy no se ha concretado –el de los árboles, los comerciantes fueron reubicados en el centro comercial el año 2015 (Guarachi 2015)-. En su momento fue descrita como una oxímoron, justamente por la disputa del espacio en la vereda y el conflicto que acarrea con el comercio, en ese tiempo informal, pero también con el formal y la percepción de que la presencia de árboles disminuye el atractivo de clientes en los negocios y de que alguna manera contribuiría a la división física del barrio de norte a sur (Testori 2016).

## Capítulo 3

### Los árboles imaginados

#### 3.1 Las instituciones, la falta de planificación y el conflicto

En la formación de imaginarios intervienen una multiplicidad de agentes. Uno de estos agentes es el Estado, a través de proyectos, planes o decisiones de menor peso legal, pero que tienen un efecto material en la ciudad que su vez interviene en la formación de imaginarios.

En el “Quito imaginado” se habla de la ciudad blanca, y lo era por la decisión de una alcaldía en la década de los sesentas del siglo XX, que implantó la obligatoriedad del color blanco en las fachadas y azul añil en los balcones (Aguirre, Carrión y Kingman 2005). Esta decisión institucional interviene en la formación del imaginario “ciudad blanca” y de hecho, para mucha gente, lo instituye. De la misma manera habrá acciones desde la política pública o desde la implementación de proyectos por parte de entes estatales que participen en la formación de los imaginarios relacionados con árboles urbanos. En este capítulo se habla de dicha relación y del como la manera en la que el Municipio de Quito ha podido influir en la relación de los ciudadanos de los barrios de estudio y los árboles de parterres y veredas.

Empiezo con la descripción de lo que se ha hecho, para luego pasar a los efectos que ha tenido en los barrios.

A pesar de los esfuerzos hechos por las autoridades de sembrar árboles en las aceras de la ciudad de Quito, históricamente éstos han estado desarticulados con respecto a otras actividades de planificación y ejecución desde los entes cantonales, y al ser el arbolado urbano un accesorio a otros planes y proyectos, nunca hubo una política clara y definida sobre éste. La prioridad de las autoridades nunca tuvo al árbol como protagonista de ningún plan (Polo Abad, entrevista 2017), por lo tanto no han existido políticas públicas direccionadas a la mejoría del arbolado urbano, sobre todo en términos de nuevos espacios para la siembra de árboles en la vereda. Las normativas sobre arquitectura y urbanismo siguen dando prioridad a los vehículos, con carriles mínimos de 3,65mts (Ordenanza 3746, MDMQ 2008) cuando se ha sugerido en otras partes del mundo, que en zonas residenciales y de límites de velocidad urbana, éstos podrían, sin afectar la seguridad vial, ser reducidos a 3,00mts (Bicycle Federation of America 1998), lo que proporcionaría, en una avenida como La Coruña en Quito, de 2 carriles por sentido, hasta 1,30 metros de espacio adicional en cada vereda, para

que entre sin problemas y de manera técnica, el alcorque<sup>20</sup> que albergaría a árboles nuevos. Otro recurso urbanístico utilizado para la inclusión de arbolado urbano, y que en Quito no ha sido aplicado es el de la ubicación de los alcorques entre las zonas de aparcamiento en los márgenes de la calzada, como muestra el ejemplo en la figura 3.1.1, en Amsterdam, técnica que permite mantener el ancho utilizable de la vereda para los peatones mientras se le da un mayor y mejor espacio a los árboles urbanos, mientras se mantiene su cercanía con la gente que circula en la vereda, beneficio ausente en los árboles que se siembran en parterres.

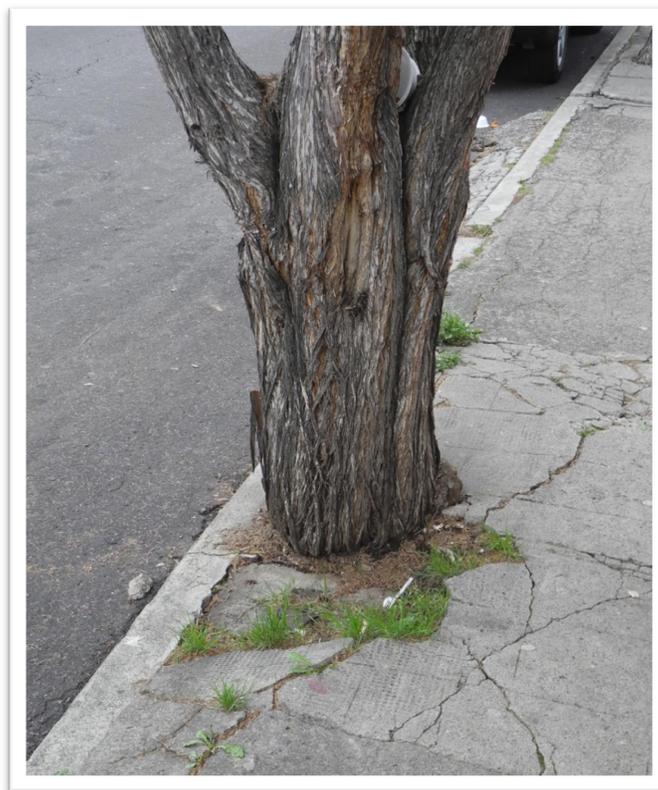


**Fotografía 3.1.1.** Alcorques entre bahías de estacionamiento, Amsterdam, PB. Fuente: Google Earth Street view 2017

Recordemos que entre los esfuerzos descritos en la presente tesis, el de la siembra de 10 millones de árboles en 7 años en la administración del alcalde Paco Moncayo, trajo consigo algunos conflictos con los vecinos, al dar prioridad a la cantidad y no a la calidad del arbolado, dado que los lugares y la selección de especies acarrearón conflictos con las veredas, rompiéndolas (fotografía 3.1.2); con el cableado eléctrico –por la selección de especies muy altas-, con los transeúntes –bloqueando la visibilidad al cruzar calles- y con los conductores –bloqueando señales de tránsito-. El contraste ha sido la siembra técnica de árboles en La Floresta en los últimos años, debido a la contratación como funcionarios de planta, por primera vez en la historia Municipal, de arboristas profesionales, los que han dado un cambio radical en la aproximación que tienen las autoridades sobre el arbolado urbano, no

<sup>20</sup> Alcorque es el espacio en la vereda, la jardinera que da cabida al árbol en la vereda. Según el Manual Técnico de Arbolado Urbano de Quito, este debe ser de mínimo 1 m<sup>2</sup> de superficie, con un ancho mínimo de 0,8 m (Polo Abad 2016)

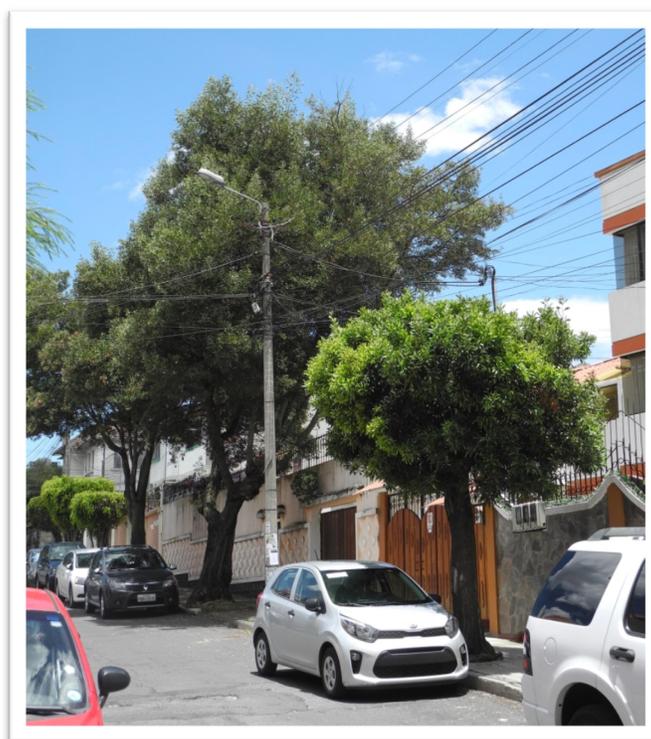
solo en la etapa de selección de especies y siembra, sino también en todas las etapas del proceso, desde los viveros, pasando por la capacitación, poda, mantenimiento y la toma de decisiones y generación de literatura y material de capacitación.



**Fotografía 3.1.2.** Cepillo blanco sin alcorque, alcaldía Paco Moncayo. Fuente: Trabajo de campo 2017

También hay un eje fundamental que ha hecho falta en la relación entre las instituciones y los ciudadanos en lo que tiene que ver con los árboles urbanos y es el de la educación. Como hemos visto, la arboricultura es una disciplina compleja en la ciudad, por todas las aristas con las que se tiene que enfrentar para conseguir el buen mantenimiento de los árboles, y al ser un tema complicado, pero que al mismo tiempo es tan cercano a la ciudadanía, hay mitos y hábitos que tienen que ser aclarados y para ello falta una gran dosis de comunicación efectiva. En los últimos años, a partir de la incorporación de arboristas profesionales en las labores relativas al arbolado urbano en Quito, se ha incrementado el esfuerzo de comunicación en varios ejes, incluido el de quién puede o no intervenir un árbol, cómo y cuándo hacerlo; los diferentes beneficios de los árboles urbanos y el proyecto de árboles patrimoniales; pero a pesar de esto, de las más de cuarenta personas entrevistadas para esta tesis, ninguna recordaba

haber leído o recibido algún tipo de información al respecto. Adicionalmente a esta información específica también es necesario que la gente sepa quién es el responsable de los árboles de vereda frente a cada predio; que se entere de todos los beneficios adicionales que, potencialmente, proporcionan los árboles y que son muchos más que el de proporcionar “aire puro” y sombra; así como hacer conocer a la gente que los cables que cuelgan de los postes no son todos de energía eléctrica<sup>21</sup>, sino la mayoría son de servicios como teléfono o internet, por lo tanto al contacto con un árbol no representan ningún peligro (ver fotografía 3.1.3) .



**Fotografía 3.1.3.** En primer plano una acacia negra podada para no topar los cables. En segundo plano un árbol de tamaño natural haciendo contacto con ellos.  
Fuente: Trabajo de campo 2017

Cabe resaltar el hecho de la existencia de árboles plantados por los mismos vecinos, que aunque por cuestiones técnicas no están en los mejores lugares –no hay espacio, son especies inapropiadas y por esto pueden causar conflictos ya sea en el presente o en el futuro- son una expresión del deseo de tener árboles en la vereda. Y sobre todo en los barrios en los que la presencia del Estado no ha sido evidente o en la que los vecinos no han sentido aquella

---

<sup>21</sup> Este hecho resaltó en las entrevistas, tanto a habitantes de los barrios, como a los podadores del Municipio

presencia, como en el Comité del Pueblo. Por supuesto, en este caso la canalización de esta información debería servir para estimular el respeto y desarrollar en el imaginario de la gente, en base a los esfuerzos de los vecinos, la necesidad de tener árboles urbanos cuyo potencial sea explotado al máximo y para eso se necesitan espacios, especies y cuidados adecuados.

En el sentido de ejecución de planes, programas o la intervención formal del Estado, a lo largo de los años en el arbolado urbano, lo que vemos particularmente en los barrios de estudio es una variedad de momentos y resultados diversos. En La Floresta se puede identificar el primer momento en la construcción de avenidas con parterres (anterior a 1988), en los que fueron sembrados árboles de varias especies, siendo las principales los molles (*Schinus Molle*, especie nativa) en la Avenida Isabel La Católica, las acacias negras (*Acacia melanoxylon*, especie exótica no recomendada<sup>22</sup>) y acacias dealbatas (*Acacia Dealbata*, especie exótica no recomendada<sup>23</sup>) en la Avenida de La Coruña; también los distintos árboles, muchos de ellos de gran porte, en la calle Julio Zaldumbide. Un segundo momento es el del arbolado en veredas, primero en la alcaldía de Rodrigo Paz (1988-1992) y luego en la de Paco Moncayo (2000-2009). Resultado de esto son las acacias negras en la calle Valladolid y sus alrededores, además de los nísperos (*Eriobothrya japonica*), saúcos (*Sambucus nigra*), cepillos o calistemos blancos (*Calistemon salignus*) y rojos (*Callistemon viminalis*) que encontramos en las veredas del barrio hasta el día de hoy. En este segundo momento, se omiten ciertas reglas técnicas como el tamaño del alcorque, la selección de especies según el ancho de veredas y la distancia con cables aéreos, además de la posición relativa con respecto a intersecciones viales, señales de tránsito, entre otras. Hay un tercer momento, que se ejecuta a partir del año 2015 y que continúa en la actualidad (2017), en el que se siembra en veredas ejemplares de eugenias (*Eugenia myrtiflora*), arupos rosados (*Chionanthus pubescens*), nísperos, entre otros. En este caso se advierte un mayor apego a las normas de arboricultura y del manual de arbolado urbano, con alcorques de mayor tamaño, selección de especies entre pequeñas y medianas, que se ajustan a los tamaños de veredas y distancias relativas (ver figura 3.1.4).

---

<sup>22</sup> Polo Abad, Jorge 2016. *Manuales Técnicos de Arbolado Urbano*, Quito: MDMQ

<sup>23</sup> Polo Abad, Jorge 2016. *Manuales Técnicos de Arbolado Urbano*, Quito: MDMQ



**Fotografía 3.1.4.** Ejemplos de arbolado en La Floresta. En el sentido de las manecillas del reloj: Molle en la calle Zaldumbide; alisos recién sembrados y acacias negras antiguas en la Av. La Coruña; arupo rosado en la calle Valladolid; nísperos calle Mallorca. Fuente: Trabajo de campo 2017

También, aunque no relacionado directamente con la siembra de árboles en las veredas, a partir del año 2015 se hace una evaluación del arbolado del barrio donde se decide la intervención de varios ejemplares -todos de *Acacia melanoxylon*-, debido al riesgo que representaban para la infraestructura y las personas. En esta evaluación se decide la remoción total de 13 ejemplares. Como medida de compensación por la tala total, se siembran ejemplares nuevos de alisos (*Alnus acuminata*) en veredas, donde fue posible y los restantes en el parterre de la avenida La Coruña<sup>24</sup>.

La Unidad de Espacio Público de la EPMOP realiza la plantación de 50 árboles a lo largo de las calles Valladolid, Guipúzcoa, Lugo, Barcelona, Coruña ubicadas en el tradicional barrio de La Floresta. Como parte de la gestión de arbolado urbano se identificaron 13 ejemplares de

<sup>24</sup> Oficio de respuesta por parte del Municipio de Quito al Comité Pro-mejoras del barrio La Floresta. Octubre de 2015. Ver anexo 2.

especie Acacia Negra (*Acacia melanoxylon*), que presentan riesgo de caída y deben ser retirados, con la finalidad de precautelar la seguridad de la ciudadanía.

El retiro de estos árboles se realizará en tres fases; según la valoración técnica de personal especializado. Posteriormente estas acacias serán sustituidas por la especie nativa Aliso (*Alnus acuminata*), árboles de sombra media, con una tasa de crecimiento rápido, de sistema radicular no invasivo y de buena resistencia; características que los convierten en los mejores aliados del medio ambiente y que beneficiarán a los habitantes de éste representativo barrio quiteño (Agencia Pública de Noticias de Quito 2015).

Si nos remitimos a las respuestas dadas por los entrevistados en el barrio, podemos hacer un rastreo de las lecturas que se han dado, desde sus habitantes, a la presencia de los árboles en veredas y parterres a partir de estos tres momentos. En lo que respecta a los árboles en los parterres y veredas del primer momento, que ya tienen algunas décadas de edad, vemos que estos contribuyen a la idea de que La Floresta es un barrio verde y se relaciona con la aspiración de un barrio jardín, en esto ayuda la presencia de árboles de gran porte como los que se encuentran en la calle Zaldumbide, que además han sido objeto de discusiones para proponer a algunos de ellos como árboles patrimoniales<sup>25</sup>. También están los molles en la Av. Isabel La Católica que por ser especies adecuadas no han generado mayores conflictos en el barrio, lo que contrasta con las acacias negras en las calles Valladolid, Galavis y en la avenida de La Coruña, que debido a las características de las especies seleccionadas, empezaron a ser un foco de peligro por el riesgo de su caída, y que en último caso generó la reacción del barrio frente a los árboles adultos de cierto porte<sup>26</sup>. También se observa en esos árboles el conflicto generado a partir de su interacción con los cables que cuelgan de los postes, así como las veredas destruidas por sus raíces.

Por otro lado, los árboles sembrados en el segundo momento, al no haberse elegido apropiadamente la especie y el lugar de siembra, además de no haber sido utilizada un área apropiada para el desarrollo de los ejemplares; han causado conflictos que mencionan los entrevistados, entre ellos, el topar el cableado, romper veredas y bloquear la visibilidad en los cruces y señales de tránsito. Además, muchos árboles han ocupado ya todo el espacio que quedaba entre ellos y el cemento de la acera, causando un perjuicio a su desarrollo. En el lado positivo, si cabe, está que muchas de las especies sembradas en ese momento, se ajustan a las

---

<sup>25</sup> Intercambio de correspondencia del comité barrial de La Floresta.

<sup>26</sup> Ver anexo 2

expectativas estéticas de los habitantes del barrio, por ser especies de tamaño pequeño, como los saúcos y nísperos, o mediano como las diferentes especies de calistemos, además todos a producen flores, característica predilecta de la mayoría de entrevistados en el barrio.

En este tercer momento identificado en la siembra por parte de las instituciones municipales, lo que vemos es una selección más técnica de las especies y una mejor plantación en términos de lugares y de infraestructura, de distancias y de ubicación relativa a lugares sensibles como cruces y señales de tránsito. También la selección de especies se ajusta a la expectativa ciudadana, con árboles de tamaño pequeño, con flores, y en algunos casos frutos, y donde sobresale la especie que más veces se repitió en las entrevistas: el arupo rosado. Si algo se puede señalar desde el lado institucional y sus efectos en la relación con los árboles de la vereda y los habitantes del barrio es que la Ordenanza Metropolitana 282, que habla de las podas a los árboles de veredas y parterres, no ha sido respetada por muchos frentistas y ahora se puede observar cómo muchos árboles han sido podados de forma geométrica y se ha limitado su crecimiento, sin ningún control por parte del municipio. También se vuelve evidente la falta de información que tiene el público sobre el trato correcto –desde el lado técnico<sup>27</sup>- que se le debe dar a un árbol de vereda. En la fotografía 3.1.5 podemos apreciar cómo en la calle Vizcaya de diez nuevos árboles, siete han sido podados para darles forma esférica o reducir su crecimiento. También se aprecia que los árboles que no han sido intervenidos son los que se encuentran frente a predios sin acceso desde esa calle.

---

<sup>27</sup> Ver Manuales técnicos de arbolado urbano (Polo Abad 2016)



**Fotografía 3.1.5.** Eugenias podadas en la calle Vizcaya y Lugo. Fuente: Trabajo de campo 2017

En lo que respecta al Comité del Pueblo, dada su concepción y construcción muy distintas a las de La Floresta, las formas en las que el Estado ha intervenido en el arbolado urbano han sido mucho más limitadas. Empezando por la ideología detrás del diseño y del posterior desarrollo físico de la infraestructura urbana, que impide la siembra, por falta de espacio, de árboles en la vereda. A pesar de esto se puede identificar distintos momentos de intervención del municipio en el arbolado urbano, empezando por la siembra en el parterre central de la avenida de entrada al barrio, que fue acompañada de la siembra en veredas de la avenida Juan Molineeros, comparativamente más ancha que la mayoría de vías en el barrio. Luego está la siembra de árboles en los pequeños parques del barrio y finalmente el relleno de una quebrada que fue reforestada en los últimos años.



**Fotografía 3.1.6.** Árboles sembrados por el Municipio en la avenida Juan Molineros, Comité del Pueblo. Fuente: Trabajo de campo 2017

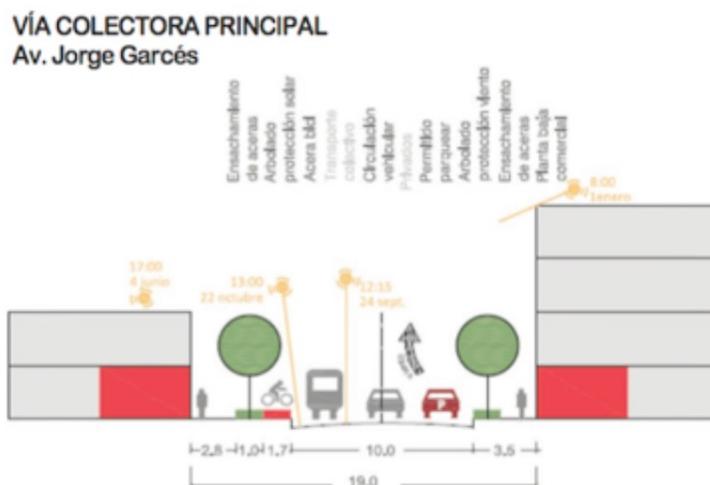
Como vemos, en este barrio la mayoría de acciones que han tomado las instituciones estatales, con respecto a árboles en veredas, se las puede evaluar más por sus omisiones. En contraste con el otro barrio de análisis, en este se debería apelar a una mayor creatividad para la introducción de árboles, cosa que no ha sucedido. Dada esta ausencia municipal se puede observar los esfuerzos de algunos vecinos por tener árboles frente a sus predios, como podemos observar en la figura 3.1.7. En este caso también creo importante recalcar el esfuerzo que ha hecho la persona que sembró el árbol en la calle José Fernández para mantenerlo con vida, pese a las quejas de sus vecinos por la “suciedad que provoca el árbol” y porque “tapa los rótulos de los negocios” en la planta baja.



**Fotografía 3.1.7.** Árboles sembrados por los vecinos en El Comité del Pueblo. Izq: Calle José Fernández. Der: Av. La Bota. Fuente: Trabajo de campo 2017

Otra fuente de debate en el caso de este barrio, y dada la naturaleza de su configuración física e histórica, fue el cambio urbanístico que se le quiso dar a la avenida Jorge Garcés, en la que se eliminaba el parterre central arbolado por una estructura vial con una calzada de doble vía –un carril por dirección-, una ciclovía y aceras más anchas con árboles plantados en ellas. Este plan tuvo su dosis de oposición por parte del barrio, sobre todo porque incluía, en ese entonces (2014), la reubicación del comercio informal que ocupaba las veredas. En lo que tiene que ver con el arbolado, y en el imaginario de la gente, la presencia del árbol se contrapone con varios elementos presentes en El Comité del Pueblo, principalmente con el comercio y el cableado que cuelga de los postes. En estos dos casos y en varias etapas de las entrevistas, salió a relucir el conflicto de árboles y cableado, y de comercio y árboles, lo segundo no fue incluido en el análisis del cambio propuesto por la Secretaría de Territorio y Vivienda, o al menos nunca es mencionado en el documento *Ciudades Del Buen Vivir* (2014) por lo que podría haber sido un factor en la oposición del barrio hacia el proyecto. De hecho, en el año 2016 ya se removió casi por completo al comercio informal de la zona, pero no se ha implementado el cambio urbanístico, porque no hay amplia recepción de la idea de quitar espacios de parqueo y se ponga árboles que tapen los carteles de los negocios (Figura 3.1.8).

**Figura 3.1.8.** Esquema propuesto por la Secretaría de Territorio, Hábitat y Vivienda para modificar la Av. Jorge Garcés



Fuente: Secretaría T.H.V. (2014, 172)

El análisis del Comité del Pueblo debe basarse también en lo anhelado más que en lo realizado, justamente por la manera en la que se planificó y desarrolló el barrio, pero también por la ausencia del Estado en la consolidación de éste. En este sentido, identifiqué la avenida de La Bota, como una zona en la que el ancho de vía permitiría la ejecución de cambios sin necesariamente afectar el frente de los predios y así albergar árboles urbanos. Es por ello que pregunté a varios habitantes de la zona si estuvieran de acuerdo con poner árboles en la avenida y dónde lo harían. Aunque un número menor de gente dijo que prefieren que no haya árboles, la gran mayoría expresó su deseo de que si hubiese la oportunidad se siembren árboles, pero no en la vereda, sino en un parterre central (esta avenida no tiene parterre central al momento), porque en la vereda se generarían conflictos con los cables en los postes, el alumbrado en las noches y la circulación de personas. Esto último denota la importancia de las decisiones de la municipalidad en la formación de imaginarios.

En un barrio donde no existe casi arbolado, por lo tanto estas percepciones se derivan ya sea de las pocas partes del barrio donde sí hay árboles o por lo que la gente ha visto en otras partes de la ciudad, se ha formado un imaginario en el que no es compatible la presencia de árboles con la vereda. Se ha generado la idea de que no hay otra manera de que existan árboles, sin que entren en conflicto con el día a día de los ciudadanos, con sus negocios, o con la seguridad del barrio. Es decir las acciones y omisiones por parte de los entes encargados de construir ciudad no han sido capaces de crear condiciones para que los árboles tengan la

capacidad de entregar sus beneficios a los habitantes del Comité del Pueblo. El trabajo de crear imaginarios a través de políticas públicas específicas sobre arbolado urbano o de arbolado urbano como parte indispensable de la infraestructura para una ciudad sana, ha dado como resultado el imaginar al árbol en la vereda como un conflicto y no como una solución o contribución positiva a la vida urbana.

Como vemos en los casos La Floresta y Comité del Pueblo, la historia de los barrios, su concepción, su desarrollo y la capacidad o voluntad de intervención por parte de las instituciones del Estado influye en la formación de imaginarios con respecto a los árboles de la vereda y de los parterres. No solo la presencia de ellos y la manera en la que se ha planificado su siembra por parte de las distintas instancias municipales, sino su ausencia, le ha dado forma a los imaginarios actuales de los ciudadanos.

Muestra de la multidimensionalidad de los imaginarios también está en cómo el trato que se les da en la ciudad en general y el hecho de que se los perciba como un impedimento para el comercio, por parte de los dueños de los locales porque no se ven desde los automóviles –no se piensa en los peatones como clientes–, afecta a la manera en la que se va procesando una idea en el ambiente urbano y termina delineando los imaginarios urbanos.

### 3.2 Los árboles y la modernidad en La Floresta y El Comité del Pueblo



**Fotografía 3.2.1.** Árboles protegidos con malla y podados geométricamente en La Floresta. Fuente: Trabajo de campo 2017

En los primeros capítulos de esta tesis, menciono la idea de modernidad que dio forma a muchos aspectos de la ciudad de Quito. La modernidad importada de Europa, pero reinterpretada por las élites locales, las que tuvieron el control de la planificación de la ciudad en su momento y que de alguna forma sentaron las bases de lo que es ahora la ciudad. Luego también hablo de ejemplos de otras ciudades en el mundo, para explicar el cómo la ciudad y su contexto histórico han afectado la manera en que los árboles cohabitan el entorno urbano. Los casos de Londres, Washington y París, tienen que ver con el Quito decimonónico que es el núcleo de la ciudad de hoy; ya sea por ser las capitales de los países más influyentes de esa época en occidente o, en el caso de la capital francesa, como menciona Kingman, inspiración específica de las élites quiteñas. Así que por un lado tenemos el ejemplo francés, de jardinería geométrica y domesticada, insertada en la ciudad diseñada para el emperador; la capital británica, de un desarrollo menos planificado, pero que a medida que pasa el tiempo encuentra cabida para el árbol de la vereda, y que en contraste con su contraparte francesa se lo

mantiene con su estructura natural; y la capital estadounidense que fue planificada al estilo de París, pero que incluye a sus árboles con un paradigma distinto a la ciudad de la que se inspira, tal vez influenciada por el gusto británico de jardinería. En este contexto de la ciudad planificada e inspirada por las corrientes europeas –aunque filtrada por el imaginario local-, se puede situar al desarrollo de La Floresta.

Por otro lado, el Comité del Pueblo nace desde otro momento histórico e inspirado en otro paradigma europeo, pero en este caso “desde la izquierda”, “reflejando en el proyecto teorías sociales (...) y aproximaciones que venían de distintas disciplinas”, las cuales fueron usadas por los estudiantes de la Universidad Central como puntos de referencia y que “probablemente fueron influenciadas por el hecho de que el ideólogo del proyecto urbanístico, Wilson Herdoiza, “en ese momento se encontraba cursando su PhD en ciencias sociales en la Sorbona de París<sup>28</sup>” (Testori 2016), en este caso la ideología y las asunciones sobre las necesidades presentes y futuras del barrio delinearon un barrio en el que los paradigmas actuales de movilidad y de tejido urbano crearon un escenario complejo para la relación entre los árboles y los habitantes del barrio.

La manera en que el proceso urbano se dio en la ciudad de Quito, los centros y periferias, la manera en la que la mancha urbana se fue expandiendo, una parte planificada y la otra fuera de control. Al no haber sido Quito una ciudad industrial de las dimensiones y condiciones que impusieran la necesidad de evocar la naturaleza, para equilibrar la contaminación y la saturación de la ciudad industrial vivida en Europa y Norteamérica, y sus dimensiones y forma siempre permitieron el acceso a las “bellezas de la naturaleza” sin mayores contratiempos (Kingman Garcés, 2006: 331). En esta lucha por la definición de la estructura de la ciudad, uno de los damnificados ha sido el árbol de vereda. Por otro lado en su proceso de expansión, las áreas residenciales de las élites tuvieron como paradigma la “ciudad jardín”, concepto que surge justamente para huir del centro de las ciudades, densificadas, incómodas y sin áreas verdes, de los países industrializados y en donde esta huida a la “naturaleza” constituía un recurso práctico –para el que tenía acceso a él-. En Quito, por el contrario, la presencia de los jardines en estas áreas mutó en un accesorio al proceso de segregación, convirtiendo a la presencia de árboles en un símbolo de distinción de las clases acomodadas de la ciudad (Kingman Garcés 2006). Recordemos también que estas élites no eran

---

<sup>28</sup> Traducción propia

completamente modernas y dado que, según Kingman, su “sentido de inferioridad” (Kingman Garcés 2006, 338), su manera de mirar hacia Europa con la ciudad como símbolo de progreso y esta manera de interpretar la modernidad de la que hablaba Berman cuando se refería a los países del Sur, donde se trasmuta lo foráneo, un preámbulo de las culturas híbridas, *el modernismo sin modernización* de García Canclini (García Canclini, 1989), empieza la imitación de los parques como el de La Alameda y su jardinería francesa, para luego pasar a los bulevares, calles y veredas de la ciudad donde sus árboles son podados de forma geométrica y atrofiados en su desarrollo, manteniendo ejemplares pequeños, aquellos que se describían en los bulevares de Haussman en el París de mediados del siglo XIX.

En este proceso de expansión urbana los árboles no empiezan a ser sembrados en la vereda como respuesta o por un diálogo implícito con fenómenos de relación social o política, permitiéndose desarrollar un vínculo con la sociedad en general; no son el marco para juegos, ni símbolo de poder político, aparecen por imitación, como ideal en un plan urbanístico encuadrado en el modernismo de la primera mitad del siglo XX y entre las élites que los utilizan para diferenciarse de las clases bajas de la ciudad. La imitación también se traduce, en el territorio, en el estilo de poda, generalizándose el árbol pequeño y fuertemente intervenido. Luego, como con otros elementos de la ciudad –la arquitectura, la vestimenta- (Espinosa Apolo 2012, 111, 124), las clases medias y bajas los imitan, convirtiéndose en el árbol urbano que tenemos hoy en barrios como La Floresta.

**Figura 3.2.2.** Vista aérea del barrio La Floresta en 1961 y 1983



Fuente: Instituto Geográfico Militar 1961, 1983

En el caso de La Floresta, que formaron parte del paradigma de la ciudad jardín, la influencia que tuvo el proceso urbano de la época –en relación a los árboles- fue el de los jardines particulares, el barrio se planeó con espacio para ello y en un primer momento no hubo

árboles en la vereda, como podemos observar en las fotos aéreas del Instituto Geográfico Militar de los años 1961 y 1983, en la figura 3.2.2. Los árboles llegan primero a los parterres de las avenidas principales y recién en los años ochenta del siglo XX empiezan a aparecer notoriamente en las veredas, para luego a comienzos del siglo XXI, ser objeto de una siembra masiva de árboles. En este caso, el proceso histórico y la idea de modernidad, se tradujo en la idea de árboles pequeños y geométricos, mientras el higienismo y la percepción de la ciudad limpia traen consigo la misma idea de que el árbol debe ser mantenido a raya. Es un elemento muy apreciado, pero bajo términos de la estética heredada de la modernidad híbrida, traducida por las élites quiteñas. Sus habitantes los prefieren pequeños, podados y sin que el dosel cubra demasiado espacio o interfiera con los cables. En las entrevistas efectuadas a los habitantes del barrio (22), fue casi unánime la predilección por lo árboles pequeños y podados. “Los árboles tienen que ser pequeños y con flores, como ese” (un calistemo rojo en la esquina de las calles Madrid y Lugo) señalaba una señora, habitante de la zona nororiental del barrio y que trabaja en la calle Madrid. El árbol tenía signos de haber sido desmochado<sup>29</sup> por este motivo mantiene un tamaño inferior al natural para su edad y su especie (ver fotografía 3.2.3). “Los árboles más bonitos son los redondos con flores” compartía un habitante del sector, mientras me contaba que “la mejor forma de tratar a los árboles es podándolos”, y esto último compartía una mujer joven que trabaja en el barrio en un comercio: “un signo de buen trato es que el árbol esté bien podado”, aclarando que “bien podado” se refería a la intensidad de la poda, mas no a que si ésta ha sido una poda técnica o no.

---

29 Desmoche: Es una mala práctica usada para “controlar” el tamaño de los árboles. Implica cortes indiscriminados de tallos y ramas dejando solo tocones largos. (Polo Abad 2016)



**Fotografía 3.2.3.** Calistemo rojo podado radicalmente.  
Fuente: Trabajo de campo 2017

De alguna forma, esta estética se refuerza con la predilección por el arupo, árbol de talla pequeña, copa mediana y estratificada, que fue la respuesta más común al hacer la pregunta de qué árbol desearían que se sembrara en las veredas. Otra evidencia que sustenta esta hipótesis es el hecho de que a partir de la siembra de árboles en el barrio en los últimos dos años, muchos de los árboles jóvenes sembrados ya han sido intervenidos para detener su crecimiento y en muchos casos darles una forma geométrica poco natural.

En Quito, como contraste al fenómeno de las élites que se ubicaron en áreas suburbanas para establecer urbanizaciones tipo *ciudad jardín*, las clases menos privilegiadas se asentaron de manera informal o como en el caso del Comité del Pueblo, formalmente, pero a través de largas luchas por el derecho a ocupar un espacio en la ciudad, en el cinturón periférico de la ciudad, ocupando zonas que podrían considerarse campo. Estas áreas tenían árboles, pero poco a poco fueron eliminados y al planificarse los barrios nunca fueron incluidos, al menos en las veredas. Recordemos que los árboles se convirtieron en Quito en un símbolo de las clases altas, de segregación, y en el proceso de planificación y establecimiento de barrios como el Comité del Pueblo, se veía a la “arquitectura como al diseño de belleza y funcionalidad, embebida en una óptica burguesa, limitada por la forma, sin entender su contenido” (Testori 2016), paradigma contrario a las proclamas sociales de los planificadores

y mentalizadores de los barrios populares en Quito, y en este rechazo de lo burgués, no podían incluirse estos elementos que además no contribuían a las proclamas políticas subyacentes y al utilitarismo planteado en el proyecto original. Así, no se proyectan espacios verdes, ni árboles en parterres o veredas. Tampoco se proyecta un ancho de vías pensando en que las dinámicas del barrio cambiarán con el tiempo, lo que también impide, que bajo el modelo de siembra –antitécnico- de las décadas de los ochenta y noventa del siglo XX, se siembre árboles. Por el cambio de dinámicas del barrio y el apareamiento del vehículo particular entre las necesidades de sus habitantes, los espacios para la movilización a pie y las pocas zonas potencialmente utilizables para la siembra de árboles, fueron ocupados por las vías para automóviles, donde, dada la historia de sus calles y los estándares urbanísticos de Quito - 3,65 metros de ancho de carril, siendo precedentes al ancho de aceras<sup>30</sup>-, no existe el espacio suficiente para la apropiada siembra de árboles en las veredas. En este escenario, el imaginario del árbol de la vereda en el barrio tiene que ver eminentemente con proyecciones que tienen como referente otros lugares. Aquí, a diferencia de La Floresta, no hay árboles *in situ*, que permitan la interpretación en la etapa de la expresión material de los imaginarios. De todas maneras las entrevistas dieron un esquema claro del que sería el árbol ideal en el barrio. Como mencionaba en el capítulo anterior, al no existir referentes en el barrio o en la ciudad de otras opciones arquitectónicas que en casos de escaso ancho de vía, permitan la coexistencia de árboles y otros actores urbanos, la gente preferiría que los árboles se colocaran en lugares distintos a la vereda (por ejemplo parques y parterres), pero en respuesta al árbol ideal, también, como en La Floresta, se manifiesta una estética particular: “los árboles deben ser pequeños y bien podados”, “con flores, aunque las flores ensucian mucho cuando se secan” y “hay que mantenerles bien podados porque si no las hojas ensucian la calle”. En este caso el tamaño y la poda tienen una relación más que con la estética, con la limpieza del barrio o en otro caso con la circulación en las veredas: “los árboles no deberían estar en las veredas, pero si están tienen que ser pequeños porque estorban al paso (de los peatones)”

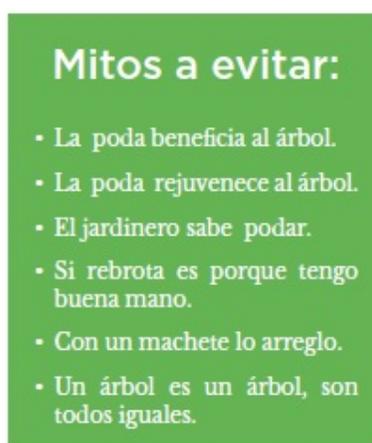
Si tomamos como referencia el estudio Fraser y Kenney (2000), donde se rastrea el pasado cultural de un grupo objetivo para determinar su percepción sobre los árboles de vereda, tenemos que acá, contrario a la experiencia con la comunidad inglesa en Canadá, parte de ese estudio, y similar a la comunidad china y mediterránea, la relación histórica de la ciudad con sus árboles ha determinado esta estética particular, pero sin dejar de lado del análisis el hecho

---

<sup>30</sup> Ordenanza 3746: Normas de Arquitectura y Urbanismo. DMQ

de que esta preferencia puede ser afectada por otras variables. En el caso de los barrios de estudio y de la ciudad en general, como se desprende de las declaraciones de Francisco Panchi<sup>31</sup>, jefe de escuadra de podadores del Municipio de Quito, una de esas variables es el sentimiento de inseguridad: “El primer conflicto es que tienen miedo que un árbol grande esté cerca de ellos y contratan gente para que les macheteen” esto tiene como resultado el árbol “bolita”. Como respuesta de supervivencia del árbol, éste empieza a producir pequeñas ramas, hojas y flores, lo que a su vez a la gente le parece “muy bonito”, según el jefe de podadores de la ciudad.

**Figura 3.2.4.** Recomendaciones en el Manual Técnico de Arbolado Urbano de Quito



Fuente: Jorge Polo Abad 2016

De lo que se puede concluir a partir de esta investigación, en los barrios La Floresta y Comité del Pueblo se ha optado, al menos en los espacios públicos, por el árbol pequeño, con flores, podados intensivamente y que no cubran toda la calle. Aunque es un riesgo deducir con precisión inequívoca el origen de tal predilección, desde el punto de vista de la formación de imaginarios y como hemos visto, de la formación del entendimiento de ciudad y de su relación con el higienismo, el ornato y las aspiraciones de las élites que dieron forma a la ciudad, esta estética que se busca en los árboles de vereda tiene relación, primero con la herencia de jardinería francesa, geométrica, sumamente intervenida que se transfirió a través de la “aristocracia” quiteña y su anhelo, y traducción de lo que debía ser la ciudad moderna, limpia y ordenada; por otro lado, esto último, que se ha generalizado en el imaginario de la

<sup>31</sup> Entrevista realizada por el autor. Mayo 2017

gente,- recordemos que en el *Quito imaginado* lo que al quiteño más le disgusta de su ciudad es la basura- y el árbol de la vereda aparece como una contraposición a esta idea, como un extraño en la ciudad, recién a mediados del siglo XX. Este nuevo elemento urbano crea fricción con esa idea de orden, a menos, por su puesto, que tenga un tamaño controlable y que sus flores contribuyan a la estética de la ciudad. El árbol de porte natural se convierte en fuente de basura, de desorden, sus hojas no son consideradas un elemento biodegradable, o un elemento accesorio al beneficio que los árboles de porte natural pueden aportar a la vida ciudadana, son considerados elementos peligrosos “donde la gente se puede resbalar” o entrar a la misma categoría de desechos plásticos y otro tipo de basura desechada en la urbe y que termina en las calles.

### **3.3 Los árboles en el imaginario de La Floresta y El Comité del Pueblo**

Para que el árbol urbano aporte todos los beneficios ambientales, psicológicos, sociales, políticos, económicos y paisajísticos que de él se esperan, debe ser seguro, saludable y bello (arquitectónicamente completo). La podacirugía debe estar orientada exclusivamente a fortalecer estas características.  
(Polo Abad 2016b)

Los imaginarios nos permiten rastrear y examinar posiciones y relaciones intersubjetivas y ecológicas, incorporan objetos que van construyendo archivos que, más allá de almacenar cosas tangibles, van almacenando experiencias estéticas y valoraciones simbólicas. Dichos archivos sirven para jerarquizar y valorar culturalmente los objetos y sus imaginarios. Del valor experiencial de los árboles urbanos deviene la experiencia estética y en términos de la relación simbólico-imaginaria de las personas con el ambiente también se desprende la estética de la ecología, que en las urbes, hábitat humano moderno se va conformando por la interacción entre territorio, territorialidad y el entorno natural -espíritu del lugar-. El paisaje es también la configuración espacial de zonas verdes y las interacciones que la población establece con éstas, en términos de identificación, uso y significación.

En este capítulo propongo evaluar esos imaginarios en contraposición con lo que en la introducción y en el estado de la cuestión describo como beneficios de los árboles urbanos. Así, comparo algunas categorías del debate actual sobre los árboles en veredas con los imaginarios definidos a través de los hallazgos de la investigación.

Como vemos sobre todo en las coincidencias de barrios tan dispares, en el proceso de formación de los imaginarios alrededor de los árboles urbanos, la historia, sus influencias y sus procesos de urbanización se convirtieron en los elementos formadores y conformadores de una marca psíquica; además de haber configurado el paisaje que se convirtió en el medio de interpretación; el significado de tales configuraciones y su expresión pragmática. En el caso de los barrios estudiados, el valor y prioridad que se les ha dado en la vida de ciudad. Las jerarquías y valoraciones culturales se pueden describir en relación a este espacio civilizado que deber ser la ciudad –en el imaginario de la gente- y que se contrapone con los árboles de porte natural, es así que la preferencia de las personas cuando se imagina a la interacción de los árboles con la infraestructura urbana es la de dar prioridad a los elementos que reflejan, a su parecer, los elementos de una ciudad moderna: los cables de tendido eléctrico, los de servicios de internet y similares; la de los estacionamientos y la calzada.

En contraste con otras ciudades del mundo y en los términos descritos en el estado de la cuestión, en los barrios investigados, los dueños de negocios, ya sean comerciales o de servicios, como restaurantes, no tienen la sensación de que la presencia de árboles es un beneficio para sus negocios, en el sentido de atraer más clientes o para los propietarios de los predios, el de aumentar la plusvalía. Lo que se percibe es que de alguna manera el árbol ensucia la vista de la fachada, además de bloquear la información del negocio; de la misma forma que las casas desocupadas en la Floresta son “limpiadas” por sus dueños, mochando árboles y cortando enredaderas, para ser más atractivas a los potenciales clientes, o las empresas de vallas publicitarias mochan árboles que a su parecer bloquean la vista de posibles clientes.

Siendo los árboles el reflejo de los fantasmas urbanos encarnados en los espejos y espejismos, en la ciudad del orden que no es, en la ciudad limpia que no es, mucho más allá de los árboles, y que convierten al árbol amansado, domesticado, en un ritual ciudadano. Son también el producto de la inevitable representación, la facultad de simbolización de la cual emergen continuamente todos los miedos, todas las esperanzas y sus frutos culturales, y en el

caso de los barrios en los que hay mayor percepción de inseguridad son los elementos desde los que se emana ese miedo. También desde el lado positivo, son un símbolo de esperanza para los barrios con menos arbolado urbano, todos los entrevistados, sin excepción, quieren una ciudad más verde, aunque la configuración actual de sus barrios no permite ver la posibilidad de que ese verdor provenga de árboles en la vereda, recordando que en el proceso de experiencia de la representación gráfico visual, es decir en la formación de imaginarios sociales, las imágenes se forman a partir de una percepción que se transforma en representación y si el barrio tanto físicamente, como social y económicamente han propuesto, por fuerzas ajenas a los individuos, un marco de representación que excluye al árbol, como en el caso del Comité del Pueblo, difícilmente, sin ayudas externas a ese hábitat creado por la necesidad, se incluirá desde el ciudadano al árbol de la vereda en el imaginario de la ciudad.

Es también en esta dinámica del temor al árbol y a la percepción de que la ciudad es la civilización, la limpieza, y el árbol fuente de suciedad, en la que se generan conflictos entre planificador y ciudadano, como en la propuesta de plantar árboles en la vereda de la vía principal del Comité del Pueblo, vía llena de negocios de todo tipo y como claramente se determinó en las entrevistas, los árboles no son deseados por la idea de que dañan veredas y tapan carteles, además de proyectar, en el imaginario de la gente la idea de la ciudad desordenada. En este sentido, el árbol tiene una valoración simbólica distinta a los otros elementos de infraestructura urbana, al no representar, en la mente del quiteño, a la ciudad moderna, productiva, de flujos veloces que se requiere ya sea en la ciudad globalizada –La Floresta- o en la necesidad económica –El Comité del Pueblo-, porque en una vereda llena de obstáculos como postes, gradas y entradas vehiculares, en las que sería imposible transitar en silla de ruedas, por ejemplo, la gente siente que el árbol sería el mayor obstáculo para la circulación. En las vías principales, muy comerciales, los entrevistados no tuvieron una reacción favorable a los árboles, creen que los árboles dan aspecto de una acera sucia, además de bloquear los anuncios de sus negocios. En estas zonas comerciales, si tuvieran la oportunidad de elegir la siembra de árboles en la vereda, no sería bien visto por los dueños de negocios, aunque cabe mencionar que la Av. Jorge Garcés tiene un parterre arbolado que se extiende por toda su longitud; igualmente en la Av. La Bota, que no tiene árboles, los entrevistados siempre dieron preferencia a un posible parterre arbolado por sobre la posibilidad de árboles directamente en la vereda frente a sus predios.

En la relación entre el árbol de vereda y ciudadano, es importante la forma en que se evalúa su interacción en términos de escala: “a pesar de que los fenómenos del ser humano y del medio ambiente se dan en varias escalas”, los seres humanos entienden su entorno a través del “reino de lo perceptible”, que es la escala particular en la que éstos interpretan el paisaje que los rodea; las interacciones dentro de este reino de lo perceptible enfatizan las experiencias estéticas, que a su vez afectarán a la gente y a los paisajes; todo lo anterior bajo la premisa de que los diferentes tipos de paisaje y los efectos de distintas actividades personales o sociales afectarán la experiencia estética sobre estos paisajes. En este escenario, algunos estímulos estéticos pueden devenir en sensaciones de “belleza paisajística tradicional”, mientras otras pueden evocar o despertar la necesidad de cuidado, apego y el desarrollo de una identidad – social-. La estética del árbol tiene mucho que ver con su capacidad de proporcionar servicios ambientales, su tamaño general y la cobertura de su follaje –el dosel- determinarán su capacidad para absorber agua lluvia y de escorrentía, de filtrar el aire que respiramos en la ciudad y de contrarrestar la isla de calor que generan las ciudades llenas de asfalto, entre otras. En varios estudios detallados anteriormente podemos ver que el árbol de forma y porte natural, aquel que tiene mayor potencial de beneficios en la ciudad, es apreciado desde el lado experiencial, como del utilitario, por las capacidades descritas anteriormente, pero también por contribuir a la biodiversidad, a la cohesión social, a la conexión de áreas verdes y a la isla de calor.

En el caso de los barrios investigados, los árboles imaginados por la gran mayoría de entrevistados, fueron árboles pequeños o medianos, podados intensamente para mantener su influencia a raya y que tengan flores. En este sentido, muchos de los entrevistados, habitantes de La Floresta, incluida la dirigencia del barrio, nombraron al arupo<sup>32</sup> como el árbol que quisieran sembrar en las aceras, justamente por su tamaño pequeño<sup>33</sup> y por sus flores rosadas que cubren toda la copa en el momento de su apogeo. Esta estética del orden y el control, es la que se contrapone con la razón de ser del árbol urbano en términos de proporcionar su potencial de servicio en un ecosistema urbano en particular, dado que lo aleja de su forma natural, no solo en términos individuales, sino también como parte de un conglomerado arbóreo que evite el monocultivo, aumente la cobertura del dosel y proporcione protección tanto a los seres humanos como a otras especies animales y vegetales en la ciudad.

---

<sup>32</sup> También el arupo fue mencionado por el jefe de un equipo de podadores del Municipio de Quito como el árbol que más le pedían los ciudadanos cuando estaba trabajando en el arbolado urbano.

<sup>33</sup> Tamaño pequeño según los Manuales Técnicos de Arbolado Urbano (Polo Abad 2016).

El árbol de la vereda en el imaginario urbano, sería un árbol pequeño, con flores, que no entre en conflicto con la infraestructura, con formas geométricas a cargo del dueño del predio cuando está bajo control e intervenido por el Municipio cuando se salga de control. En este simbolismo se puede rastrear la idea que se tiene de la vereda en la ciudad, qué territorio es el que pisamos cuando circulamos por la vereda en la que está sembrado el árbol. De las entrevistas se puede inducir que la sensación es que los dueños de los predios, de los negocios o las vallas publicitarias, son a su vez dueños de los árboles en su frente, los árboles, como las veredas no son públicos, no son de todos, en el mejor de los casos son de los ocupantes de los terrenos o edificaciones y si no hay dueños pues no son de nadie. No son entendidos como un sistema urbano –red verde urbana-, son entendidos como individuos y en esa medida es evaluado su valor, perdiendo la capacidad de ser apreciados como un todo, de ser apreciados en su completa interacción entre ellos, con otras especies y seres vivos, con la sociedad y con la ciudad en su conjunto

En el Comité del Pueblo es mucho menor la presencia de árboles en la vereda, por lo que se puede interpretar que de alguna manera esta imagen de árbol podado representa al buen árbol, al amigable en la ciudad. Consecuencia de esto, se puede inferir, es que en este sector de la ciudad también, si se pudiera elegir, la gente elegiría especies pequeñas, o en su defecto las preferiría permanentemente podadas para que mantengan esa condición de árboles pequeños, en parte porque árboles más grandes son entendidos como más peligrosos o incómodos.

El asunto de los árboles urbanos y su lugar en el imaginario de los ciudadanos se vuelve complejo en la medida en la que son los receptores y proyectores de un sinfín de dinámicas y procesos urbanos, y accesorios a variadas apreciaciones y precepciones de la vida en la ciudad, de sus beneficios y sus conflictos. En La Floresta, un barrio con fuerte organización ciudadana y que tiene un “Comité pro-mejoras”, con personería jurídica y con apalancamiento de negociación con el Municipio, incluso a través de una ordenanza, la No. 135, “Plan Especial del Sector La Floresta”, y donde uno de sus ejes de planificación es “el ecológico”<sup>34</sup>, que consiste, entre otras cosas, en recuperar la vocación de “barrio verde” derivada de su época de ciudadela, de ciudad jardín, de cuando el barrio fue planificado en 1917; su gente tiene una idea ambigua del espacio público y, en este caso específico, del de las aceras y

---

<sup>34</sup> Entrevista a Rocío Bastidas, Presidenta del Comité Pro-Mejoras del Barrio La Floresta. Mayo de 2017

parterres. Y aunque en general para la mayoría de las personas un barrio urbano ideal debería tener fuerte presencia de árboles, en las reuniones e intercambios entre el comité pro-mejoras y los residentes y habitantes del barrio, ha habido gente que rechaza la siembra y mantenimiento de los árboles en las veredas y en los jardines contiguos, sobre todo por la idea de que los árboles ensucian la ciudad y dañan las veredas<sup>35</sup>.

En el caso del Comité del Pueblo, se hace evidente la relación entre la estructura física de sus calles y aceras con el imaginario que se ha desarrollado en torno a los árboles. La gente no se imagina la posibilidad de modificar la infraestructura vial, como se encuentra actualmente, para dar cabida a más árboles. En el “barrio ideal” imaginado por los entrevistados –igual que en el caso de La Floresta- siempre mencionan las áreas verdes y los árboles como una necesidad, pero en este caso preferiblemente por fuera de las aceras, además de que “haya pocos” para que no “parezca parque”, que estén a suficiente distancia entre ellos para que no hagan “demasiada sombra” o tapen la visibilidad. “Si, los árboles son buenos, son bonitos, pero no en las veredas”, “yo pusiera más árboles pero en los parques” respondía una ciudadana en la avenida La Bota. Otra persona respondía que “[le] gustaría un barrio sin tráfico, con muchos árboles grandes como el eucalipto” solo para recordar minutos después los problemas que cree que acarrearán, y cambiar de opinión: “no me gustaría muchos árboles en mi barrio porque hacen mucha basura, botan mucho escombros”. Y este es otro tema fundamental en el imaginario urbano alrededor de los árboles y que tiene una fuerte asociación con el espacio público, la responsabilidad como vecino y el contexto de costo beneficio de los árboles.

Cabe anotar que no solamente en ambos barrios investigados salió a la superficie el tema de que las hojas son basura y que son una molestia, sino también en la experiencia de Francisco Panchi, jefe de escuadra de podadores: “La gente se queja de que los árboles ensucian, tapan los sumideros; le hacen fea a la ciudad, sucia”, mientras que me cuenta el esfuerzo para convencer a los vecinos que el esfuerzo que requiere limpiar una vereda no es nada comparado con todos los beneficios que nos da el árbol de vereda. Y esto tiene que ver con la apropiación del espacio público, la idea de ciudad higienizada y la voluntad de cooperación en el entorno urbano entre vecinos.

---

<sup>35</sup> Entrevista a Rocío Bastidas, Presidenta del Comité Pro-Mejoras del Barrio La Floresta. Mayo de 2017

En este tema , el de apropiación del espacio público – en el sentido del disfrute, no de la acaparación para uso privado- no hay una idea clara de a quién “pertenecen” las veredas y por derivación, los árboles que están en ellas, quién debería encargarse de su cuidado y cómo hacerlo, evidencia de esto no solo es el hecho de que en los barrios hay árboles a los que se les ha permitido crecer naturalmente sino también los que han sido podados por los frentistas y los que han sido intervenidos antitécnicamente por la EEQ y técnicamente por el municipio; además de la casi unánime respuesta de que todos deberían intervenir en el cuidado de los árboles de la acera: Municipio, cada ocupante del predio frente a los árboles y la comunidad como un conjunto (a nivel barrial).

En el imaginario también se desarrollan conflictos, más allá de las estadísticas. Cuando hablamos de la relación, en el imaginario, entre árboles e inseguridad. Se puede encontrar una proyección de los lugares en los que hay árboles, como parques y quebradas, en los que la gente siente que hay inseguridad y traslada ese sentimiento al arbolado de aceras y parterres. Casi ningún entrevistado pudo recordar un problema de robo o asalto derivado de la presencia de los árboles en las veredas, pero muchos recordaron noticias o rumores sobre asaltantes y delincuentes escondidos en los árboles de los parques y quebradas, y estos miedos se trasladan a los árboles de las calles, generando miedo de que suceda en contextos por fuera de los probados materialmente. También en este aspecto se mencionó el hecho de que los árboles tapan la luz de los postes de alumbrado público, haciendo las calles más peligrosas.

El peligro o conflicto asociado con los árboles, descrito en El Comité del Pueblo, tiene que ver con “las noticias” de árboles caídos en el invierno por las lluvias y el verano por los vientos; así como el hecho de que un árbol más grande produce más hojas y además tiene más posibilidades de romper las veredas, interrumpir el paso de los peatones y oculta delincuentes. Muchas de estas respuestas, se deduce, vienen del hecho de que la configuración del barrio, con aceras muy estrechas y casas y predios que tienen su parte habitable cerca de la calzada<sup>36</sup>, no proporcionan el espacio suficiente para la cohabitabilidad entre transeúntes y árboles.

Como mencionaba anteriormente, el árbol también es el reflejo de la ciudad y sus relaciones y en este sentido aunque no hay conocimiento de que el trato del árbol en la ciudad debe ser técnico, en el imaginario de la gente está impregnada la falta de planificación. La gente

---

<sup>36</sup> No hay retiro con respecto a la vereda y al tener veredas estrechas las ventanas y puertas de los predios están, muchas veces, muy cerca de la calle

imagina que las especies no fueron elegidas adecuadamente y que los lugares y la manera en la que fueron plantados no fue la adecuada. Esto se deduce por varias declaraciones haciendo hincapié en el tamaño y especie del árbol que rompe la vereda o el lugar en el que se ha plantado que impide la visibilidad al cruzar la calle, está muy cerca de una esquina o tapa un semáforo. También es ejemplo de esto la manera en que los árboles de la zona nororiental del barrio La Floresta, que fueron sembrados en la administración 2000-2009, y que no tienen el espacio suficiente para desarrollarse en la acera, aunque dada la especie y la tipología de la vereda no han causado muchos daños a la infraestructura urbana, en este caso el perjudicado será el árbol en el futuro porque el tronco se encontrará con el cemento/hormigón y porque la disponibilidad de agua se reducirá por la cantidad de área expuesta para la filtración de esta.

A pesar de las diferencias estructurales entre los dos barrios, hay muchas coincidencias en términos de la percepción de los árboles. En los beneficios anotados por la gente siempre está el de la purificación del aire, y en los problemas está el de considerar a las hojas como basura, el de ser un obstáculo en las veredas y el de dañarlas. Como mencionaba en la descripción del barrio, sus aceras son poco amigables con el peatón por ser estrechas y estar llenas de obstáculos como gradas, postes de alumbrado público, entradas a garajes, partes faltantes, a pesar de esto la gente no menciona lo descrito anteriormente como un problema para la circulación, pero se imagina a los árboles como causantes del conflicto actual y potencial con los peatones

Por otro lado, si nos ubicamos en el conflicto entre lo técnico y el día a día de la relación entre los habitantes de la ciudad y los árboles de las calles, podemos observar que la presencia de los árboles para que eviten los conflictos mencionados, requieren no solo de una aproximación teórica-multidisciplinar, sino en territorio, la articulación de varias instancias operativas y administrativas a nivel estatal y a nivel ciudadano, de una planificación, un mantenimiento, un trato, cuidado y una educación específica para afrontar el tema del arbolado urbano. En este sentido y aunque se ha hecho el esfuerzo por parte de las autoridades en la difusión de las ordenanzas relacionadas con los árboles nadie ha escuchado de campañas o de los manuales para el cuidado del árbol urbano.

En conclusión, el árbol imaginado se aleja de su forma natural y se contrapone con la idea de ciudad moderna. Este imaginario se desarrolla tanto por las ideas arraigadas sobre lo que debería ser una ciudad, pero también por la manera en la que se ha desarrollado la poca

infraestructura verde relacionada con los árboles en calles y avenidas, generando conflicto con la gente y con la infraestructura gris. Los agentes encargados de desarrollarla, no lo hicieron técnicamente, sino hasta hace pocos años; y la ocupación espacial de los barrios, sumadas a las dinámicas actuales en términos de percepción de seguridad, espacio público, y actividades económicas han generado ciertos conflictos, al mismo tiempo que han perfilado un árbol, en el imaginario, que limita sus capacidades como agente de resiliencia ambiental. Hay que tomar en cuenta, sin embargo, que a pesar de que el tipo de árbol imaginado no es el ideal en términos “técnicos”, el habitante de la ciudad está abierto a aceptar la convivencia con éste y entiende en gran medida sus beneficios y su potencial para aportar a la salud y sostenibilidad de la ciudad moderna.

## Conclusiones

La complejidad del estudio de los imaginarios yace en la multidimensionalidad de los estímulos que los esculpen en las sociedades urbanas, la historia, la arquitectura, las luchas por el espacio, la economía, las relaciones de poder, y todo lo que se deriva de lo anterior: el culto al automóvil, la segregación, la velocidad con la que se vive en la ciudad, la seguridad/inseguridad, la salud, las luchas urbanas: por el territorio, por el derecho a la ciudad; las dinámicas que esculpen la forma urbana y sus efectos materiales y percibidos en la vida de los ciudadanos. Las personas van dando forma a sus deseos y aspiraciones a partir de estos estímulos y en el caso de Quito y sus árboles, empiezan por su historia y en el proceso urbano subyacente.

Este trabajo nació con la intención de hacer un trabajo exploratorio de la situación del arbolado urbano de Quito, desde el punto de vista social. Uno de los objetivos de su concepción fue tomar una fotografía del estado actual de las cosas, para poder dar cabida a investigaciones futuras, que tomen ésta como un punto de partida. A medida que se desarrolló este trabajo de investigación nuevos conceptos fueron adhiriéndose tanto al bagaje teórico, como a la posibilidad de llegar a los territorios y a los sujetos de investigación de la manera en la que fue planificada. Este abanico inesperado de corrientes y posibilidades sacó a flote las limitaciones de tiempo y recursos disponibles para lo que finalmente sería la investigación de campo y los resultados de la presente tesis. Como he reiterado, una de los principales descubrimientos fue la complejidad de las relaciones que terminan teniendo como resultado el estado de los árboles, que trascienden en sí mismos a las percepciones de los habitantes de la ciudad y sus imaginarios y en este sentido, se entiende que determinar taxativamente la fuente de ciertas acciones sobre el arbolado urbano se vuelve una tarea que sobrepasa las posibilidades de un trabajo como el presente; sin embargo, el valor subyacente de una investigación como esta es la de proponer nuevas vías para entender las relaciones de los ciudadanos con distintos elementos de la vida en la ciudad y de los procesos de aceptación y formación de estas relaciones. Tal vez, el haber canalizado o enfocado la investigación en los procesos urbanos en sí mismos y su relación con la manera en la que la modernidad afectó la conformación de la ciudad de Quito y la presencia de árboles en la vereda, hubiera permitido profundizar en la formación de los imaginarios; de la misma manera en la que una aproximación histórica a la silvicultura urbana, a la arboricultura y a los árboles urbanos en el mundo y de manera particular en Quito, podría develar otras aristas de este tema. Pero creo

que es tarea de los Estudios Urbanos abrirse a enfoques multidisciplinarios y a equipos diversos para justamente tratar de entender la infinidad de capas subyacentes en las dinámicas urbanas. En mayor o menor medida este trabajo intenta contribuir a partir de la apertura de ese espectro e intentar aproximaciones novedosas al estudio de las ciudades. Es interesante descubrir que la existencia de una pared o la ausencia de un basurero, tendrán efectos sobre la existencia de los árboles en la ciudad.

En Quito la presencia de árboles en la vereda tuvo una historia muy distinta a la de otras ciudades, su implantación en el tejido urbano se da de manera menos orgánica, en el sentido de no haber cumplido una función social, ni de haber proyectado la imagen idílica del campo tan necesaria en una ciudad industrial europea del siglo XIX, su presencia se da más bien por la imitación del urbanismo europeo y norteamericano y nunca llega como una necesidad de la gente. En muchos casos, en las luchas por el espacio, el árbol ha quedado impregnado en la mente de la gente como un enemigo más, las necesidades económicas en unos casos y de velocidad de flujo en otros, los han dejado en segundo plano. Recordemos que incluso en ciudades con mayor vocación de plantación de árboles, la disciplina de la arboricultura recién se desarrolló a mediados del siglo XX y los estudios de silvicultura, biología urbana, economía, paisajismo y otras empezaron hace relativamente poco tiempo a estudiar y reconocer nuevos beneficios de los árboles, que vayan más allá de la purificación del aire y de la estética/arquitectura y el paisajismo. Esto convierte al establecimiento de políticas, proyectos y en último término, de un cambio de percepción de sus habitantes con respecto a los árboles de la vereda, como un reto, al mismo tiempo que debería ser una prioridad. Por lo tanto es un trabajo en progreso el replantear al árbol urbano en el imaginario de los habitantes de Quito.

Por otro lado la descripción de la historia del arbolado en otras ciudades no tuvo el objetivo de posicionarse como un juicio de valor sobre lo que pasa en Quito, sino más bien fue un esfuerzo por encontrar y caracterizar los procesos y los orígenes del urbanismo y las ideas de los árboles urbanos, que en el contexto de la adaptación a la modernidad de la capital ecuatoriana, podrían haber influenciado en la motivación para que fueran sembrados inicialmente. De hecho este ejercicio devela parte del imaginario que se forma, conjuntamente con las ideas de higienismo y ornato de Kingman, en torno a los árboles en Quito y al mismo tiempo saca a la luz cómo desde la misma planificación y administración de la ciudad nunca se articuló una política de arbolado en la vereda y el porqué es tan poco común encontrar

menciones de visiones integrales sobre el arbolado en la vereda en la historia de la planificación de la ciudad. Si tomamos como referencia todos los esfuerzos por fortalecer la presencia de árboles en las calles de nuestra ciudad, justamente porque son los que mayor interacción tienen con los ciudadanos, además que cumplen funciones que no pueden cumplir los parques y otras áreas verdes, desde un punto de vista de ventaja comparativa, se vuelve necesario que las autoridades y la sociedad construyan una idea más compleja del arbolado en parterres y veredas, y se lo integre, ya no como un accesorio a otros proyectos, sino debe ser considerado como parte integral e inamovible de cualquier proyecto de sostenibilidad, de resiliencia y de desarrollo de la red verde, de la infraestructura verde y del mejoramiento de la calidad de vida en la ciudad.

El esfuerzo metodológico se construyó con el diálogo entre el análisis de la historia y la cultura en los barrios; de su contraste de las respuestas recibidas y lo observado en territorio; bajo la premisa de que esta construcción está transversalmente atravesada por la teoría de los imaginarios, de su formación y expresión material. A partir de ello se pudo identificar similitudes en la apreciación de lo que son los árboles en los dos barrios de estudio. Esa transversalidad del imaginario, creado en base a historias y estímulos externos, determina la idea del árbol que debe ser inocuo en términos de su coexistencia con la infraestructura gris. Su existencia, en el imaginario de la gente, debe, en general, estar subordinada a la idea de modernidad y el vínculo de esta con los servicios prestados por la infraestructura gris. Y a pesar de que su presencia sea apoyada por la mayoría de la gente, el árbol imaginado por los habitantes de los barrios de estudio no puede entregar todo su potencial, justamente porque al preferirse un árbol pequeño, de formas intensamente intervenidas y supeditado al cemento, los cables, los autos y a la imposición de necesidades particulares –como el bloqueo de vallas publicitarias-; sus capacidades de otorgar beneficios tanto físicos, como sociales, se ve duramente limitada.

El estado de los árboles en la actualidad y las acciones de los ciudadano para darles forma, incluso ignorando regulaciones y ordenanzas que los limitan, también dan forma a las relaciones con el espacio público y la dicotomía que se forma en el trato a la infraestructura gris y a la verde. La primera generando respeto, admiración y expectativa, mientras la segunda crea una relación de poder en la que el árbol es la víctima de ese desequilibrio.

Por otro lado, cuando me refiero a la estética a través de todo el trabajo, se debe entender como un concepto accesorio, en el sentido en el que simplifica la interpretación tanto de lo que se ha estudiado de los árboles en las ciudades, como para la interpretación de lo que los ciudadanos imaginan sobre los árboles en los barrios estudiados. El cómo esta estética representa teórica y formalmente una cierta capacidad de los árboles para contribuir a los ecosistemas urbanos, al mismo tiempo que definen de una forma más fácilmente interpretable el “tipo” de árbol que la gente proyecta en sus barrios.

Los elementos técnicos en torno a la biología y el manejo técnico del arbolado urbano, los cuales no han tenido un peso mayor en este estudio, han sido mencionados para generar debates sobre potenciales temas de investigación, como la selección de especies foráneas o el efecto de éstas en el ecosistema urbano y en el imaginario de la gente, porque es posible que la presencia de tantas especies australianas o asiáticas no sean mera coincidencia; o la manera en que nos referimos a ellas o pensamos en ellas como nativas cuando no lo son, cosa que puede tener importancia en los estudios urbanos a medida que la resiliencia y el cambio climático son temas que se vuelven de mayor importancia, de la misma forma que la sostenibilidad ambiental y la sustentabilidad de proyectos en el entorno urbano. Pero el tema de los árboles de vereda no solo se enmarca en cuestiones sociales, sino también abre la pauta para la investigación, por ejemplo, del potencial que tienen los árboles de proteger a los habitantes de la ciudad de la radiación solar ultravioleta, tema que recién en los últimos meses ha tomado notoriedad en la ciudad de Quito y en cuya discusión debe incluirse a los árboles de vereda.

Por el momento el lugar que ocupan los árboles urbanos en los barrios de la ciudad, es el de la ciudad misma, ahí donde hay inseguridad real o percibida los árboles son participantes activos de esta; allí donde se siente la ciudad sucia, los árboles son los que la ensucian; en la ciudad donde no hay veredas transitables ya sea por desniveles, por irrespeto a las líneas de fábrica, por los automóviles parqueada sobre estos, los árboles interrumpen al peatón. El árbol todavía es entendido como contrapeso a la idea de modernidad que se impuso en Quito en la primera mitad del siglo XX, todavía existen trazas de la herencia de la jardinería francesa que se quiso instaurar en aquella época –y anteriormente-, y en ese sentido se puede especular sobre el apego de los quiteños a los árboles pequeños y geométricos. Pero este imaginario ha sido acompañado por omisiones en la planificación y administración de la ciudad: el planteo de espacios, el manejo de conceptos de transporte público y vialidad, incluso la presencia o

ausencia de basureros en las calles afecta la percepción que tienen las personas sobre los árboles de vereda. El entendimiento de la vereda como espacio público, el mismo concepto de espacio público y de apropiación de este que derivan en el trato de los árboles por parte de los vecinos; los códigos de convivencia, los miedos, y el conocimiento que tienen los ciudadanos sobre los beneficios y problemas que trae el arbolado urbano.

## **Anexo I**

### **Entrevista semiestructurada**

Fecha:

Edad: \_\_\_\_\_

Sexo: M/F

Preguntas abiertas:

- 1.- ¿Cómo es su barrio ideal?
- 2.- ¿Qué piensa de los árboles en la ciudad?
- 3.- ¿Qué piensa de los árboles en las veredas?
- 4.- ¿Qué piensa de los árboles en parterres?
- 5.- ¿Qué piensa de los árboles en su barrio?
- 6.- ¿Identifica usted un árbol que debería ser protegido en su barrio?
- 7.- ¿Hay suficientes árboles en su barrio?
  - Si pudiera hablar con el municipio ¿Qué haría para tener más árboles en su barrio?
  - ¿Dónde los ubicaría?
- 8.- ¿Cuáles cree son los beneficios de los árboles urbanos?
- 9.- ¿Qué conflictos/problemas, cree usted que generan los árboles en la ciudad?
- 10.- ¿Cómo sería el árbol ideal, para usted, en su barrio? ¿Cómo se ve? ¿Dónde lo sembraría?
- 11.- ¿Cómo deberían mantenerse/cuidarse los árboles en la ciudad?
- 12.- ¿Cómo tratan los vecinos y caminantes a los árboles en su barrio?
- 13.- ¿Quién debería encargarse?
- 14.- ¿Qué opina usted de la forma que los jardineros tratan a los árboles?
- 15.- ¿Qué opina usted de la manera en la que los operarios municipales tratan los árboles?
- 16.- ¿Alguna vez ha recibido información sobre cómo tratar/mantener a un árbol por parte del Municipio o en alguna publicación?

## Anexo II: Metodología medida de área del parque Miravalle del barrio La Floresta.

Selección de área: Google Earth.

Cálculo de área en: <https://www.freemaptools.com/area-calculator.htm>

## Anexo III: Carta de respuesta Municipio a Comité Pro-mejoras La Floresta

Quito, 26 OCT. 2015

HR: SIN UEP-DAN 1699 SG 27 OCT 2015 3519

Doctora Rocio Bastidas G. Presidenta Comité Promejoras Barrio La Floresta Lérica E-13-67 y Lugo Teléfonos: 099 99929217 Presente

Asunto: Intervención en el arbolado público del Barrio La Floresta.

De mi consideración:

Acuso recibo del oficio ingresado a la EPMMOP con número TE-MAT-08424-15, donde solicita una explicación oficial sobre la forma de intervención que se aplicará al arbolado público del barrio La Floresta, a fin de prevenir el volcamiento de los árboles riesgosos. Al respecto, considero oportuno hacer una breve recapitulación sobre el proceso seguido en este caso, a saber:

**1. ANTECEDENTES**

A causa del volcamiento de un individuo de Acacia sp. el pasado mes de marzo, el Municipio de Quito inició un programa de valoración de todos los árboles de acacia ubicados en el barrio La Floresta para detectar aquellos que pudieran revestir riesgo de volcamiento y, por ende, peligro para la ciudadanía.

**1.1 Primera actuación**

Para el efecto, una delegación compuesta por técnicos de la Secretaría de Ambiente y la Dirección de Áreas Naturales de la Unidad de Espacio Público, hizo un primer recorrido técnico el día 4 de abril a lo largo del parterre de la Av. La Coruña. De esta visita se desprende que trece árboles presentan riesgo de volcamiento y deben ser retirados para proteger la seguridad de la ciudadanía.

Los trece ejemplares, todos de la especie acacia negra (*Acacia melanoxylon*), fueron debidamente identificados, fotografiados, registrados e incluidos en el informe técnico que señala las razones por las que se los considera riesgosos - pudrición del cuello y estructura, evidencia de formación de platos de vuelco, entre otras-. El informe en cuestión se adjunta al presente documento.

**1.2 Segunda actuación**

A raíz de esto, el Comité Pro Mejoras del barrio La Floresta, en respuesta al volcamiento y a las acciones tomadas la Dirección de Mantenimiento de la UEP, en apego al texto de la Ordenanza No. 282, solicitó formalmente, entre otros pedidos, que se socialicen los criterios de valoración usados por el equipo técnico municipal para establecer la peligrosidad de los árboles a retirar.

En reunión concertada con el Comité, la Secretaría de Ambiente, a través del Coordinador de Arbolado Urbano, Sr. Jorge Polo, explicó la metodología de valoración utilizada. El Comité, posteriormente, quedó a la espera de un recorrido que incluyera a sus representantes para visitar los árboles en riesgo.

**1.3 Tercera actuación**

La última actuación hasta la fecha en el marco de este programa, fue un recorrido de socialización con los representantes de la comunidad de La Floresta para visitar in situ los árboles que se retirarán y establecer conjuntamente las fases de intervención, a fin de causar el menor impacto posible en la imagen del barrio, y precautelando, al mismo tiempo, la seguridad ciudadana. El recorrido se realizó el 28 de abril de 2015 y contó con la presencia de técnicos de la Secretaría de Ambiente, de la Unidad de Espacio Público y del Proyecto Ciudades Caminables. La comunidad estuvo representada por el Biol. Andrés Vallejo y el Sr. Patricio Andrade. Se recorrió la Av. La Coruña, las calles Valladolid, Guipúzcoa, Lugo y Barcelona, donde se ubican los árboles riesgosos en el Barrio La Floresta.

Este recorrido, su desarrollo, conclusiones y recomendaciones se presentan a continuación, para responder a la inquietud manifestada por usted.

**2. JUSTIFICACIÓN**

El Municipio del Distrito Metropolitano de Quito busca la Participación Ciudadana para los proyectos de la ciudad. Uno de estos proyectos es la iniciativa "Ciudades Caminables", liderado por la Vicealcaldía, y que promueve unificar criterios respecto al tratamiento de las aceras en La Floresta.

Para no retroceder en lo avanzado con los vecinos del barrio La Floresta respecto a la apropiación del espacio público, se incluyó a los representantes del colectivo que apoya la propuesta, para socializar a través de ellos con todos los vecinos del barrio, el tratamiento que se aplicará a los árboles en riesgo de vuelco.

Es importante señalar que las intervenciones se realizarán en tres fases, de acuerdo con las condiciones de cada árbol en términos del riesgo que representa. Todo esto, con miras a afectar lo menos posible el entorno del barrio.

Los representantes del barrio, junto con los funcionarios municipales, realizaron el recorrido de cada ejemplar afectado, según el informe del recorrido del 4 de abril de 2015, ya mencionado. Se explicaron los argumentos técnicos por los que cada ejemplar debe ser retirado. Conjuntamente también, se acordó la urgencia de intervención, y se determinó dónde es posible y dónde no, reponer los árboles a retirar en el mismo lugar, dependiendo de la disponibilidad de franjas verdes en aceras y parterres.

**3. CONCLUSIONES (ACUERDOS ALCANZADOS)**

Las fases de intervención, según la Secretaría de Ambiente, autoridad ambiental para el Distrito Metropolitano de Quito, quedaron como se detalla a continuación:

**PRIORIDADES DE INTERVENCIÓN DE TALA EN ARBOLADO DEL BARRIO "LA FLORESTA"**

ÁRBOL	PRIORIDAD	OBSERVACIONES
1	2015	tala total
2	2016	tala total
3	2016	tala en dos intervenciones*
4	2015	tala total
5	2015	tala total
6	2017	tala total
7	2015	tala total
8	2016	tala en dos intervenciones*
9	2016	tala en dos intervenciones*
10	2015	tala total
11	2017	tala total
12	2015	tala total
13	2015	tala total

\*Las talas en dos intervenciones se refieren a la necesidad de realizar primeramente una poda de ablandamiento o una poda sanitaria en el año 2015, para mejorar inmediatamente el estado del árbol en cuestión, aunque su retiro definitivo se produce en años posteriores. Esta política tiene la finalidad de mantener los árboles tanto tiempo como sea posible, neutralizando su peligrosidad y mejorando su aspecto general.

Reposición de especímenes a talar:

De estos árboles, nueve ejemplares se repondrán en el mismo lugar de donde se retirarán. Los cinco restantes deben ser colocados en el parterre de la Av. La Coruña. Para efectos de la reposición, se plantarán trece unidades de aliso (*Alnus acuminata*) en parterre, especie nativa, sombra media, tasa de crecimiento rápido, de sistema radicular no invasivo y buena resistencia media al estrés hídrico y a la contaminación del aire.

Para reducir los efectos negativos del retiro de los árboles, se plantarán todos los sustitutos en noviembre de este año, a fin de tener individuos acimatados, prendidos y ya en desarrollo cuando se produzcan las talas de la segunda y tercera fases.

**4. RECOMENDACIONES**

Es preciso, en cualquier caso, diseñar una campaña de información general a la comunidad, previa cualquier intervención.

Atentamente,

Arq. Carla Arellano Granzo  
GERENTE UNIDAD DE ESPACIO PÚBLICO

	NOMBRE	FECHA	SUMILLA
Elaborado por:	Arq. Adriana Lopez Camero, MSc.	2015-10-23	
Revisado por:	Andrés Baquero, MSc.	2015-10-23	
Aprobado por:	Sofía Pineda Chavez, MSc.	2015-10-23	

Adjunto: Informe de Valoración Visual de Arbolado del 4 de Abril de 2015

## Lista de referencias

- Aguirre, Milagros, Fernando Carrión, y Eduardo Kingman. 2005. *Quito imaginado*. Bogotá: Aguilar, Altea, Tarurus, Alfaguara.
- Andrade Marín, Luciano. 2003. *La lagartija que abrió la calle Mejía*. Quito: Trama.
- Beck, Ulrich. 1998. *La sociedad del riesgo: Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Berman, Marshall. 2011. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México: Siglo XXI.
- Bloom, David, y Tarun Khanna. 2007. "The Urban Revolution." *Finance and Development*: 8-14.
- Burden, David. 2008. «Benefits of Urban Street Trees." *Urban Forest Ecosystems Institute Discussion Paper*. <http://www.ufe.org/files/pubs/22BenefitsofUrbanStreetTrees.pdf>.
- Bicycle Federation of America. 1998. *Creating Walkable Communities*. Kansas City: Mid-American Regional Council.
- Carrión, Fernando, y Jaime Erazo-Espinosa. 2012. "La historia urbana de Quito: una historia de centros y periferias." *BIFEA 41 (3)*: 503-522.
- Castoriadis, Cornelius. 1983. *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets.
- Castro Ramos, Ricardo 2008. "Por una nueva imagen de ciudad. La representación gráfico-visual del paisaje arbóreo de Santiago de Cali: El rescate de un nuevo imaginario urbano." *Investigación y desarrollo vol. 16, 1*: 2-31.
- Comunicación Social EPMMOP. 2014. *Espacio público: Empresa Pública Metropolitana de Movilidad y Obras Públicas*.  
<http://www.epmmop.gob.ec/epmmop/index.php/proyectos/espacio-publico/soterramiento>.
- . 2014 *Proyectos EPMMOP*.  
<http://www.epmmop.gob.ec/epmmop/index.php/proyectos/espacio-publico/plazas-y-bulevares>.
- Consejo del Distrito Metropolitano de Quito. 2012. "Ordenanza No. 282." Quito: Consejo Metropolitano de Quito
- Cuvi, Nicolás. 2017. "Las ciudades como mosaicos bioculturales: el caso del centro histórico de Quito." *Revista Etnobiología. Vol 15, Num. 1. abril*: 5-25.
- Dandy, Norman et al. 2011. "Exploring the role of street trees in the improvement and expansion of green networks." En *Trees, people and the Environment*, de Mark Johnston and Glynn Percival (Editores), 73-83. Edinburgh: Forestry Commission.

- Dawe, Gerald. 2011. "Street trees and the urban environment." En *The Routledge Handbook of Urban Ecology*, de Ian Douglas, David Goode y Mike Houck y Rusong Wang (editores), 424-450. New York: Routledge.
- De Certeau, Michael. 1995. *Historia y Psicoanálisis. Entre ciencia y ficción*. México: Universidad Iberoamericana.
- Diario El Comercio. 2016. "El parque Navarro recobra su función de espacio público." *El Comercio*.
- Diario Hoy. 2015. *Diario Hoy*. <http://www.hoy.com.ec/noticias-ecuador/plantan-6-millones-de-arboles-en-siete-anos-281675.html>.
- Duque Lemus, David Edwin. 2015. "El cambio climático, su imaginario social para la participación ciudadana." *Tesis para obtener el título de Maestría en Estudios Sociambientales*. Quito: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - Sede Ecuador.
- Durand, Gilbert. 1994. *L'imaginaire, science et philophilosophie de l'image*. Paris: Hatier.
- Duxbury, Nancy. 2014. "Culture and sustainability: how new ways of collaboration allow us to re-think our cities." *Observatorio cultural. Edición especial bilingüe, OC 19*: 14-27.
- EL COMERCIO: Actualidad. 2014. *Diario El Comercio Ecuador*. <http://www.elcomercio.com.ec/actualidad/quito/arboles-centenarios-son-talados-urbe.html>.
- . 2014. *Diario El Comercio Ecuador*. <http://www.elcomercio.com/actualidad/quito/nueva-cara-de-republica-de.html>.
- Espinosa, Natalia. 2014. "Árboles redondos, cabezas cuadradas: Normativa, Patrimonialización y Estética en la ciudad de Quito." *Tesis para la obtención del título de Maestría en Estudios de la Cultura*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Fonseca, Francisca. 2008. "Procesos de ruptura y continuidad entre naturaleza y sociedad en la ciudad moderna." *Papers 88*: 141-151.
- Forest Research. 2010. *Benefits of green infrastructure*. Farnham: Forest Research.
- Fraser, Evan, y Andrew Kenney. 2000. "Cultural background and landscape history as factors affecting perceptions of the urban forest." *Journal of Arboriculture 26(2)*: 106-112.
- Gallardo, Jorge, y Nuria Mayo. 2007. "Imaginaros urbanos en América Latina: archivos." *Territorios Metropolitanos. Año 1. Número 1. diciembre*: 109-113.
- García Canclini, Néstor, entrevista de Alicia Lindón. 2007. *¿Qué son los imaginarios y cómo actúan en la ciudad?*

- . 1989. *Culturas Híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, D.F.: Grijalbo.
- Gobster, Paul, Joan Nassauer, Terry Daniel, y Gary Fry. 2007. "The shared landscape: what does aesthetics have to do with ecology?" *Landscape Ecology* (22): 959-972.
- Godard, Henri. 1988. *Quito, Guayaquil: Evolución y consolidación en ocho barrios populares*. Paris: Institut français d'études andines.
- Guarachi, Érika. 2015. "El nuevo Centro Comercial del Comité del Pueblo ya tiene acogida." *EL Comercio*.
- Hernández Peña, Yolanda Teresa. 2012. "El conocimiento de imaginarios sociales como base para la gestión del desarrollo territorial urbano: Estudio de caso en la localidad de Engativá." *XI INTI International Conference La Plata, 17 al 20 de octubre 2012*. La Plata Argentina: Memoria Académica.
- Hiernaux, Daniel. 2007. "Los imaginarios urbanos: de la teoría y los aterrizajes en los estudios urbanos." *Revista eure, Vol. XXXIII, N° 99*: 17-30.
- INPC. 2011. *Iglesia y Convento de San Francisco. Una historia para el futuro*. Quito: INPC.
- Jacobs, Jane. 2011. *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Capitán Swing libros.
- Jones Ordiozola, Guillermo. 1945. *Memoria Descriptiva del Proyecto del Plan Regulador de Quito*. Quito: Imprenta Municipal.
- Kingman Garcés, Eduardo. 2006. *La ciudad y los otros. Quito 1860-1940: Higienismo, ornato y policía*. Quito: FLACSO, Sede Ecuador.
- Krier, Rob. 1979. *Urban Space*. Londres: Academy Editions.
- Kuo, Frances. 2003. "The Role of Arboriculture in a Healthy Social Ecology." *Journal of Arboriculture* 29(3): 148-155.
- Larrea, Carlos (Coordinador), Ana Isabel Larrea, y Diego Andrade. 2010. "Atlas social para Quito urbano." *Producto intermedio de la consultoría Análisis de los principales indicadores socioeconómicos y*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar - Unidad de Información Socioambiental.
- Lindón, Alicia. 2007. "La ciudad y la vida urbana a través de los imaginarios urbanos." *Revista eure Vol. XXXIII, N° 99*: 7-16.
- Lynch, Kevin. 1998. *La imagen de la ciudad*. Barcelona : GG Prints.
- MacDonagh, Peter. 2017. *Deeproot*. <http://www.deeproot.com/blog/blog-entries/history-of-street-trees-in-pariscity-making-and-the-golden-age-of-the-boulevard>.
- Machado País, José. 1986. "Paradigmas sociobiológicos na análise da vida cotidiana." *Análise Social, Vol XXII*: 7-57.

- Miller, Bob. 2017. "ISA-Arbor." [http://www.isa-arbor.com/events/conference/proceedings/2014/2014\\_Bob\\_Miller.pdf](http://www.isa-arbor.com/events/conference/proceedings/2014/2014_Bob_Miller.pdf).
- Miller, K. 2007. *Association of New Jersey Environmental Commissions (ANJEC)*. <http://www.anjec.org/pdfs/city-treebenefits.pdf>.
- MIT - Senseable City Lab. 2017. *Treepedia*. <http://senseable.mit.edu/treepedia>.
- Municipio de Quito. 2011. *Plan de Ordenamiento Territorial 2012 - 2022*. Quito: Concejo Metropolitano del MDMQ.
- Murray, Sharon. 1998. *Silvicultura urbana y periurbana en Quito, Ecuador: Estudio de Caso*, Roma: Departamento de Montes, Organizacion de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación.
- Naderi, J.R. 2003. "Landscape design in the clear zone: The effects of landscape variables on pedestrian health and driver safety." *Transportation Research Board, 82nd Annual Conference Proceedings*. . Washington D.C.: Transportation Research Board, 119-130.
- Norberg-Schulz, Christian. 1980. *Genus Loci, Towards a phenomenology of architecture*. New York: Rizzoli.
- Oliveira, Vitor. 2016. "The Elements of Urban Form." En *Urban Morphology*, 7-30. Ginebra: Springer International Publishing.
- Ortiz Crespo, Alfonso, Matthias Abram, y José Segovia Nájera. 2007. *Damero*. Quito: Fonsal.
- Pintos, Juan Luis. 1994. "¿Qué son los imaginarios sociales?" *Departamento de Sociología de la Universidad Santiago de Compostela*.
- Polo Abad, Jorge. 2016. *Manuales Técnicos de Arbolado Urbano. Tomo 1*. Quito: Secretaría de Ambiente del Municipio del Distrito Metropolitano de Quito.
- . 2016b. *Manuales Técnicos de Arbolado Urbano. Tomo 4*. Quito: Secretaría de Ambiente del Municipio del Distrito Metropolitano de Quito.
- Polo, Jorge, y Sofía Paredes. 2014. *Los árboles patrimoniales de Quito*. Quito: Municipio del Distrito Metropolitano de Quito.
- Read, D.J., Freer-Smith, P.H., Morison, J.I.L., Hanley. 2009. "Combating climate change – a role for UK forests. An assessment of the potential of the UK's trees and woodlands to mitigate and adapt to climate change." *An assessment of the potential of the UK's trees and woodlands to mitigate and adapt to climate change. THE SYNTHESIS REPORT*. Edinburgh: The Stationary Office.
- Richmond, Michele. 2017. *Deeproute*. <http://www.deeproot.com/blog/blog-entries/when-parking-meant-space-for-trees>.

- Richmond, Michele. 2015. "The Etymology of Parking." *Arnoldia* 73/2: 19-24.
- Secretaría de Ambiente del Municipio de Quito. 2016. "Memorando jurídico número 357-2016." *Resolución de Arbolado Urbano*. Quito.
- Shroeder, Herbert. 2012. "Does beauty still matter? Experimental and utilitarian values of urban trees." *Johnston, M & Percival, G. (eds.). Trees, people and the built environment*. Edinburgh: Forestry Commission Publications: 159-165.
- Silva, Armando. 2006. *Imaginario Urbanos*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- . 1992. *Imaginario Urbanos. Bogotá y Sao Paulo: cultura y comunicación urbana en América Latina*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Silva, Armando. 2005. "Imaginario: culturas urbanas en América Latina y España." En *Quito Imaginado*, de Milagros Aguirre, Fernando Carrión y Eduardo Kingman, 17-29. Bogotá: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- . 2008. *Los imaginarios nos habitan*. Quito: OLACCHI; MDMQ; INNOVAR.
- Testori, Giulia. 2016. "Cooperation reconsidered: the case of Comité del Pueblo in Quito." *Seminario Internacional de Investigación en Urbanismo. "VIII Seminario Internacional de Investigación en Urbanismo*. Barcelona: Departament d'Urbanisme i Ordenació del Territori. Universitat Politècnica de Catalunya.
- Villacrés, Juan Carlos. 2017. *Arquitectura Ecuatoriana*..  
<http://arquitecturaecuatoriana.blogspot.com/2014/05/quito-el-plan-jones-odriozola-1942-1945.html>.
- Wolf, Kathleen, y Nicholas Bratton. 2006. "Urban trees and traffic safety: Considering U.S. roadside policy and crash data." *Arboriculture & Urban Forestry* 32(4): 170-179.
- Wolf, Kathleen. 2003. "Ergonomics of the city: Green Infrastructure and Social Benefits." *Engeneering green: Proceedings of the 2003 National Urban Forest Conference*. Washington D.C: American Forests, 141-143.
- Wray, Norman, entrevista de Natalia Espinosa. 2014. *Concejal de Quito (2009-2012)* (24 de Febrero de 2014).